

Socialismo premarxista

G. Babeuf, H. de Saint-Simon,
S. de Sismondi, Ch. Fourier, R. Owen,
P. Leroux, L. Blanc, L.-A. Blanqui,
P.-J. Proudhon, W. Weitling

Introducción, selección, traducción y notas de
Pedro Bravo Gala



Referirse hoy a cualquiera de las tendencias del pensamiento socialista significa necesariamente hacerlo desde las coordenadas marxistas: tal ha sido la impronta que sobre el movimiento socialista, en particular, y sobre las ideas políticas contemporáneas, en general, ha producido la obra de Marx. Por ello, todo el socialismo de la primera mitad del siglo XIX se convierte, en cierto modo, en *pre-historia* del socialismo marxista. Dicha perspectiva condiciona inevitablemente el examen del llamado «socialismo utópico» como uno de los factores ideológicos que, en unión de otras direcciones del pensamiento (la economía clásica y la filosofía hegeliana), iba a culminar, a través de un proceso histórico, en la gran síntesis marxista; en este aspecto, la lectura de los textos mostrará en qué medida algunas de las ideas básicas del marxismo habían sido ya formuladas —con plena conciencia, en ocasiones— por alguno de los precursores franceses del socialismo. Es preciso, pues, si se quiere valorar justamente la aportación de los precursores socialistas, tener presente el carácter *histórico* del movimiento socialista, examinando cada uno de sus estratos desde la singular situación histórica en que se produjo.

Socialismo premarxista

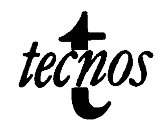
Colección
Clásicos del Pensamiento

Director
Antonio Truyol y Serra

G. Babeuf, H. de Saint-Simon,
S. de Sismondi, Ch. Fourier, R. Owen,
P. Leroux, L. Blanc, L.-A. Blanqui,
P.-J. Proudhon, W. Weitling

Socialismo premarxista

Introducción, selección, traducción y notas de
PEDRO BRAVO GALA



Diseño de cubierta:
Joaquín Gallego

Impresión de cubierta:
Gráficas Molina

1.ª edición: Colección «Antologías del Pensamiento Político», vol. 1, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1961.
2.ª edición: Colección «Clásicos del Pensamiento», n.º 130, Tecnos, Madrid, 1998.

Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
N. C. ISBN: 84-309-3168-6
Depósito Legal: M. 12.020-1998

Printed in Spain. Impreso en España por Anzos, S.L.
La Zarzuela, 6 - Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

SOCIALISMO PREMARXISTA

NOTA PRELIMINAR

La primera edición de esta antología de textos del socialismo premarxista se publicó en 1961 por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela. Agotada rápidamente dicha edición, pese a que su difusión estuvo limitada al mercado iberoamericano, la misma apenas circuló en España. Su reedición aquí y ahora, al cabo de tantos años, quizá hubiera aconsejado ampliar el número de los textos que se presentan. Sin embargo, tanto a la editorial como al autor nos ha parecido preferible reimprimirla en su forma original, pues, entre otras razones, se adapta así mejor a las características de la colección a la que va destinada y, sobre todo, responde más adecuadamente a las necesidades de sus destinatarios naturales, jóvenes estudiantes que encontrarán en ella respuesta a algunos de los problemas más elementales que plantea el origen del pensamiento contemporáneo.

INTRODUCCIÓN

Parece oportuno, antes de adentrarse en la lectura de los textos que presentamos, decir unas palabras dedicadas a precisar la importancia y significación del pensamiento socialista anterior a Marx.

Para empezar, una observación que va implícita en el propio título con el que se publica esta *Antología*. Referirse hoy a cualquiera de las tendencias del pensamiento socialista, significa necesariamente hacerlo desde las coordenadas marxistas, tal ha sido la impronta que sobre el movimiento socialista, en particular, y sobre las ideas políticas contemporáneas, en general, ha producido la obra de Marx. Por ello, sin entrar ahora en las razones o sinrazones que han determinado tal actitud, todo el socialismo de la primera mitad del siglo XIX se convierte, en cierto modo, en *prehistoria* del socialismo marxista, con todas las consecuencias que esta peculiar perspectiva conlleva. Quiere esto decir, entre otras cosas, que quien se acerca a los escritos del socialismo *premarxista*, lo hace portando ya unas categorías mentales —generalmente vulgarizadas— que, por haber sido elaboradas en un nivel histórico

posterior, pueden ofrecernos, al ser aplicadas, sin más, a una etapa anterior del pensamiento social, una visión contorsionada de éste; actitudes, afirmaciones o interpretaciones que posiblemente al lector de hoy parezcan ingenuas, infundadas o descabelladas, puede que recobren su pleno sentido al insertarlas en su contexto histórico. Por otra parte, dicha perspectiva condiciona inevitablemente el examen del llamado socialismo utópico como uno de los factores ideológicos que, en unión de otras direcciones del pensamiento (la economía clásica y la filosofía hegeliana), iba a culminar, a través de un proceso histórico, en la gran síntesis marxista; en este aspecto, la lectura de los textos mostrará en qué medida algunas de las ideas básicas del marxismo habían sido ya formuladas —con plena conciencia, en ocasiones— por alguno de los precursores franceses del socialismo. Es preciso, pues, si se quiere valorar justamente la aportación de los precursores socialistas, tener presente el carácter histórico del movimiento socialista, examinando cada uno de sus estratos desde la singular situación histórica en que se produjo.

Por consiguiente, es necesario, antes de ir a la lectura de los textos, hacer unas consideraciones generales que nos permitan situar históricamente el fenómeno socialista, dando razón del origen y el significado del socialismo premarxista.

Pero para que tales consideraciones cobren sentido, se impone una previa labor de definición. ¿Qué hay de común en las doctrinas de un Saint-Simon, un Owen o un Blanqui? ¿Cómo pueden calificarse igualmente de «socialistas» teorías tan aparentemente contradictorias? En una palabra, ¿qué entendemos por *socialismo*?

Por lo que respecta al vocablo mismo, éste adquirió uso generalizado en Europa hacia mediados del si-

glo XIX, impulsado sobre todo por las obras de carácter histórico que sobre el tema escribieron Reybaud (*Études sur les reformateurs ou socialistes modernes*, 1840) y Von Stein (*Der Sozialismus und Kommunismus des heutigen Frankreichs*, 1842). Pero ya anteriormente la palabra había comenzado a emplearse, casi al mismo tiempo aunque de modo independiente, en Francia e Inglaterra. En Inglaterra, con ocasión de fundarse por Owen (1835) la «Asociación de todas las clases y de todas las naciones» [1], y en Francia, por Leroux, tránsfuga del saintsimonismo, en un texto de 1832 que se encontrará en la antología y en el que se puede percibir cómo el concepto se forma en Francia con un sentido polémico para referirse a las tendencias «extremas» opuestas al individualismo, aunque pronto habría de perder el vocablo su carácter peyorativo inicial; por el contrario, los owenistas lo utilizaron ya desde el principio como sinónimo de renovación económica y moral del mundo, apuntando así hacia uno de los rasgos esenciales del socialismo. Quizá resulte innecesario señalar que, con anterioridad al empleo del neologismo para referirse a los ideales sociales de Saint-Simon, Owen y Fourier, una conciencia común unía ya —al menos, vistos desde fuera— a quienes hasta entonces se llamaba «reformadores sociales», pese a todas las divergencias que les separaban y que llegaban, en ocasiones, hasta el encono personal.

¿En qué consiste, pues, lo que haya de común entre estos reformadores, considerados en cuanto precursores del socialismo? La respuesta que demos vendrá determinada por lo que nosotros mismos entendamos por

---

[1] El propio Owen publicó en 1841 un folleto titulado *What is Socialism?*

socialismo, y es sabido cómo este concepto —a la par que otros afines: colectivismo, comunismo, etc.— es ambiguo e impreciso; las ideologías más diversas y contradictorias, desde el comunismo soviético al nazismo alemán, se pretenden «socialistas», lo cual, por otra parte, nos muestra el «prestigio» con que se ha llenado el vocablo, haciendo de él una eficaz arma política por las resonancias emocionales que encierra. De este modo, no es extraño que se hayan multiplicado los ensayos de definición; según las distintas escuelas o tendencias socialistas hayan estado interesadas en poner de relieve determinada característica de su peculiar sistema, se han formulado diversos criterios de distinción: negación de la propiedad privada, planificación de la vida económica, colectivización de las formas sociales, igualitarismo económico... Al proponer cada una de estas «reivindicaciones» como módulo básico de definición, se vienen a considerar como fundamentales lo que no son sino características tangenciales a cada uno de los sistemas mencionados, sin que resulte posible aplicar la definición a todas las tendencias que, con razón, se pretenden socialistas. Las causas de esta deficiencia radican en el olvido, en que incurren algunos autores, de la historicidad de los movimientos socialistas, renunciando así al único planteamiento —el histórico— que puede proporcionarnos luz sobre su esencia. En otras palabras, debe tenerse presente que la idea socialista se afirmó en actitud polémica frente a la teoría y a la práctica del liberalismo individualista. Para éste resultaba evidente la existencia de un orden económico natural sobre cuyas estructuras se funda de modo automático y necesario el sistema de relaciones sociales. Dada la premisa metafísica en que se fundamenta el individualismo —el principio de la naturaleza racional—, afirmar la «natu-

ralidad» del orden económico significaba afirmar la «bondad» del orden social espontáneo en que aquél se traduce. Descubrir y describir las regularidades de la realidad socioeconómica vino, así, a ser el objetivo de los fisiócratas y de los economistas clásicos, quienes, atrincherados en esta autonomía de lo social, relegaron al Estado a las funciones propias de lo que, más tarde, llamaría el socialista alemán Lassalle el «Estado guardián nocturno». Pues bien, frente a este abandono de la vida económica a las fuerzas sociales que resultan del supuesto orden natural, el socialismo nace históricamente con la pretensión, más o menos velada, de concentrar las funciones económicas dispersas en torno a determinados centros u órganos —distintos según las diferentes formulaciones—, a través de los cuales la Sociedad toma conciencia de sus necesidades colectivas. Por ello, los ataques dirigidos contra el Estado por una buena parte de las teorías socialistas no suponen en modo alguno un ataque contra la función racionalizadora que aquél puede representar, sino que deben interpretarse más bien como la denuncia de un orden social en el que la posesión de la propiedad privada otorga el poder político, es decir, utilizando la fórmula saintsimoniana, el poder del hombre sobre el hombre.

En este sentido, es esencial a todo socialismo, como ha demostrado Durkheim[2], la pretensión de enlazar «todas las funciones económicas o algunas de ellas, que hoy aparecen difusas, a los centros directores y conscientes de la sociedad». Por supuesto que cada «programa» socialista concederá mayor o menor importancia a las distintas fases del proceso económico, de igual modo que tendrá una visión diferente del papel

[2] E. Durkheim, *El Socialismo,* Barcelona, 1935, p. 41.

a desempeñar, en la reestructuración de la sociedad, por las diversas «células» sociales; de la manera en que se resuelvan estos problemas dependerá el nivel de socialización y el grado de concentración del poder social. En el caso extremo, se tratará de un socialismo de Estado cuya función planificadora abarcará totalmente las decisiones económicas desde el plano de la producción hasta el del consumo. Pero, en cualquier circunstancia, *todo* socialismo implica la reabsorción por los órganos colectivos de las funciones económicas.

Claro es que la definición del socialismo no se agota con la enunciación de dicha pretensión. No se olvide que ésta se expresa históricamente frente a la práctica liberal. Supone, pues, por lo pronto, una actitud de repulsa hacia la organización social que se reputa como injusta y que se trata de reformar. Es más, en esta actitud hay que ver el motor psicológico que puso en marcha al movimiento socialista: la contemplación de la miseria existente en el seno de la sociedad individualista provoca una protesta que, antes que nada, es, según se ha dicho, «un grito de dolor, y a veces de cólera, lanzado por los hombres que sienten más hondamente el malestar colectivo». Lo que ocurre es que esa protesta va acompañada de un «plan» que implica una reestructuración total de la sociedad, lo cual basta para diferenciar al socialismo de otros «gritos de protesta», tanto del pasado —piénsese en las revueltas sociales que fueron frecuentes en la Edad Media—, como del siglo XIX —reformismo católico, anarquismo, etc.—, a los que es ajeno este elemento de proyección racional a través del plan.

En efecto, en la medida que un plan, por utópico que sea, es un producto de la razón, o mejor, expresa una confianza en la razón como el solo instrumento

adecuado para resolver los problemas humanos, es evidente que el socialismo representa la vía por la cual se ha abierto camino la tendencia organizadora en el mundo moderno, al poner de relieve el valor de la organización para la consecución de los fines humanos colectivos. Todo ello ha venido a parar en la propagación de una nueva moral social cuyo punto de partida es la creencia en el grupo como fuente de creatividad[3]. Se trata de la fe no en una razón abstracta, sino en una razón que opera a través de la organización para el dominio de la realidad social. Este elemento de tecnicismo que impregna el socialismo es el que explica —como ha observado Durkheim— que su historia se confunda, en algunos puntos, con la historia misma de la sociología.

Igualmente es propio del socialismo una concepción optimista de la naturaleza humana por cuanto cree en la posibilidad de una regeneración del ser humano, cuya degradación «actual» es sólo atribuible a la historia y no a la naturaleza. Tras esta idea mítica, tan reiteradamente expresada en la historia de la cultura humana, irrumpen en el socialismo unas fuerzas moralizadoras que pretenden, a través de un proceso educativo, restituir al hombre en su «totalidad».

Debe quedar claro con lo dicho que la organización de la vida económica en torno a órganos colectivos a cuya dirección se confía el proceso de producción, constituye la pretensión básica y diferenciadora del socialismo. De este modo, ciertos rasgos que suelen

---

[3] Sobre el desarrollo de esta «ética social» que enseñorea el mundo moderno y su análisis como ideología de un nuevo tipo de hombre cuya razón de ser es la pertenencia a un grupo, vid. el interesante libro de W. H. Whyte, *The Organization Man,* Nueva York, 1956.

formularse como características del socialismo no le son esenciales. Así, por vía de ejemplo, vale quizá la pena señalar que ni la planificación, ni siquiera la igualdad constituyen datos esenciales o característicos. La primera es expediente al que frecuentemente han recurrido los Estados capitalistas para responder a las necesidades planteadas por la guerra moderna o por las crisis económicas; en cuanto al significado de la igualdad para una definición válida del socialismo, no estaría de más recordar lo que sobre el tema han dicho algunos de los teóricos del socialismo soviético[4].

A lo largo de las páginas de esta antología se verá en qué medida cada uno de los autores seleccionados «es» socialista, en el sentido que acabamos de definir, al tiempo que se pondrá de relieve el común espíritu que anima a teorías aparentemente tan dispares. Pero, si se quiere ser consecuente con el método seguido en la definición, debe ahora profundizarse en uno de sus aspectos.

A través de todo lo expuesto, debe resultar evidente que los ideales socialistas nacieron como respuesta a unos problemas planteados en torno a la práctica de la convivencia humana, a un cierto nivel histórico. Es

---

[4] Así Lenin: «Engels tuvo mil veces razón cuando escribió: El concepto de la igualdad fuera de la abolición de las clases es un prejuicio imbécil y absurdo. Los profesores burgueses han intentado acusar a los socialistas de esta estupidez inventada por ellos mismos». (*Obras completas*, t. XXIV, p. 293). En el mismo sentido, Stalin en muchos textos; por ejemplo, en un discurso de 1935: «Para cortar este mal [la fluctuación de la mano de obra] es necesario suprimir la nivelación [...] es necesario organizar un sistema de tarifas que tenga en cuenta la diferencia entre el trabajo calificado y el trabajo no calificado [...] no se puede tolerar que un laminador de la siderurgia gane lo mismo que un barrendero [...] que un maquinista tenga igual salario que un copista» (*Obras completas*, t. XIII, p. 61).

impensable el socialismo fuera del contexto socioeconómico en que se originó, pues es claro que carecerían de sentido las soluciones aportadas por el socialismo en una sociedad en que las funciones económicas no hubieran alcanzado cierto grado de desarrollo. Por supuesto que no todos los socialistas primitivos percibieron el nexo existente entre su obra y el sistema social contra el cual iba dirigida, debido a que aún operaban —excepto Saint-Simon y, en cierto modo, Fourier— con el esquema del «orden natural» legado por la Ilustración y para el cual naturaleza y sociedad representan aspectos de un idéntico objeto del conocimiento. Precisamente el hecho de que Marx, al seguir la vía abierta por Hegel, cobrara conciencia de este condicionamiento histórico explica el carácter positivo de su crítica del capitalismo; lo cual no quiere decir que deba aceptarse como artículo de fe la afirmación marxista sobre la pretendida inevitabilidad del socialismo.

Rebasa los límites de esta «Introducción» la descripción del marco histórico del que emergieron los primeros esquemas socialistas, puesto que se trata de todo un vasto proceso de múltiples vertientes cuya honda significación no puede aprehenderse en un esquema simplificado. Baste aludir a las radicales transformaciones que alteraron profundamente las estructuras de la sociedad europea como consecuencia de los cambios operados por la industrialización. Las fuerzas liberadas por la Revolución industrial, alimentada por una nueva, pero no menos importante estructuración de la agricultura, condujeron (en Inglaterra, a partir de los últimos años del siglo XVIII) a la aparición de las formas más desarrolladas del capitalismo. El «proceso de destrucción creadora» en que éste esencialmente consiste vino a acentuar un conjunto de fenómenos

(concentración del capital, saturación de los mercados, proletarización de extensas capas sociales...) que si no eran desconocidos en el mundo económico, planteaban ahora, debido al carácter dinámico del proceso capitalista, graves problemas de desajuste. Las tensiones sociales que la desigual distribución de la riqueza creada por las nuevas fuerzas económicas había venido a agravar, serían aún acentuadas por las crisis económicas que se sucedieron a partir de 1815, tras las guerras napoleónicas.

Se planteó así lo que se convino en denominar el «problema social», campo abonado para una literatura de protesta en la que no faltan los relatos dedicados a describir las condiciones de vida infrahumana a que estaban sometidos los trabajadores de la nueva industria[5]. Pero lo que comienza siendo simple expresión de sentimientos de piedad y de justicia se colma pronto de contenido teórico económico, dando lugar a las primeras formulaciones auténticamente socialistas. Quiere esto decir que quedan fuera del «marco» socialista todos los escritos de raíz sentimental y religiosa anteriores al siglo XIX; y también, por supuesto, los contemporáneos del mismo carácter (protesta católica, etc.).

Ahora bien, es cierto que a lo largo de todo el siglo XVIII, la propia conciencia burguesa de la Ilustración, en su lucha contra los privilegios feudales, produjo instrumentos de lucha ideológica (la escuela fisiocrática) que implicarían, por sus consecuencias, cierto carácter revolucionario, puesto que, al someter el orden económico y social del antiguo régimen a la prueba de su

---

[5] Así, el famoso informe, sobre la situación moral y material de los obreros, de Villermé, publicado en 1840.

legitimidad respecto al Derecho Natural, echaron las bases para los primeros ataques contra el derecho de propiedad. Por supuesto que los iusnaturalistas habían afirmado el derecho de propiedad, pero, al explicar su origen como el producto de una convención, proporcionarán las bases para ataques más directos (Rousseau, Brissot, Morelli, Mably) que, en algún caso, llegarán a anatematizar la propiedad privada como la causa de todos los males sociales. Retengamos que en todas estas críticas alientan exclusivamente motivaciones morales que se centran en la aspiración a un orden social más justo, basado, en los autores más radicales, en la supresión de la propiedad privada[6].

Sobre la base de esta tradición «rebelde», reavivada por el ala izquierdista de la Revolución que representa el *babuvismo*, se va conformando, frente a los fenómenos desencadenados por la Revolución industrial, el pensamiento socialista. Todo él está animado por una voluntad de acción orientada hacia la reconstrucción del organismo social, para salvarle de «los abusos y excesos del industrialismo abandonado a sí mismo»[7].

Pero el pensamiento socialista aporta algo más. Hay en él una actitud «científica» frente a la realidad económica, considerada ahora como realidad condicionante de la política. Puede parecer paradójico que caractericemos de actitud científica la de unos autores a quienes se acostumbra —después de Marx— a despachar en bloque con la etiqueta de «utópicos». No debe olvidarse, en primer lugar, que tal adjetivo, empleado por Marx

---

[6] Brissot de Warwille (1780) afirmó que «la propiedad exclusiva es un robo a la naturaleza», fórmula casi idéntica a la proudhoniana.

[7] E. Halevy, *Histoire du socialisme européen*, París, 1948, p. 22.

y Engels[8] contra los socialistas primitivos, «fue el último y más afilado dardo que se disparó en esa lucha»[9] contra los «grandiosos sistemas de reforma», culpables —según el acta de acusación— por pretender derivar de una teoría abstracta un orden justo. No se trata de negar el utopismo de los primeros sistemas socialistas, al que, por otra parte, no es ajena la visión postrevolucionaria marxista, sino de poner de relieve cómo, junto a este innegable carácter conceptual del socialismo primitivo, representa éste un cambio de actitud respecto a la crítica política del XVIII, en el sentido de que pretende descubrir las regularidades del mundo histórico para ponerlas al servicio de la organización de la felicidad para «las clases más numerosas y más pobres». Cierto que en la mayor parte de los casos ese orden con que se quería disciplinar el acontecer humano fue producto más de la imaginación que de serias investigaciones históricas, pero, este hecho no invalida la existencia en el socialismo premarxista de una inicial actitud científica ante los ideales de reforma. Con ello, los socialistas, por otra parte, no hacían otra cosa que pagar un tributo al «espíritu del tiempo», el cientificismo. Como, ha mostrado Sombart[10], el fenómeno apuntado encaja dentro del proceso general de absolutización de la ciencia con que el hombre moderno pretende llenar el vacío dejado por la secularización.

En todo caso, el socialismo marxista nació habiendo contraído una enorme deuda con estos precursores

---

[8] El término «socialista utópico» había sido ya empleado por Jerome Blanqui en 1839. Cfr. G. D. Cole, *Historia del pensamiento socialista,* México, 1957, vol. I, p. 12.

[9] M. Buber, *Caminos de Utopía,* México, 1955, p. 11.

[10] W. Sombart, *Der proletarische Sozialismus («Marxismus»),* Jena, 1924, vol. I, pp. 255-256.

utópicos en cuyos escritos es posible espigar muchas de las ideas del sistema marxista. Es cierto que Marx, y en mayor medida Engels, supieron, pese a la aspereza de su dialéctica, reconocer esta deuda. Es cierto también que por encima de cualquier encuesta de filiación, el mérito de la genial obra de síntesis marxista sólo puede corresponder a sus fundadores. Sin embargo, la impronta que el sistema de ideas marxista ha ejercido y ejerce sobre los modos de pensamiento y de organización del mundo moderno invitan poderosamente a adentrarse, aunque sea superficialmente, en una de las corrientes de las que el caudal socialista contemporáneo es tributario. Bastaría ello para justificar esta antología.

En principio, los escritos que componen este volumen van acotados entre dos jalones memorables de la historia europea: 1789-1848. Sólo en un par de casos se rompe con el principio y, así, podrá encontrarse algún texto de Proudhon o de Blanqui datado más acá de 1848. Ninguna fecha, por importante que sea, puede quebrar la individualidad de una obra que, en su conjunto e históricamente, pertenece, sin embargo, al mundo ideológico anterior al 48.

No ha sido posible al seleccionador consultar todo el material que hubiera sido deseable, pues en ocasiones es prácticamente imposible disponer de todos los textos de primera mano. Para asegurar el criterio selectivo, han sido muy útiles las recopilaciones que existen, sobre el tema, en francés o en inglés, en especial el excelente trabajo de Leroy[11].

Precediendo a cada autor se ofrecen unas líneas de presentación cuyo objeto es el de ayudar al lector en la localización y comprensión de los textos que siguen,

---

[11] M. Leroy, *Les précurseurs français du socialisme,* París, 1948.

mediante su encaje en la totalidad de la obra a que pertenecen.

Para terminar, permítasele al recopilador cumplir con el deber personal de reconocer públicamente la deuda de gratitud que tiene contraída con su maestro y amigo Manuel García-Pelayo, quien, en su calidad de Director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Central de Venezuela, ha hecho posible la publicación de esta antología.

SOCIALISMO PREMARXISTA

GRACCHUS BABEUF
[1760-1797]

No creo que la posibilidad eventual de retornar al estado de comunidad sea una fantasía.

BABEUF

La vida de François Noel Babeuf constituye un ejemplo acabado de la pasión revolucionaria; ningún escenario mejor para satisfacer ésta que el lugar y el tiempo en los que le tocó vivir. Joven aún al producirse el gran estallido del 89, tuvo tiempo en su corta vida para ser testigo apasionado, primero, y protagonista iluminado, después, de los grandes hitos de la Revolución francesa: espectador entusiasmado de la toma de la Bastilla durante la Constituyente, elegido administrador del Departamento de la Somme durante la Legislativa, procesado por falsedad en escritura pública y abuso de poder durante la Convención, crítico violento de la reacción thermidoriana (de la que en un principio se había declarado partidario frente a Robespierre), conspirador, finalmente, bajo el Directorio, Babeuf

pudo contemplar el desarrollo total de todo el proceso revolucionario.

Nacido de familia modesta, en Picardía (Francia), región agrícola donde un incipiente capitalismo había venido a agravar las tensiones desatadas por el sistema feudal, tuvo ocasión de sentir de cerca la miseria campesina de cuya injusticia hizo responsable al modo en que estaba organizada la propiedad privada. Tras trabajar algún tiempo como feudista[1]*, en 1780 marcha a París.*

Entusiasmado por el ardor revolucionario de la capital en las jornadas de julio, regresa a su región natal para entregarse a una intensa lucha política que va desde la agitación contra los impuestos indirectos hasta la campaña electoral, lo que le vale ser elegido administrador de distrito; se inicia en el periodismo y funda el Correspondant Picard. *Refugiado en París a consecuencia de la negligencia cometida en el ejercicio de sus funciones (1793), intensifica cada vez más su actividad política: funda y dirige un nuevo periódico* (Journal de la Liberté de la Presse, *transformado más tarde en el* Tribun du Peuple), *obtiene un empleo en la Comisión de Subsistencia de la Comuna de París, es encarcelado finalmente por los thermidorianos (1795) al adoptar Babeuf resueltamente una actitud revolucionaria frente a las tendencias reaccionarias del gobierno. Liberado pocos meses después, se entrega de nuevo a la lucha que esta vez se centra en torno al Club del Panthéon adoptando por bandera el restablecimiento de la Constitución del Año I. Asustado el gobierno del Directorio por la influencia que*

---

[1] Es decir, una especie de agente de negocios de los señores feudales.

iba alcanzando el Club, ordena su clausura a Bonaparte (febrero, 1796). Arrojado a la clandestinidad, Babeuf se dedica en cuerpo y alma a la organización de un movimiento revolucionario de masas cuyo objetivo sería la conquista de París, primero, y el establecimiento en Francia, inmediatamente después, de una sociedad comunista: se trata de la Conspiración de los Iguales. En torno a Babeuf se reúne un grupo de hombres decididos: Buonarroti (que más tarde escribiría la historia de la Conspiración), Le Pelletier, Darthé, Maréchal, quienes, constituidos en comité secreto, y mediante el empleo de métodos de agitación comienzan a organizar la insurrección.

Se trataba de llevar hasta sus últimas consecuencias la obra de nivelación emprendida por la Revolución francesa; realizada la igualdad política, debe operarse un «suplemento de revolución» que materialice una igualdad que viene dada en la naturaleza. Identificada la igualdad con la felicidad común, la consecución de ésta exige el derrocamiento de las instituciones políticas y sociales surgidas de la Revolución, en cuanto son expresión de los privilegios alcanzados por una minoría burguesa frente a la mayoría del pueblo. Esta escisión de la sociedad en dos clases sólo puede resolverse mediante la consumación de la revolución y, para la realización de ésta, resulta inevitable el empleo de métodos violentos. Una vez alcanzada la victoria, el poder revolucionario, gobernando dictatorialmente, instaurará un régimen comunista cuyo fin será la restauración de la igualdad. Ideas, como se ve, que, sin rebasar el cuadro de un comunismo primitivo, presentan, sin embargo, la novedad de incorporar a la crítica social un instrumento de realización: la violencia revolucionaria.

Advertido el gobierno del peligro y traicionados los conspiradores por uno de sus agentes, los elementos

más importantes de la conspiración son detenidos y el movimiento desarticulado. Llevados ante la Corte Suprema, en Vendôme, los culpables son castigados severamente, siendo condenados dos de sus jefes, Babeuf y Darthé, a la pena de muerte, que fue ejecutada.

LA SOCIEDAD ESCINDIDA

Distingo dos partidos diametralmente opuestos en su sistema y en su plan de administración pública. Las circunstancias hacen variar la fuerza del uno o del otro, lo que explica, por sí solo, las ventajas alternativas que cada uno de ellos consigue.

Creo desde luego que los dos quieren la república, pero cada uno la quiere a su manera. El uno la desea burguesa y aristocrática; el otro cree haberla realizado y quiere conservarla enteramente popular y democrática. El uno quiere la república de un millón que fue siempre el enemigo, el dominador, el exactor, el opresor, la sanguijuela de los otros veinticuatro millones, del millón que se complace desde hace siglos en la ociosidad a expensas de nuestro sudor y de nuestro trabajo; el otro partido quiere la república para estos últimos veinticuatro millones que han fundado sus bases, cimentándolas con su sangre, y nutren, sostienen y apoyan a la patria en todas sus necesidades, la defienden y mueren por su seguridad y su gloria. El primer partido quiere una república compuesta de patriciado y de plebe; quiere en ella un pequeño número de privilegiados y amos ahítos de

superfluidades y de delicias, reducido el mayor número al estado de ilotas y esclavos; el segundo partido quiere para todos no sólo la igualdad de derechos, la igualdad en los libros, sino también un desahogo honesto, la suficiencia legalmente garantizada de todas las necesidades físicas, de todas las ventajas sociales, como retribución justa e indispensable por la parte de trabajo que cada uno aporta a la tarea común.

[*Le Tribun du Peuple,* número 29, diciembre de 1794.]

LA REVOLUCIÓN INACABADA

Ya, en varias ocasiones, hemos dicho lo que significa revolucionar. Significa conspirar contra un estado de cosas que no conviene; significa tratar de desorganizarlo para poner en su lugar algo más valioso. Por consiguiente, en tanto que no se haya derrocado todo aquello que no vale nada y no se haya consolidado lo que sería bueno, no admito que se haya revolucionado lo suficiente para el pueblo.

Comprendo que aquellos hombres que miden todo por su provecho digan que basta ya de revolucionar cuando la revolución los ha conducido a un puesto en el que se sienten a maravilla, a un punto en el cual, individualmente, no pueden desear nada más. En ese caso, la revolución ha sido realizada sin duda, pero para ellos. En Turquía, la revolución está totalmente realizada para el gran Sultán. La revolución estaba completamente realizada para los Borbones bajo Luis XIV, Luis XV o Luis XVI. Admito que en la actualidad ha sido también realizada para todos los *mirya-*

gramistes[1], tanto los directores[2] como los legisladores jóvenes y viejos; también lo ha sido para el millón dorado. Pero insisto en afirmar que la revolución no se ha realizado para el pueblo.

Se dijo, sin embargo, que sería realizada únicamente para él y este mismo ha jurado que la consumaría o moriría. No ha sido consumada puesto que nada se ha hecho para asegurar la felicidad del pueblo sino, al contrario, todo se hace para agotarle, para hacer correr eternamente el sudor y la sangre de este pueblo hacia los vasos de oro de un puñado de ricos odiosos. Así pues, es necesario continuar esta revolución hasta que llegue a ser la revolución del pueblo. Por tanto, quienes clamen contra *los hombres que quieren revolucionar siempre* deberán ser juiciosamente considerados como los enemigos del pueblo.

Los grandes y poderosos de hoy interpretan de modo singular la palabra *revolución* cuando pretenden que la revolución está realizada entre nosotros. ¡Que digan mejor la *contrarrevolución*! Una vez más, la revolución es la felicidad de todos y eso es lo que no tenernos: ¿se ha realizado la revolución? La contrarrevolución es la desgracia del mayor número y eso es lo que tenemos: ¡es la contrarrevolución la que se ha realizado!

[*Le Tribun du Peuple,* número 36, diciembre 1795.]

LA IGUALDAD

No nos ocultemos la verdad exacta. ¿Qué es una revolución política en general? ¿Qué es en particular la Revolución francesa?

---

[1] Se refiere a los hombres privilegiados de la situación.
[2] Cada uno de los cinco miembros del Directorio.

Una guerra declarada entre los patricios y los plebeyos, entre los ricos y los pobres. He aquí el gran problema abordado. Veamos algunas de sus consecuencias.

Cuando las instituciones malas y abusivas de una nación han producido el efecto de que su masa se vea arruinada, envilecida, cargada con cadenas insoportables; cuando la existencia de la mayoría se ha hecho de tal forma penosa que ya no puede resistirla, suele ser entonces cuando estalla una insurrección de los oprimidos contra los opresores...

Es natural que el espíritu trate de reflexionar sobre los derechos primitivos de los hombres. Se los discute, se examina cuáles existen en el estado natural, cuáles deben existir tras el paso al estado social. Se reconoce fácilmente que la naturaleza ha hecho nacer a cada hombre igual a todos sus hermanos en derechos y en necesidades, que esta igualdad debe ser imprescriptible e inatacable, que la suerte de cada individuo no debe sufrir ninguna alteración cuando alcanza la sociabilidad; que las instituciones sociales, lejos de significar un ataque a la felicidad común, la cual no puede resultar más que del mantenimiento de esta igualdad, no deben sino garantizar su evolución.

[*Le Tribun du Peuple,* número 34, noviembre 1795.]

LA FELICIDAD COMÚN

Explicaremos claramente en qué consiste la felicidad común, fin de la sociedad.

Demostraremos que la suerte de cada hombre no ha debido empeorar por el paso del estado natural al

estado social. Definiremos la propiedad. Probaremos que la tierra no pertenece a nadie, sino que es de todos. Probaremos que toda la que un individuo acapara más allá de lo que necesita para alimentarse es un atentado contra el pueblo. Probaremos que el pretendido derecho de alienabilidad es un infame atentado contra el pueblo. Probaremos también que la herencia familiar es un gran horror; que aísla a todos los miembros de la asociación y hace de cada familia una pequeña república que no puede sino conspirar contra la grande y consagrar la desigualdad. Probaremos que todo aquello que un miembro del cuerpo social tiene por bajo de la satisfacción de sus necesidades cotidianas de toda especie es el resultado de una expoliación de su propiedad natural individual, realizada por los acaparadores de los bienes comunes; y en consecuencia, todo lo que un miembro del cuerpo social posee por encima de la satisfacción de sus necesidades es el resultado de un robo hecho a los otros consocios que priva, necesariamente, a un número más o menos grande de ellos de su cuota en los bienes comunes...

Que la educación es una monstruosidad cuando es desigual, cuando es el patrimonio exclusivo de una parte de la asociación, puesto que entonces se convierte, en las manos de dicha parte, en un montón de máquinas, una provisión de armas de todo tipo con ayuda de las cuales esta primera parte combate contra la otra que está desarmada, llega fatalmente, como resultado, a ahogarla, a engañarla, a despojarla, a esclavizarla con las cadenas más vergonzosas.

[*Le Tribun du Peuple,* número 35,
noviembre 1795.]

MANIFIESTO DE LOS IGUALES[3]

Igualdad de hecho, último fin del arte social.

Condorcet, *Tableau de l'esprit humain.*

¡Pueblo de Francia!

Durante quince siglos has vivido esclavo y, por consecuencia, desgraciado. Desde hace seis años respiras apenas, en la esperanza de la independencia, la felicidad y la igualdad.

¡La igualdad! ¡Primera promesa de la naturaleza, primera necesidad del hombre y principal nudo de toda asociación legítima! ¡Pueblo de Francia: no has sido más favorecido que las demás naciones que vegetan sobre este desventurado globo! Siempre y por doquier la pobre especie humana, librada a antropófagos más o menos astutos, sirvió de juguete a todas las ambiciones, de pasto a todas las tiranías. Siempre y por doquier se arrulló a los hombres con bellas palabras; jamás ni en ninguna parte han obtenido otra cosa que palabras. Desde tiempo inmemorial se nos repite con hipocresía: los hombres son iguales; y desde tiempo inmemorial la desigualdad más envilecedora y más horrorosa pesa insolentemente sobre el género humano. Desde que hay sociedades civiles, se ha reconocido sin reservas el patrimonio más bello

---

[3] El *Manifiesto* fue redactado por Sylvain Maréchal, uno de los conjurados, pero no llegó a hacerse público debido a las objeciones que provocaron, en ciertos miembros del Directorio secreto, algunas de las rotundas afirmaciones en él mantenidas; fue sustituido, por ello, por el *Análisis de la doctrina* que se publica a continuación. Sin embargo, su contenido responde, en su conjunto, a las ideas básicas de la mayoría de los participantes en la Conspiración y, por supuesto, es expresivo del pensamiento de Babeuf.

que posee el hombre, pero no ha podido realizarse todavía una sola vez: la igualdad no fue otra cosa que una bella y estéril ficción de la ley. Cuando hoy se la reclama con voz más potente se nos responde: «¡Callaos, miserables! La igualdad de hecho no es más que una quimera; contentaos con la igualdad condicional: sois todos iguales ante la ley. ¿Qué más necesitas, canalla?» ¿Qué es lo que necesitamos aún? Legisladores, gobernantes, ricos propietarios, escuchad a vuestra vez.

Somos iguales, ¿no es verdad? Este principio es incontestable porque, a menos de estar tocado de locura, no se podría decir seriamente que es de noche cuando luce el sol.

Pues bien, pretendemos, de ahora en adelante, vivir y morir iguales, como hemos nacido: queremos la igualdad real o la muerte, eso es lo que necesitamos.

Y tendremos esta igualdad real, cueste lo que cueste. ¡Desgraciados quienes se interpongan en nuestro camino! Desgraciado quien se oponga a un voto así pronunciado.

La Revolución francesa no es más que el heraldo de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne, y que será la última.

El pueblo ha pisoteado el cuerpo de los reyes y de los curas coaligados contra él: hará lo mismo con los nuevos tiranos, los nuevos tartufos políticos que han ocupado la plaza de los antiguos.

¿Qué necesitamos además de la igualdad de derechos?

No nos basta con que esta igualdad aparezca escrita en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano; la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. Estamos dispuestos a todo por ella, a arrasar con todo por alcanzarla. ¡Perezcan, si es pre-

ciso, todas las artes con tal que nos quede la igualdad real![4].

Legisladores y gobernantes, tan provistos de talento como de buena fe, propietarios ricos y sin entrañas, en vano tratáis de neutralizar nuestra santa empresa diciendo: Se limitan a reproducir aquella ley agraria reclamada ya más de una vez antes de ahora.

Calumniadores, callaos a vuestra vez, y, en el silencio de la confusión, escuchad nuestras pretensiones dictadas por la naturaleza y basadas en la justicia.

La ley agraria o el reparto de los campos fue el deseo irreflexivo de algunos soldados sin principios, de algunas hordas movidas más por su instinto que por la razón. ¡Nosotros vamos hacia algo más sublime, más equitativo, el bien común o la comunidad de bienes! Nada de propiedad individual de las tierras: *la tierra no es de nadie.* Reclamamos, queremos el goce común de los frutos de la tierra: los frutos son de todo el mundo[5].

Declaramos no poder sufrir más que la inmensa mayoría de los hombres trabajen y suden al servicio y para el buen placer de la extrema minoría.

Hace demasiado tiempo que menos de un millón de individuos disponen de lo que pertenece a más de veinte millones de sus semejantes, de sus iguales.

¡Que cese de una vez este gran escándalo que nuestros nietos no querrán creer! ¡Desaparezcan de una vez estas irritantes distinciones de ricos y pobres, de grandes

[4] Es esta radical afirmación la que provocó las objeciones al *Manifiesto* a las que nos referíamos en la nota anterior.

[5] Se contrapone así una concepción comunista de la propiedad agraria frente a la concepción parcelaria según la cual la extirpación del sistema feudal debía hacerse mediante un fraccionamiento indefinido de la tierra; hacia esa solución se había inclinado anteriormente Babeuf, en su *Cadastre perpetuel.*

y pequeños, de amos y criados, de gobernantes y gobernados.

Que no exista otra diferencia entre los hombres que la de la edad y del sexo. Puesto que todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, que no haya más que una sola educación, una sola alimentación. Si se contentan con un solo sol y un mismo aire para todos, ¿por qué no les bastaría la misma porción y la misma calidad de alimentos?

Pero ya los enemigos del orden de cosas más natural que se pueda imaginar declaman contra nosotros: «Desorganizadores y facciosos, nos dicen, no queréis más que masacres y botín».

Pueblo de Francia,

No perderemos nuestro tiempo en responderles; pero a ti te diremos: la santa empresa que organizamos no tiene otro objeto que el de poner término a las discordias civiles y a la miseria pública.

Jamás tan vasto designio ha sido concebido y puesto en ejecución. En raras ocasiones algunos hombres de talento, algunos sabios, han hablado de ello en voz baja y temblorosa. Ninguno de ellos ha tenido el valor de decir la verdad entera.

Ha llegado el momento de las grandes medidas. El mal alcanza su colmo; cubre la faz de la tierra. El caos, bajo el nombre de política, reina desde hace demasiados siglos. Que todo vuelva al orden y recobre su lugar. Que, al grito de la igualdad, se organicen los elementos de la justicia y de la felicidad. Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, ese gran hospicio abierto a todos los hombres. Han llegado los días de la restitución general. Familias gimientes, venid a sentaros a la mesa común puesta por la naturaleza para todos sus hijos.

Pueblo de Francia,

¡Te estaba reservada la más pura de todas las glorias! Sí, eres tú el primero que debes ofrecer al mundo este conmovedor espectáculo.

Antiguos hábitos, antiguas prevenciones querrán de nuevo obstaculizar el establecimiento de la República de los Iguales. La organización de la igualdad real, la única que responde a todas las necesidades, sin causar víctimas, sin costar sacrificios, no le gustará ciertamente a todo el mundo. El egoísta, el ambicioso temblará de rabia. Los que poseen injustamente clamarán injusticia.

Los goces exclusivos, los placeres solitarios, las conveniencias personales, causarán vivos pesares a algunos individuos insensibles para las penas ajenas. Los amantes del poder absoluto, los viles secuaces de la autoridad arbitraria, doblegarán con pena sus cabezas soberbias bajo el nivel de la igualdad real. Su cortedad de vista penetrará difícilmente en el próximo porvenir de la felicidad común; pero ¿qué pueden algunos millares de descontentos contra toda una masa de hombres felices y sorprendidos de haber buscado tanto tiempo una felicidad que tenían a mano?

Al día siguiente de esta verdadera revolución, se dirán asombrados: «Pero ¿la felicidad común costaba tan poco? No teníamos más que quererla. ¡Ah!, ¿por qué no la hemos querido antes? ¿Hacía falta que nos lo dijeran tantas veces?» Sí, sin duda; un solo hombre sobre la tierra, más resuelto, más poderoso que sus semejantes, que sus iguales, y el equilibrio se rompe: el crimen y la desgracia se instalan en la tierra.

Pueblo de Francia,

¿Por qué señal reconocerás, pues, en adelante, la excelencia de una constitución? La única que puede convenirte y satisfacer todos tus deseos será aquella que repose por completo sobre la igualdad de hecho.

Las cartas aristocráticas de 1791 y de 1795 apretaban tus cadenas en lugar de romperlas. La de 1793[6] suponía un gran paso efectivo hacia la igualdad real; todavía no se aproximaba lo bastante; pero si no alcanzaba todavía el fin y no abordaba la felicidad común, consagraba, sin embargo, solemnemente su gran principio.

Pueblo de Francia,

Abre tus ojos y tu corazón a la plenitud de la felicidad. Reconoce y proclama con nosotros la República de los Iguales.

[Buonarroti, *Gracchus Babeuf et la conjuration des Égaux*, 1828.]

ANÁLISIS DE LA DOCTRINA DE BABEUF

Tribuno del pueblo, proscrito por el Directorio Ejecutivo por haber dicho la verdad

1. La naturaleza ha dado a cada hombre un derecho igual al goce de todos los bienes.
2. El fin de la sociedad es defender esta igualdad a menudo atacada por el fuerte y el malvado en el estado de naturaleza, y aumentar, por el concurso de todos, los goces comunes.
3. La naturaleza ha impuesto a cada uno la obligación de trabajar. Nadie puede sin crimen sustraerse al trabajo.

---

[6] La Constitución del año I (1793), que nunca llegó a aplicarse, se convirtió en la bandera de los revolucionarios de izquierda frente a las de 1971 y 1795, ambas censitarias.

4. Los trabajos y los goces deben ser comunes a todos.

5. Hay opresión cuando unos se agotan en el trabajo y carecen de todo, mientras otros nadan en la abundancia sin hacer nada.

6. Nadie puede sin crimen apropiarse exclusivamente de los bienes de la tierra y de la industria.

7. En una verdadera sociedad no debe haber ni ricos ni pobres.

8. Los ricos que no quieren renunciar a lo superfluo en favor de los indigentes son enemigos del pueblo.

9. Nadie puede, mediante la acumulación de todos los medios, privar a otro de la instrucción necesaria para su felicidad; la instrucción debe ser común.

10. El fin de la revolución es destruir la desigualdad y restablecer la felicidad de todos.

11. La revolución no ha terminado, puesto que los ricos absorben todos los bienes y mandan de modo exclusivo, mientras que los pobres trabajan como verdaderos esclavos, languideciendo en la miseria y no representan nada en el Estado.

12. La Constitución de 1793 es la verdadera ley de los franceses: porque el pueblo la ha aceptado solemnemente; porque la Convención no tenía el derecho de cambiarla; porque para conseguirlo ha hecho fusilar al pueblo que reclamaba su ejecución; porque ha expulsado y degollado a los diputados que cumplían con su deber al defenderla; porque el terror contra el pueblo y la influencia de los emigrados han presidido la redacción y la pretendida aceptación de la Constitución de 1795, que no ha logrado ni siquiera la cuarta parte de los sufragios que obtuvo la de 1793; porque la Constitución de 1793 ha consagrado los derechos inalienables para cada ciudadano de consentir las leyes, de ejercer los derechos políticos, de reunirse, de reclamar lo que

cree útil, de instruirse y de no morir de hambre, derechos que el acta contrarrevolucionaria de 1795 ha violado completa y abiertamente.

13. Todo ciudadano está obligado a restablecer y a defender, en la Constitución de 1793, la voluntad y la felicidad del pueblo.

14. Todos los poderes emanados de la pretendida Constitución de 1795 son ilegales y contrarrevolucionarios.

15. Los que han puesto la mano sobre la Constitución de 1793 son culpables de lesa majestad popular.

[Buonarroti, *Gracchus Babeuf et la conjuration des Egaux*, 1828.]

HENRI DE SAINT-SIMON
[1760-1825]

> La imaginación de los poetas ha situado la edad de oro en los albores de la especie humana, en medio de la ignorancia y la barbarie de los primeros tiempos, allí donde habría más bien que colocar la edad de hierro. La edad de oro del género humano no está tras nosotros, está delante, en la perfección del orden social; nuestros padres no la han visto, nuestros hijos la alcanzarán algún día; nos corresponde a nosotros abrirles el camino.
>
> SAINT-SIMON

Un aliento de grandiosidad se desprende de la vida y la obra de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon. Animado de espíritu misionero, se impuso como tarea reorganizar la sociedad europea sobre las bases de la ciencia y la industria, de tal modo que los hombres pudieran proyectar su propia marcha colectiva de acuerdo con la ley universal. «He recibido la misión —dijo en alguna ocasión— de sacar el poder político de las manos del clero, de la nobleza y del orden de la toga para ponerlo en las de los industriales.» A

propósitos tan ambiciosos dedicó su agitada vida Saint-Simon, en cuya obra, aparentemente tan desorganizada, pueden espigarse las semillas de algunas de las ideas centrales del pensamiento moderno; sociólogo avant la lettre *es, sin duda, el primero entre los precursores del socialismo.*

Nacido en París, en el seno de una noble familia picarda a la que la leyenda hacía descendiente de Carlomagno, pronto afirmó su personalidad al rebelarse contra el tipo de educación tradicional que pretendían darle sus mayores. Muy joven aún ingresa en el ejército y toma parte, a las órdenes de La Fayette, en la guerra de independencia americana (1779), retirándose, a su regreso, de la milicia para dedicarse a viajar. Entre 1787 y 1789 le encontramos en España empeñado en convencer al gobierno de Carlos III para la construcción de un canal que comunicase a Madrid con el mar. Acoge con entusiasmo la Revolución, a la que ofrenda la renuncia de sus títulos nobiliarios, aunque sin intervenir directamente en las luchas políticas; no obstante, terminó por ser encarcelado (1795) debido a las envidias suscitadas por las enormes ganancias que le proporcionó la especulación de bienes nacionales, actividad a la que se dedicó asociado con un diplomático alemán llamado Redern. Enriquecido en varias ocasiones, en otras tantas estuvo al borde de la miseria, e incluso de la muerte (desesperado, intentó suicidarse en 1823), pero, siempre, a través de su azarosa existencia, mantuvo una fe inextinguible en su propia obra, que supo comunicar a un grupo entusiasta de discípulos quienes hicieron pervivir —aunque caricaturizándolo en ocasiones— el espíritu saintsimoniano en un movimiento de carácter semirreligioso de cierta influencia, durante algún tiempo, en los círculos dirigentes de Francia.

Según Von Stein, Saint-Simon «fue el primero que medio entendió y medio adivinó el poder, los elementos y las contradicciones de la Sociedad». Se trataba de descubrir las leyes que rigen la vida social en movimiento para, a partir de ellas, dirigir de modo racional la vida humana. Para lograrlo, se imponía la utilización de un método histórico que pusiera de manifiesto la ley de desarrollo de las sociedades humanas. Sólo entonces se estaría en condiciones de entender el carácter contradictorio de la sociedad surgida de la Revolución francesa así como de reorganizarla.

La marcha de la Historia, concebida como un progreso hacia un bienestar cada vez mayor, es expresión, en buena parte, del cambio incesante en el régimen de propiedad («no hay cambio en el orden social sin un cambio en la propiedad»). Desde este punto de vista, Saint-Simon realiza un penetrante análisis de las sociedades europeas a partir de la Edad Media para explicar el paso desde la sociedad guerrera y teológica a la sociedad industrial y científica. En ese contexto, la Revolución francesa se nos aparece en su significado más hondo: Es la consecuencia última y necesaria de una «revolución civil y moral que se estaba operando gradualmente desde hacía seis siglos». No obstante, la revolución política operada no basta para abrir todas las posibilidades contenidas en la sociedad contemporánea. Se halla ésta atravesada por contradicciones que es preciso resolver; la crisis actual tiene su origen en la coexistencia de principios e instituciones que corresponden a dos sistemas sociales opuestos: los del antiguo régimen, basados sobre los privilegios medievales, y los de la nueva sociedad surgida de la revolución burguesa. Es necesario, pues, si se quiere superar la crisis o, para emplear las propias palabras de Saint-Simon, si no se quiere vivir entre

ruinas, reorganizar por completo la sociedad sobre la base del «sistema industrial», ya que las nuevas fuerzas sociales liberadas por la Revolución exigen una organización planificada de la producción, dirigida hacia el bienestar de la «clase más pobre y numerosa» y retribuyendo a cada uno de acuerdo con su capacidad.

No significa esto, de ningún modo, una afirmación de fe democrática, a cuyo espíritu era ajeno el aristocratismo siempre patente de Saint-Simon, ni tampoco la formulación anticipada de la «lucha de clases» entre poseedores y desposeídos. De lo que se trata es de oponer la actividad económica —valiosa por sí misma—, en cualquiera de sus formas, a la «ociosidad», esto es, a la propiedad no acompañada del trabajo. No se ataca a la propiedad privada en sí misma, sino a ciertas formas históricas en las que ésta se manifiesta.

«Puesto que los únicos hombres útiles a la sociedad son los productores de cosas útiles, a ellos únicamente debe confiarse la función de regir sus destinos.» El «sistema industrial» debe organizarse de acuerdo con los principios que se desprenden de una premisa que es la base de la nueva ciencia positiva de la sociedad: «La política es la ciencia de la producción.» Las funciones puramente «gubernamentales», residuo del sistema feudal, en cuanto, tras ellas, alienta el odioso dominio del hombre por el hombre, sólo se mantendrán en la medida en que sean necesarias para proteger a los trabajadores («productores», dirá Saint-Simon) de la rapacidad de los ociosos. El resto de la actividad «política» se reducirá a la dirección «administrativa» de los asuntos públicos según resulte de la naturaleza misma de las cosas. Dicho de otro modo, el progreso que implica el sistema industrial radica, a juicio de Saint-Simon, en la ampliación del dominio del hombre sobre las cosas, en una gradual liberación de la naturaleza (tecnocracia).

Ahora bien, supuesto que la realización de este progreso exige una organización de la producción y, por consiguiente, de la propiedad, y supuesto que dicha planificación de la vida colectiva corresponde a las fuerzas sociales (banqueros, industriales, etc.), que impulsan la producción en beneficio del interés general, es claro que en el sistema saintsimoniano operan factores socialistas. Como apunta Buber, Saint-Simon percibió que el problema de la reorganización de la sociedad consistía no sólo en modificar la relación existente entre dirigentes y dirigidos, sino en modificar la estructura interna de la sociedad mediante la integración de los productores en asociaciones industriales organizadas de acuerdo con el principio de la división del trabajo.

LA PARÁBOLA[1]

Supongamos que Francia pierda súbitamente sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos, sus cincuenta primeros matemáticos, sus cincuenta primeros poetas, sus cincuenta primeros pintores, sus cincuenta primeros escultores, sus cincuenta primeros músicos, sus cincuenta primeros literatos;

Sus cincuenta primeros mecánicos, sus cincuenta primeros ingenieros civiles y militares, sus cincuenta primeros artilleros, sus cincuenta primeros arquitectos, sus cincuenta primeros médicos, sus cincuenta primeros cirujanos, sus cincuenta primeros farmacéuticos, sus cincuenta primeros marinos, sus cincuenta primeros relojeros;

---

[1] En 1819 se publicó este célebre escrito de Saint-Simon, quizás el más conocido de todos los suyos, en el que se puede apreciar la acerba ironía propia de un verdadero panfleto, género político literario muy en boga en aquella época. Así fue considerado por las autoridades de la Restauración, quienes sometieron a proceso a Saint-Simon, del que éste fue absuelto por no poder demostrar el Fiscal ninguna relación entre la publicación y el asesinato del duque de Berry. *La Parábola,* bautizada así por Olindes Rodríguez, su discípulo, en 1832, fue publicada en *L'Organisateur.*

Sus cincuenta primeros banqueros, sus doscientos primeros negociantes, sus seiscientos primeros cultivadores, sus cincuenta primeros maestros de fundición, sus cincuenta primeros fabricantes de armas, sus cincuenta primeros curtidores, sus cincuenta primeros tintoreros, sus cincuenta primeros mineros, sus cincuenta primeros fabricantes de paños, sus cincuenta primeros fabricantes de algodón, sus cincuenta primeros fabricantes de sedas, sus cincuenta primeros fabricantes de telas, sus cincuenta primeros fabricantes de quincallerías, sus cincuenta primeros fabricantes de loza y porcelana, sus cincuenta primeros fabricantes de cristalería y vidriería, sus cincuenta primeros armadores, sus cincuenta primeras casas de mensajerías, sus cincuenta primeros impresores, sus cincuenta primeros grabadores, sus cincuenta primeros orfebres y demás trabajadores en metales;

Sus cincuenta primeros albañiles, sus cincuenta primeros carpinteros, sus cincuenta primeros ebanistas, sus cincuenta primeros herradores, sus cincuenta primeros cerrajeros, sus cincuenta primeros cuchilleros, sus cincuenta primeros fundidores, y otros cientos de personas de diversas profesiones innominadas, los más capaces en las ciencias, en las bellas artes y en las artes y oficios, sumando, en conjunto, los tres mil primeros sabios, artistas y artesanos de Francia[2].

Como estos hombres son los franceses esencialmente productores, los que dan los productos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles a la nación, y

---

[2] De ordinario, sólo se designa como artesanos a los simples obreros. Para evitar las circunlocuciones, abarcamos en esta expresión a cuantos se ocupan de los productos materiales, a saber: cultivadores, fabricantes, comerciantes, banqueros y todos los empleados u obreros a su servicio. *(Nota de Saint-Simon.)*

los que la hacen productiva en las ciencias, en las bellas artes y en las artes y oficios, ellos son realmente la flor y nata de la sociedad francesa; son ellos, entre todos los franceses, los mas útiles a su país, los que le proporcionan mayor gloria, los que más aceleran su civilización así como su prosperidad; la nación se convertiría en un cuerpo sin alma en el momento que los perdiera; caería inmediatamente en una situación de inferioridad con relación a las naciones de las que hoy es rival, y continuaría siendo subalterna respecto a ellas mientras no reparase esta pérdida, en tanto que no le volviera a brotar una cabeza. Francia necesitaría, por lo menos, toda una generación para reparar esta desgracia; porque los hombres que se distinguen en los trabajos de utilidad positiva son verdaderas anomalías, y la naturaleza no es pródiga en anomalías, sobre todo en las de esta especie.

Pasemos a otra suposición. Admitamos que Francia conserve todos los hombres de genio que posee en las ciencias, en las bellas artes y en las artes y oficios, pero que tenga la desgracia de perder, el mismo día, a Su Alteza, el hermano del Rey, al duque de Angulema, al duque de Berry, al duque de Orleans, al duque de Borbón, a la duquesa de Angulema, a la duquesa de Berry, a la duquesa de Orleans, a la duquesa de Borbón y a *Mademoiselle* de Condé.

Que perdiera, al mismo tiempo, a todos los grandes dignatarios de la Corona, a todos los Ministros de Estado (con o sin cartera), a todos los consejeros de Estado, a todos los *maîtres des requêtes*, a todos sus mariscales, a todos sus cardenales, arzobispos, obispos, vicarios generales y canónigos, a todos los prefectos y subprefectos, a todos los empleados de los ministerios, a todos los jueces y, encima de eso, a los diez mil propietarios más ricos de los que viven señorialmente.

Este accidente afligiría ciertamente a los franceses, porque son buenos, porque no podrían ver con indiferencia la desaparición súbita de tan gran número de compatriotas. Pero esta pérdida de treinta mil individuos considerados como los más importantes del Estado no causaría pena más que en el aspecto puramente sentimental, porque no resultaría de ella ningún mal político para el Estado.

En primer lugar, debido a que sería muy fácil cubrir las plazas vacantes; existe un gran número de franceses en situación de ejercer las funciones de hermano del Rey tan bien como lo haga Su Alteza; muchos son capaces de ocupar las plazas de príncipe tan adecuadamente como lo puedan hacer el duque de Angulema, el duque de Berry, el duque de Orleans o el duque de Borbón; muchas francesas serían tan buenas princesas como la duquesa de Angulema, la duquesa de Berry, o las señoras de Orleans, de Borbón o de Condé.

Las antecámaras de palacio están llenas de cortesanos dispuestos a ocupar las plazas de los grandes dignatarios de la Corona; el ejército posee una gran cantidad de militares tan buenos capitanes como nuestros mariscales actuales. ¡Cuántos funcionarios valen tanto como nuestros ministros de Estado! ¡Cuántos administradores mejor capacitados para llevar los asuntos de los departamentos que los prefectos y subprefectos actuales! ¡Cuántos abogados tan buenos jurisconsultos como nuestros jueces! ¡Cuántos curas tan capaces como nuestros cardenales, nuestros arzobispos, nuestros obispos, nuestros vicarios generales y nuestros canónigos! En cuanto a los diez mil propietarios que viven señorialmente, sus herederos no tendrían necesidad de aprendizaje alguno para hacer los honores de sus salones tan bien como ellos.

La prosperidad de Francia sólo puede producirse como resultado y por efecto de los progresos en las

ciencias, las bellas artes y las artes y oficios; ahora bien, los príncipes, los grandes dignatarios de la Corona, los obispos, los mariscales de Francia, los prefectos y los propietarios ociosos no colaboran directamente en los progresos de las ciencias, de las bellas artes y de las artes y oficios; lejos de contribuir a ellos no pueden más que perjudicarlos, pues se esfuerzan en prolongar la preponderancia ejercida hasta la fecha por las teorías conjeturales sobre el conocimiento positivo; perjudican necesariamente a la prosperidad de la nación al privar, como lo hacen, a los sabios, artistas y artesanos del primer grado de consideración, que les pertenece legítimamente; la dañan, ya que emplean sus medios pecuniarios de una manera que no es directamente útil a las ciencias, a las bellas artes y a las artes y oficios; la dañan, ya que, anualmente, se llevan, de los impuestos pagados por la nación, una suma de tres a cuatrocientos millones, a título de sueldos, pensiones, gratificaciones, indemnizaciones, etc., por el pago de sus trabajos, que son inútiles.

Estas suposiciones ponen de relieve el hecho más importante de la política actual; nos sitúan en una perspectiva desde la que se descubre ese hecho en todas sus proporciones a la primera ojeada; prueban claramente, aunque de manera indirecta, que la organización social está poco perfeccionada; que los hombres se dejan todavía gobernar por la violencia y por la astucia, y que la especie humana, políticamente hablando, se encuentra aún sumergida en la inmoralidad:

Puesto que los sabios, los artistas y los artesanos, que son los únicos hombres cuyos trabajos tienen utilidad positiva para la sociedad y a la cual casi no le cuestan nada, están subordinados a los príncipes y demás gobernantes, quienes no son sino rutinarios más o menos incapaces;

Puesto que los dispensadores de la consideración y de las demás recompensas nacionales no deben en general la preponderancia de que gozan más que al azar del nacimiento, a la adulación, a la intriga o a otras acciones poco estimables;

Puesto que aquellos que están encargados de administrar los asuntos públicos se reparten entre sí, todos los años, la mitad del impuesto, y apenas emplean un tercio de las contribuciones de las que no se apoderan personalmente de una manera que sea útil a los administrados;

Estas suposiciones hacen ver que la sociedad actual es verdaderamente un mundo al revés;

Puesto que la nación ha admitido por principio fundamental que los pobres deben ser generosos con respecto a los ricos y que, en consecuencia, los menos acomodados se priven diariamente de una parte de lo que les es necesario, con objeto de aumentar lo superfluo de los grandes propietarios;

Puesto que los mayores culpables, los ladrones generales, aquellos que exprimen a la totalidad de los ciudadanos, y les sacan de tres a cuatrocientos millones por año, están encargados de castigar los pequeños delitos contra la sociedad;

Puesto que la ignorancia, la superstición, la pereza y el gusto por los placeres costosos forman el patrimonio de los jefes supremos de la sociedad, y que las gentes capaces, ahorrativas y laboriosas no son empleadas más que como subalternos y como instrumentos;

Puesto que, en una palabra, en todos los géneros de ocupaciones, son los hombres incapaces los que se encuentran encargados de dirigir a las gentes capaces; puesto que son, por lo que respecta a la moralidad, los hombres más inmorales los que están llamados a formar a los ciudadanos en la virtud, y puesto que, por lo que se refiere a la justicia distributiva, son los

grandes culpables los propuestos para castigar las faltas de los pequeños delincuentes.

Por corto que sea este resumen, creemos haber probado suficientemente que el cuerpo político está enfermo; que su enfermedad es grave y peligrosa; que es la más enfadosa que pueda padecer ya que afecta, al propio tiempo, al conjunto y a todas sus partes [...].

[*L'Organisateur*, 1819.]

GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN

En el actual estado de cosas, se admite que el deber perpetuo y único de los gobiernos es trabajar por la felicidad de la sociedad. Pero ¿cuáles son los medios de felicidad para la sociedad? La opinión pública no se ha pronunciado en absoluto hasta hoy sobre este punto. Quizá no existe ni siquiera una sola idea firme y generalmente admitida sobre ello. ¿Qué resulta de aquí? Que la dirección general de la sociedad queda forzosamente abandonada por entero a la decisión arbitraria de los gobernantes. Decirles «hacednos felices», sin prescribirles por qué medios, es tanto como dejarlos en la necesidad de que imaginen lo que deben hacer por nuestra felicidad, al mismo tiempo que la de ejecutarla; significa, por consiguiente, entregarnos nosotros mismos a su discreción de modo tan completo como es posible. A partir de aquí, si nuestros jefes son ambiciosos, nos organizarán para la conquista o para el monopolio. Si sienten amor por el fasto, tratarán de hacernos felices construyéndose bellos palacios y dando fiestas magníficas. Si son devotos, nos organizarán para ganar el paraíso, etc.; porque ocurre que los gober-

nantes son muy dados, por efecto natural de su condición, a confundir sinceramente aquello que satisface sus pasiones o sus gustos dominantes con lo que es más ventajoso para las naciones. Suponed incluso que los gobernantes se hayan elevado hasta querer constituirse un plan regular de administración, a lo que, hasta cierto punto, les empuja la organización parlamentaria: dado que las únicas combinaciones para las que se hayan mostrado aptos los gobernantes hasta la hora actual (y esto *bajo todas las formas de gobierno*) se reducen siempre a la de la fuerza con la astucia, será mediante la fuerza y la astucia como se propondrán lograr que la sociedad prospere.

Sin entrar en consideraciones más detalladas, toda persona que reflexione un instante sobre este tema se persuadirá de que, en tanto que la sociedad se limite a ordenar vagamente a sus gobernantes que la hagan feliz sin haber definido sus ideas sobre los medios generales para su prosperidad, la arbitrariedad reinará necesariamente desde el punto de vista más general y esencial, puesto que los gobernantes se verán acumular a su función natural de guiar la sociedad en una dirección dada la también muy importante de determinar la dirección. Se deduce, pues, que el objeto capital de los trabajos de los publicistas de hoy debe ser el de definir las ideas sobre la dirección de prosperidad que la sociedad debe adoptar y el de decidirla a adoptar esta dirección.

Preguntémonos, ahora, ¿cuáles son los medios generales para que la sociedad alcance la felicidad? No tememos precipitarnos, y todo hombre sensato encontrará fácilmente la prueba de ello, al afirmar que no existen otros que las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios; ya que los hombres no pueden ser felices más que por la satisfacción de sus necesidades físicas

y morales, lo cual constituye el fin único y el objeto más o menos directo de las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios. Sólo hacia estas tres direcciones se dirigen todos los trabajos verdaderamente útiles a la sociedad: fuera de ellas no se encuentran más que los parásitos y los dominadores. En todo lo que se ha emprendido hasta el presente y en todo lo que se pueda emprender en el futuro para la felicidad de los hombres, no ha habido nunca ni jamás habrá otra cosa útil a la mejora de su suerte que lo que tiende directa o indirectamente a aplicar, difundir o perfeccionar los conocimientos adquiridos en las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios. Nunca se repetirá bastante: no hay otra actividad útil ejercida por el hombre que la que éste ejerce sobre las cosas. La acción del hombre sobre el hombre es siempre en sí misma perjudicial a la especie, debido a la doble destrucción de fuerzas que entraña; sólo puede ser útil en la medida en que sea secundaria y cuando concurra a ejercer una acción mayor sobre la naturaleza.

Por supuesto que estamos lejos de pretender que, *en el estado actual de las cosas*, no haya más hombres útiles que los sabios, los artistas y los artesanos ni más trabajos útiles que los suyos. Dado el modo en que la sociedad está aún constituida, y estando dominadas estas tres clases por los parásitos, cualquier hombre que sin pertenecer a ninguna de ellas se ocupa de desembarazarlas de dicho dominio, ejerce no solamente una acción muy útil sino incluso absolutamente indispensable. Su influencia, aunque indirecta, es sin duda ventajosa para las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios. Pero no cabe duda que la utilidad de este tipo de trabajo es, por así decirlo, circunstancial y cesará junto con el hecho (forzosamente pasajero) sobre el cual se funda. Por otra parte, no se puede organizar la

sociedad sobre una base crítica y, como lo que nosotros buscamos es un principio susceptible de servir de base a un nuevo sistema social, debemos prescindir por completo de todo lo que se refiera a la transición.

De este modo, creemos poder afirmar en principio que, en el nuevo orden político, la organización social debe tener por objeto único y permanente aplicar del modo mejor posible los conocimientos adquiridos en las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios a la satisfacción de las necesidades humanas; difundir estos conocimientos, perfeccionarlos y acrecerlos lo más posible: en una palabra, combinar lo más útilmente posible todos los trabajos particulares en las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios.

No es ésta la ocasión de describir en detalle qué grado asombroso de prosperidad podría alcanzar la sociedad con una tal organización; por otra parte, es fácil imaginárselo; nosotros nos limitaremos a indicarlo mediante la consideración siguiente.

Hasta el presente los hombres sólo han ejercido, por así decirlo, esfuerzos puramente individuales y aislados sobre la naturaleza. Aún más: sus fuerzas siempre se han destruido entre sí en una gran medida, ya que la especie humana ha estado dividida hasta el presente en dos fracciones desiguales, la más pequeña de las cuales ha empleado constantemente todas sus fuerzas, y a veces incluso una porción de las de la mayor, para dominar a ésta; mientras que la última ha consumido una parte considerable de las suyas para rechazar la dominación. Cierto es, sin embargo, que, a pesar de esta enorme pérdida de fuerzas, la especie humana ha logrado, en los países más civilizados, un grado bastante notable de comodidad y prosperidad. Puede juzgarse, según esto, a qué nivel llegaría si no se perdiera ninguna fuerza, si los hombres, cesando de mandar

los unos a los otros, se organizasen para ejercer sobre la naturaleza sus esfuerzos combinados y si las naciones siguieran entre ellas el mismo sistema.

Tratábamos con esto de hacer percibir la necesidad que existe para la sociedad de darse un fin positivo de organización que no sea el fin incierto de la felicidad. Ahora que hemos fijado este fin podemos hacernos una idea mucho más exacta de dicha necesidad. Basta para ello comparar lo que debe ser el sistema social en las dos hipótesis de un fin incierto y del fin positivo que hemos determinado. Del paralelo resultará, desde un nuevo punto de vista, la importancia del principio que proponemos.

Imaginémonos una numerosa caravana que dijera a sus conductores: *Llevadnos donde estemos mejor.* Desde ese momento, los conductores lo son todo, la caravana nada; marcha en la oscuridad; porque para que un viaje de esta naturaleza pueda realizarse, aunque sólo sea durante veinticuatro horas, es necesario que la caravana conceda a sus jefes una confianza ilimitada, una obediencia completamente pasiva. Queda, pues, enteramente a la suerte de su mala fe y de su ignorancia. No puede reservarse otro derecho que el de declarar que tal o cual desierto al que se la ha conducido no le conviene y que es necesario llevarla a otra parte; pero este derecho no puede sino servirle para hacer a su costa una serie de experiencias que le resultarán siempre inútiles, en tanto que deje a sus guías determinar el fin del viaje.

Supongamos, por el contrario, que la caravana diga a sus conductores: *Sabéis el camino de La Meca, llevadnos*. En este nuevo estado de cosas, los conductores ya no son jefes, sino guías, sus funciones, aunque muy importantes, no son más que subalternas; la acción principal ha partido de la caravana. Cada viajero con-

serva el derecho de hacer, tantas veces como lo juzgue conveniente, observaciones críticas sobre el camino que se lleva, y de proponer, de acuerdo con su entendimiento, las modificaciones que crea útiles. Dado que la discusión no puede desarrollarse más que sobre una cuestión muy positiva y muy fácil de juzgar (*¿nos estamos alejando o nos estamos aproximando a La Meca?*) ya no es a la voluntad de los guías a quien la caravana obedece (suponiéndola algo ilustrada), sino a su *propia convicción,* que resulta de las demostraciones que le hayan sido presentadas.

La primera hipótesis es la imagen de la sociedad que encomienda vagamente a quienes la dirigen realizar su felicidad; la segunda corresponde a la sociedad que se organiza para tratar de acrecer su prosperidad mediante las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios. Se puede incluso afirmar que la enorme diferencia existente entre los dos estados de la caravana no da sino una idea imperfecta de la que hay entre estos dos sistemas sociales. Nada mejor que las siguientes palabras para mostrar fielmente la oposición que existe entre ellos: en el antiguo sistema, la sociedad está gobernada esencialmente por hombres; en el nuevo, no está gobernada más que por principios. Ya hemos demostrado suficientemente más arriba la primera parte de esta afirmación; ocupémonos de la segunda.

En una sociedad organizada para el fin positivo de lograr su prosperidad por las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios, el acto político más importante, o sea, el que consiste en fijar la dirección hacia la cual la sociedad debe marchar, no pertenece a los hombres investidos de funciones sociales, sino que es ejercida por el mismo cuerpo social; de esta manera, la sociedad, considerada colectivamente, puede ejercer realmente la soberanía, soberanía que no consiste ya en una opi-

nión arbitraria erigida en ley por la masa, sino en un principio derivado de la naturaleza misma de las cosas y cuyas justicia y necesidad han sido reconocidas y proclamadas por los hombres. En ese orden de cosas, los ciudadanos encargados de las diferentes funciones sociales, incluso las más elevadas, no cumplen, desde un cierto punto de vista, más que papeles subalternos, ya que sus funciones, cualquiera que sea su importancia, consisten en marchar en una dirección que no ha sido elegida por ellos. Además, el fin y el objeto de una organización tal, son tan claros, tan determinados, que no queda lugar para la arbitrariedad de los hombres, ni siquiera para la de las leyes, puesto que ambas sólo pueden ejercerse en el vacío que es, por decirlo así, su elemento natural. La acción de gobierno es entonces nula, o casi nula, en cuanto significa acción de mandar. Todos los problemas que deben presentarse en un sistema político semejante: cuáles son las empresas mediante las cuales la sociedad puede acrecer su prosperidad actual, con la ayuda de los conocimientos que posee en ese momento en las ciencias, las bellas artes y las artes y oficios; qué medidas deben adoptarse para difundir dichos conocimientos y para perfeccionarlos en cuanto sea posible; finalmente, por qué medios pueden ejecutarse tales empresas diversas con el menor gasto y en el menor tiempo posible. Estos problemas, decimos, y todos los que a su vez puedan engendrar, son eminentemente positivos y fáciles de juzgar; las decisiones sólo pueden ser resultado de demostraciones científicas absolutamente independientes de toda voluntad humana y susceptibles de ser discutidas por todos los que tengan el grado de instrucción suficiente para comprenderlas. A mayor abundancia, debido a que en un sistema parecido todas las funciones sociales tienen un carácter positivo y un objeto muy definido,

la capacidad necesaria para cumplirlas es tan evidente, tan fácil de comprobar, que no podría producirse jamás indecisión respecto a ello, y cada ciudadano debe tender naturalmente a encerrarse en el papel que le es más adecuado. De igual modo que todo problema de interés social será forzosamente decidido de forma tan correcta como lo permitan los conocimientos adquiridos en ese momento, todas las funciones sociales serán necesariamente confiadas a los hombres más capaces de cumplirlas, conforme al fin general de la asociación. Así, en este orden de cosas, se verá cómo desaparecen a la vez los tres principales inconvenientes del sistema político actual: la arbitrariedad, la incapacidad y la intriga.

Si, en la exposición sumaria que hemos realizado del fin que debe adoptar en adelante la organización social, no hemos incluido el mantenimiento del orden, se debe a que el mantenimiento del orden es, por supuesto, una condición fundamental para que la sociedad pueda dedicarse a cualquier empresa, pero no se lo puede considerar como el fin de la sociedad. La opinión según la cual el sistema político debe tener única y exclusivamente por objeto el mantenimiento del orden, opinión concebida y acreditada por hombres muy estimables, se basa en que, en el estado actual de las cosas, los gobiernos no tienen efectivamente otra utilidad real que la de asegurar más o menos bien la tranquilidad y la seguridad de todos los trabajos particulares. Es sabido que casi todas las medidas mediante las cuales han pretendido influir sobre la prosperidad social no han tenido otro resultado efectivo que el de causarle un mal; de donde se ha deducido el refrán de que lo mejor que los gobiernos pueden hacer para la felicidad de la sociedad es no mezclarse en ella. Pero esta manera de ver, que es justa cuando va referida al sistema político

existente, es evidentemente falsa cuando se la adopta en un sentido absoluto; sólo puede subsistir en la medida en que no nos hagamos a la idea de un sistema político diferente.

Las funciones que tienen especialmente por objeto el mantenimiento del orden serán, pues, clasificadas en la nueva organización social según su rango natural, es decir, como funciones subalternas y de policía: puesto que es evidente que no pueden ser funciones principales salvo cuando la asociación no tiene un fin; desde el momento en que lo tiene, aun cuando sea vicioso, se convierten en secundarias. Ahora bien, observemos que esta porción de la acción social es la única que, en el nuevo sistema, exige un cierto grado de mando de unos hombres con respecto a los otros, puesto que todo el resto, como ya hemos explicado, pertenece a la acción de los principios. De aquí se deduce que la acción de gobernar propiamente dicha se restringirá lo más posible. Los hombres gozarán, en consecuencia, en dicho orden de cosas, del más alto grado de libertad que sea compatible con el estado de la sociedad. Es preciso incluso resaltar que esta función de mantener el orden puede en ese caso convertirse fácilmente, casi por completo, en una carga común a todos los ciudadanos, sea para contener a los perturbadores, sea para decidir los litigios. De este modo, la porción de poder que sea necesario atribuir a los hombres encargados especialmente de dicho objeto podrá ser minúscula, y será tanto menos temible para la libertad en la medida en que dichos hombres no sean clasificados sino como subalternos. Hace falta un aparato muy grande de gobierno para mantener el orden cuando el sistema político no tiende claramente hacia la prosperidad social, porque en ese caso se está obligado a consi-

derar a la masa como enemiga del orden establecido. Pero cuando cada uno percibe netamente el fin de mejora hacia el que se marcha, y los pasos sucesivos que a él le acercan, la masa de la población ejerce una fuerza pasiva que basta casi por sí sola para contener a una minoría antisocial.

[*L'Organisateur,* 1819.]

DEFINICIÓN DEL INDUSTRIAL

Pregunta.—¿Qué es un industrial?

Respuesta.—Un industrial es un hombre que trabaja para producir, o para poner al alcance de los diferentes miembros de la sociedad, uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus apetitos físicos; así, un labrador que siembra trigo, que cría aves y ganado, es un industrial; un carretero, un herrero, un cerrajero, un ebanista, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños, de casimires, es igualmente un industrial; un negociante, un arriero, un marinero empleado en barcos mercantes son todos industriales. Todos los industriales unidos trabajan para producir y para poner al alcance de todos los miembros de la sociedad todos los medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus apetitos físicos y forman tres grandes categorías que se llaman los cultivadores, los fabricantes y los negociantes.

P.—¿Qué puesto deben ocupar los industriales en la sociedad?

R.—La clase industrial debe ocupar el primer puesto porque es la más importante de todas; porque puede prescindir de todas las demás y ninguna de las otras

puede prescindir de ella; porque subsiste por sus propias fuerzas, por sus trabajos personales. Las demás clases deben trabajar para ella porque son sus criaturas y porque ella sostiene su existencia; en una palabra, haciéndose todo gracias a la industria, debe hacerse todo para ella.

P.—¿Qué puesto ocupan los industriales en la sociedad?

R.—La clase industrial está estructurada en la organización social actual como la última de todas. El orden social otorga hasta ahora mayor consideración y poder a los trabajos secundarios, y aun a la ociosidad, que a los trabajos más importantes, a los de utilidad más directa.

P.—¿Por qué la clase industrial, que debe ocupar el primer lugar, se encuentra colocada en el último? ¿Por qué los que son en realidad los primeros son considerados como los últimos?

R.—Lo explicaremos en el curso de este catecismo.

P.—¿Qué pueden hacer los industriales para pasar del puesto inferior en el que están colocados al puesto superior que tienen derecho a ocupar?

R.—Indicaremos en este catecismo el modo en que deben actuar para realizar este mejoramiento en su existencia social.

P.—¿Cuál es, pues, la naturaleza del trabajo que emprende usted?; en una palabra, ¿qué objetivo se propone al hacer este catecismo?

R.—Nos proponemos indicar a los industriales los medios de aumentar lo más posible su bienestar; nos proponemos hacerles conocer los medios generales que deben emplear para aumentar su importancia social.

P.—¿De qué manera se las arreglará para lograr ese objetivo?

R.— Por una parte, presentaremos a los industriales el cuadro de su verdadera situación social; les haremos ver que es completamente subalterna y, en consecuencia, muy inferior a la que debe ser, ya que constituyen la clase más capaz y más útil de la sociedad.

Además les señalaremos el camino que deben seguir para colocarse en el primer puesto desde el punto de vista de la consideración y del poder.

P.—Puesto que las clases que se encuentran especialmente investidas del poder y de la consideración no están dispuestas a renunciar voluntariamente a las ventajas de que gozan, ¿se predicará entonces, en este catecismo, la insurrección y la revuelta?

R.—Lejos de predicar la insurrección y la revuelta, presentaremos el único medio de impedir los actos de violencia que podrían amenazar a la sociedad, y a los cuales difícilmente escaparía, si el poder industrial continúa permaneciendo pasivo en medio de las facciones que se disputan el poder.

La tranquilidad pública no será estable en tanto que los más importantes industriales no se hayan encargado de dirigir la administración de la riqueza pública.

P.—Explique y díganos por qué la tranquilidad pública está amenazada si los más importantes industriales no se encargan de dirigir la administración de la riqueza pública.

R.—La razón es muy sencilla: la tendencia política general de la inmensa mayoría de la sociedad es ser gobernada lo más barato posible, ser gobernada lo menos posible, ser gobernada por los hombres más capaces y de una manera que asegure por completo la tranquilidad pública. Ahora bien, el único medio de satisfacer, desde todos estos puntos de vista, los deseos de la mayoría, consiste en encargar a los industriales más importantes de dirigir la riqueza pública; ya que

los industriales más importantes son los que están más interesados en el mantenimiento de la tranquilidad; son los más interesados en la economía en los gastos públicos; son también los más interesados en la limitación de la arbitrariedad; son, en fin, los que han probado, entre todos los miembros de la sociedad, mayor capacidad de administración positiva, comprobada por los éxitos que han obtenido en sus empresas particulares.

En el actual estado de cosas, la tranquilidad pública se halla amenazada en razón a que el comportamiento del gobierno está en directa oposición con los propósitos más positivos de la nación. Lo que principalmente desea la nación es ser gobernada de la forma más barata posible, y nunca le ha costado tan caro su gobierno; le cuesta mucho más que antes de la Revolución. Antes de la Revolución, la nación estaba dividida en tres clases, a saber: los nobles, los burgueses y los industriales. Los nobles gobernaban, los burgueses y los industriales pagaban.

Hoy, la nación no está dividida sino en dos clases: los burgueses, que han hecho la revolución y que la han dirigido en su interés, han aniquilado el privilegio exclusivo de los nobles de explotar la riqueza pública; se han hecho admitir en la clase de los gobernantes de manera que los industriales deben pagar hoy a los nobles y a los burgueses. Antes de la Revolución, la nación pagaba quinientos millones de impuestos; hoy paga mil millones y los mil millones no bastan; el gobierno contrae frecuentemente considerables empréstitos.

La tranquilidad pública estará cada vez más amenazada pues las cargas irán forzosamente siempre en aumento. El único medio de impedir las insurrecciones que podrían producirse consiste en encargar a los indus-

triales más importantes la tarea de dirigir la administración de la riqueza pública, es decir, la tarea de elaborar el presupuesto.

P.—Lo que acaba de decir está muy bien, es muy interesante y de la mayor importancia; pero no nos dice directamente lo que queremos saber. El punto que le pedimos nos esclarezca es éste: ¿Es posible sacar la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad de las manos de los nobles, los militares, los legistas y los rentistas, en una palabra, de las clases que no son industriales, para ponerla en manos de los industriales, sin emplear medios violentos?

R.—Los medios violentos son buenos para derribar, para destruir, pero no para otra cosa. Los medios pacíficos son los únicos que pueden ser empleados para edificar, para construir, en una palabra, para establecer constituciones sólidas. Ahora bien, el acto de investir a los industriales más importantes de la dirección suprema de los intereses pecuniarios de la nación es un acto de construcción; es la decisión política más importante que puede ser adoptada; esta decisión servirá de base a todo el nuevo edificio social; esta decisión terminará la revolución, colocará a la nación al abrigo de toda nueva conmoción. Los industriales más importantes realizarán gratuitamente la función de elaborar el presupuesto y, como consecuencia, dicha función no será codiciada. Los industriales que elaboren el presupuesto se propondrán como fin la economía en la administración de los asuntos públicos, de modo que asignarán a los funcionarios sueldos moderados. Al no codiciarse en exceso los cargos, el número de ellos disminuirá considerablemente, al tiempo que ocurrirá otro tanto con el de los pretendientes, estableciéndose necesariamente un orden en el cual un

gran número de cargos se ejercerán gratuitamente ya que los ricos ociosos no encontrarán otro medio de procurarse consideración.

Cuando se estudia el carácter de los industriales y la conducta que han tenido durante la Revolución, se reconoce que son esencialmente pacíficos. No son los industriales quienes han hecho la revolución, sino los burgueses, es decir, los militares que no eran nobles, los legistas que eran plebeyos, los rentistas que no eran privilegiados. Aun hoy los industriales sólo desempeñan un papel secundario en los partidos políticos existentes y carecen de opinión y de partido político. Tienen más intereses a la izquierda que a la derecha, ya que las pretensiones de los burgueses chocan menos con la idea de igualdad que las de los nobles; pero no se entregan en absoluto a las ideas de los liberales; lo que desean por encima de todo es la tranquilidad. Los conductores de los liberales, dentro y fuera de la Cámara, son generales, legistas y rentistas. Los nobles y los burgueses desean encargarse de la administración de la riqueza pública para explotarla en su provecho. Los principales industriales, por el contrario, desearían encargarse de ella para conseguir la mayor economía posible.

Los industriales saben bien que son los más capaces para dirigir adecuadamente los intereses pecuniarios de la nación, pero no exteriorizan esta idea por el temor de turbar momentáneamente la tranquilidad; esperan pacientemente que se vaya formando la opinión sobre este particular y que una doctrina verdaderamente social les llame al timón de los asuntos.

De lo que acabamos de decir, concluimos que los medios pacíficos, es decir, los medios de discusión, de demostración y de persuasión serán los únicos que los industriales emplearán o apoyarán para sacar la

alta dirección de la riqueza pública de manos de los nobles, los militares, los legistas, los rentistas y los funcionarios públicos, y hacerla pasar a las de los más importantes de ellos.

P.—Admitimos provisionalmente que los industriales no tratarán de emplear la violencia para sacar de las manos de los nobles y de los burgueses la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad y hacerla pasar a las de los más importantes de ellos; pero las intenciones pacíficas de los industriales no prueban que esta clase de la sociedad se halle en disposición de colocarse en el primer puesto; le pedimos, pues, que nos diga cuáles son los medios de los industriales para realizar en la sociedad el cambio radical de que se trata.

R.—Los industriales componen más de las noventa y seis centésimas partes de la nación; por tanto, poseen superioridad en cuanto a la fuerza física.

Son ellos los que producen todas las riquezas; por tanto, poseen la fuerza pecuniaria.

Poseen la superioridad en cuanto a inteligencia, pues son sus combinaciones las que contribuyen más directamente a la prosperidad pública.

En fin, puesto que son los más capaces de administrar adecuadamente los intereses pecuniarios de la nación, tanto la moral humana, como la moral divina, reclama que los más importantes de ellos se encarguen de la administración de las finanzas.

Los industriales están, pues, dotados de todos los medios necesarios; están dotados de medios irresistibles para realizar el tránsito hacia la organización social que debe hacerlos pasar de la clase de los gobernados a la de los gobernantes.

[*Catéchisme des industriels*, 1823.]

LA POLÍTICA COMO CIENCIA DE LA PRODUCCIÓN

Antes de Smith, la economía política, todavía en su infancia, se presentaba hábilmente como auxiliar de los gobiernos, confundiéndose con la política; fortalecida por el poder de la voluntad y por la autoridad del sentido común, ha llegado a tener un carácter más claro y decidido; ahora se declara independiente de la política.

Un poco más de valor, un poco más de filosofía, y pronto la economía política se situará en el lugar que la corresponde; en sus comienzos, se apoyaba sobre la política, pronto la política se apoyará sobre ella, o mejor, constituirá por sí sola toda la política. Ese momento no está lejos.

He aquí, según mi opinión, las verdades más generales y, por consiguiente, más importantes que ella esclarece:

1.ª La producción de las cosas útiles constituye el único fin razonable y positivo que las sociedades políticas pueden proponerse, de donde resulta que el principio *respeto a la producción y a los productores* es infinitamente más fecundo que el de *respeto a la propiedad y a los propietarios.*

2.ª Que el gobierno perjudica siempre a la industria cuando se mezcla en sus asuntos; que incluso la perjudica cuando hace esfuerzos para estimularla; de donde se deduce que los gobiernos deben limitar sus cuidados a preservar la industria de toda especie de perturbaciones y contrariedades.

3.ª Que siendo los productores de cosas útiles los únicos hombres útiles en la sociedad, son los únicos que deben concurrir a regular su marcha; que siendo

los únicos que pagan realmente los impuestos, son los únicos que gozan realmente del derecho a votar.

4.ª Que los hombres no pueden jamás dirigir sus fuerzas los unos contra los otros sin que resulte perjudicial para la producción; que las guerras, pues, cualquiera que sea su objeto, perjudican a toda la especie humana; que perjudican incluso a los pueblos que resultan vencedores.

5.ª Que el deseo por parte de un pueblo de ejercer un monopolio sobre los demás pueblos es un deseo mal concebido, porque no pudiendo ser un monopolio adquirido y mantenido sino por la fuerza, disminuye la cantidad de producción del mismo pueblo que de él goza.

6.ª Que la moral gana sustancialmente al mismo tiempo que la industria se perfecciona; que esta observación es cierta, tanto si se consideran las relaciones de pueblo a pueblo, como las relaciones entre individuos; que, en consecuencia, la instrucción a difundir, las ideas a fortalecer en todos los espíritus, a hacer predominar por doquier, son las que tiendan a aumentar en cada uno la actividad productora y el respeto por la producción de los demás.

7.ª Que teniendo la especie humana un fin e intereses comunes, cada hombre debe considerarse únicamente, en las relaciones sociales, como comprometido en una compañía de trabajadores.

Los intereses que se refieren al mantenimiento de la vida y al bienestar constituyen un orden de intereses compartido por todos los hombres. Este orden de intereses es el único con que cuentan para colaborar, para actuar en común, el único donde se puede ejercer la política y el cual debe ser adoptado como medida única en la crítica de todas las instituciones y de todos los asuntos sociales.

Para resumir, la política es, pues, en dos palabras, *la ciencia de la producción,* es decir, la ciencia que tiene por objeto el orden de cosas más favorable a todas las clases de producción.

Un principio es un punto de partida. Si este punto de partida que acabamos de examinar y donde hemos sido conducidos por los hechos, si este punto, repito, es real y bien definido, la política deja de estar, desde entonces, en el vacío de las conjeturas; deja de estar al capricho de las circunstancias; su suerte no está ya vinculada a la de un poder, una apariencia o un prejuicio; su terreno es conocido; su método es apreciado, y, en adelante, la ciencia de las sociedades tiene un principio; se convierte en una ciencia positiva.

[*L'Industrie*, 1816.]

SIMONDE DE SISMONDI
[1773-1842]

> La pérdida de una batalla, o los estragos de la peste representan un mal menor para la humanidad que la baja en los ingresos de las clases pobres.
>
> SIMONDE DE SISMONDI

Jean Charles Simonde, quien desenterrando un viejo nombre familiar firmaría más tarde sus obras como Simonde de Sismondi, nació en Ginebra, ciudad en la que se refugiaron sus antepasados como consecuencia de las guerras de religión en Francia. De nuevo la fronda revolucionaria del 89 obliga a la familia a buscar asilo en Inglaterra, donde el joven Simonde echó las primeras bases de una educación cosmopolita que se enriquecería sucesivamente con los legados de la cultura italiana, primero, y la francesa, después. Historiador concienzudo de las ciudades italianas, sobre las que escribió una obra monumental, fue también gran economista.

Si bien el pensamiento de Sismondi no encaja en ninguno de los esquemas socialistas[1]*, tiene un lugar bien ganado en cualquier antología que trate de dar explicación de los orígenes del socialismo, por una doble razón: en primer lugar, por la crítica que hace del liberalismo clásico, bajo cuyas banderas inició su carrera de economista; en segundo lugar, porque trasmitió al marxismo algunas de las categorías económicas con las que éste montaría todo su aparato crítico del capitalismo, si bien este papel no ha sido justipreciado por los propios marxistas, quienes le achacaron haber realizado «una crítica sentimental del capitalismo desde el punto de vista del pequeño-burgués» (Lenin).*

Formado en las buenas fuentes de la escuela liberal, publicó en 1803 un libro titulado De la richesse commerciale *que no era sino una vulgarización de las teorías de Smith, pero las grandes crisis que se sucedieron a partir de 1815 determinaron un giro completo de su pensamiento. En efecto, en 1819, llegó, en un nuevo libro (*Nouveaux principes d'Économie politique*), a la conclusión de que la libre iniciativa capitalista conduce al desempleo y a la miseria, mostrando así, por primera vez, en el plano teórico, las contradicciones inherentes al nuevo sistema. En cuanto éste, el capitalismo, supone la división de la sociedad en dos clases, la concentración progresiva del capital y, finalmente, la falta de mercados, las riquezas «se vuelven contra la finalidad que les es esencial y, en vez de prosperidad, engen-*

[1] Su desconfianza por cualquier reforma social queda bien expresada en la siguiente frase: «¿Qué hombre sería capaz de concebir una organización que no existe todavía, para ver el porvenir cuando tanto nos cuesta ver el presente?»

gran miseria» (Durkheim). Una vez denunciada la falsedad del axioma según el cual se establece un equilibrio natural entre producción y consumo a partir de la competencia, queda esbozada la teoría del subconsumo.

Planteado así el problema de la economía en términos de equilibrio entre producción y consumo, en un cuadro general cuyo centro es el hombre (no se olvide que Sismondi fue el fundador de la «economía social»), la única posibilidad de ajuste será la determinación de la «necesidad social». Habrá de encontrarse la solución en una cierta intervención del Estado que garantice al trabajador un mínimo de seguridad, a través de una legislación social adecuada.

Pero el interés de su pensamiento no radica en las soluciones apuntadas, puesto que le faltó agudeza para desenmascarar el fenómeno político, sino en la crítica teórica a que somete al capitalismo. La actitud humanista en que la orienta se pone de relieve cuando afirma que «basar toda la economía sobre el principio de una competencia sin límites supone consagrar los esfuerzos de cada uno contra la sociedad y sacrificar el interés de la humanidad a la acción simultánea de todas las concupiscencias industriales».

DIVORCIO DE LA PROPIEDAD Y EL TRABAJO

Suplico que se me preste atención; mis objeciones no van dirigidas contra las máquinas, ni contra los descubrimientos, ni contra la civilización; mis objeciones van dirigidas contra la organización moderna de la sociedad, contra una organización que, despojando al trabajador de toda propiedad que no sea la de sus brazos, no le presta ninguna garantía contra una competencia, contra una puja imposible practicada en su perjuicio y de la que, irremediablemente, es víctima. Suponed que todos los hombres repartan por igual, entre ellos, el producto del trabajo al que hayan concurrido y, entonces, todo descubrimiento en las artes representará, en cualquier caso, un beneficio para todos, porque podrán, tras cada progreso industrial, elegir siempre entre disponer de un descanso más largo, al tener menos trabajo, o de disfrutar, con el mismo trabajo, de más goces. Hoy día los descubrimientos no representan un mal, el mal consiste en el reparto injusto que el hombre hace de sus frutos.

Nos encontramos, y esto no ha sido suficientemente subrayado, en una condición completamente nueva

de la sociedad, de la que aún no tenemos experiencia. Tendemos a separar por completo toda clase de propiedad de toda clase de trabajo, a romper toda relación de clientela entre el jornalero y el patrono, a despojar al primero de toda participación en los beneficios del segundo. Esta organización social es tan reciente que incluso no está establecida del todo, y sólo en los países más industriales, más ricos y más avanzados existe un sistema, ensayado apenas por nosotros, en que el trabajo agrícola y manufacturero es realizado por obreros a los que se puede despedir al terminar la semana; hacia ese fin marchamos y allí reside el peligro que yo señalo, no en los descubrimientos científicos.

Se han hecho nuestros ojos de tal modo a esta nueva organización de la sociedad, a esta competencia universal que degenera en hostilidad entre la clase rica y la clase trabajadora, que somos incapaces de concebir otros modos de existencia, ni siquiera aquellos cuyos restos nos rodean aún por doquier. Se cree responderme *ad absurdem* oponiéndome los vicios de los sistemas precedentes. Se han sucedido, en efecto, dos o tres sistemas por lo que se refiere a la organización de las clases inferiores de la sociedad, pero, por el hecho de que nadie siente su desaparición, debido a que tras haber operado al principio algún bien trajeron más tarde calamidades espantosas sobre la especie humana, ¿puede deducirse que hayamos entrado hoy en el verdadero? ¿No llegaremos a descubrir el vicio fundamental del sistema salarial del mismo modo que descubrimos el de la esclavitud, el del vasallaje o el de los gremios? Cuando estaban en vigor estos tres sistemas, tampoco se concebía lo que podían traer; corregir el orden existente también hubiera parecido imposible o absurdo. Llegará el día, sin duda, en que nuestros nietos no nos juzgarán menos bárbaros, por haber dejado

a las clases trabajadoras sin garantías, de lo que nosotros hoy juzgamos a las naciones que redujeron esas mismas clases a la esclavitud.

Cada uno de dichos sistemas pareció en su momento representar una invención feliz, un progreso hacia la civilización. Incluso la esclavitud, por odioso que sea su recuerdo, al suceder a un estado salvaje de guerra universal en que el hombre, constantemente en armas, no tenía tiempo para dedicarse al trabajo ni garantías para los frutos que éste le procuraba, dicha esclavitud, que sucedía al asesinato en masa de los prisioneros, representó un progreso en la sociedad: permitió la acumulación de riquezas, se convirtió, en Grecia y en Roma, en la base de una civilización casi igual a la nuestra. En tanto que los amos fueron pobres y trabajaban y comían con sus esclavos, la condición de éstos fue soportable y la población aumentó. Los mismos progresos del sistema, la riqueza de los amos, su lujo, su ignorancia de todos los trabajos, su desprecio por esta parte de la población que les hacía vivir con su sudor, su dureza, su avaricia que constantemente suprimía parte de la subsistencia de este rebaño humano, terminaron por sembrar la mortalidad en la clase trabajadora. La hicieron desaparecer en la época de mayor esplendor del Imperio romano, cuando los economistas, si es que los había, aplaudían quizá los progresos de la opulencia.

El cáncer que corroyó a la antigüedad fue la esclavitud. El estado de opresión y de miseria al que habían sido reducidos los esclavos aniquiló a la población del Imperio romano y la entregó a los bárbaros; éstos, al cabo de algunos siglos, inventaron un sistema más generoso: sustituyeron el látigo, que durante mucho tiempo había asegurado la disciplina de los esclavos, por relaciones de protección y de clientela entre el señor y su vasallo.

El feudalismo tuvo su época brillante y próspera, aquella en que el vasallo armado combatía al lado de su señor. Cuando éste ya rico, sólo pensó en adquirir más y más riquezas y en ostentar más lujo, de nuevo se hizo más duro su yugo sobre el pobre hasta que el sistema feudal llegó a ser insoportable.

Los pueblos conquistaron entonces el sistema de libertad en el que nos encontramos; pero, en el momento en que sacudieron el yugo que durante mucho tiempo habían soportado, los ganapanes no se encontraron despojados de toda propiedad. En el campo, como aparceros, como censitarios, como colonos, se encontraron asociados a la propiedad del suelo. En las ciudades, como miembros de las corporaciones, de los gremios que habían constituido para su defensa mutua, se encontraron asociados a la propiedad de su industria. Es hoy, en la hora presente, cuando el progreso de la riqueza y de la competencia rompe todas las asociaciones. La revolución sólo se ha cumplido en parte. Pero el colono, que ha llegado a ser rico, cesa de trabajar con sus manos; se separa del jornalero y contrata a quien se ofrece por un salario menor. El jefe de taller, que ha llegado a ser rico, en lugar de trabajar sobre el mismo banco junto a un oficial y un aprendiz, renuncia al trabajo manual reúne a millares de obreros en su manufactura y les paga el salario más bajo posible. Ciertamente que nuestra experiencia es muy reciente en este orden social que enfrenta a todos los que poseen con todos los que trabajan, ya que este orden social sólo acaba de comenzar.

El tipo de plétora de los productos de la actividad humana que he tratado de explicar difícilmente podía producirse en los períodos anteriores de la sociedad. En el estado de barbarie, cuando cada hombre trabajaba sólo para sí, cada hombre conocía sus necesidades y

no había que temer que se impusiese una fatiga inútil para crear bienestar que no deseaba. En el sistema de la esclavitud, que lo sucedió, y que hizo posible el desarrollo de una civilización bastante grande, el amo sólo pedía a su esclavo los productos industriales cuya utilización había decidido de antemano. Su demanda precedía y alimentaba el trabajo, su consumo le seguía inmediatamente; la plétora de la producción se hizo posible cuando el dueño de esclavos se convirtió en manufacturero y comerciante como hoy lo es el colono de Jamaica. En el sistema feudal el señor pedía a sus vasallos mayor número de servicios y de combates que de trabajos lucrativos: en vez de estimularse a la industria, se la desalentaba y de ningún modo se estaba amenazado por un exceso de producción. En el sistema de asociación todos los progresos del arte beneficiaban al mismo que lo ejercía y todos dedicaban sus esfuerzos al mercado que debían aprovisionar; el cultivador prefería mejor descansar que producir un trigo que no podría vender y, a menudo, se ha reprochado a las corporaciones urbanas el no haber tenido nunca otra política que restringir la producción con objeto de mantener el dominio del mercado y tender siempre a realizar menos trabajo del que se les pedía, para venderlo mejor. El estado en que hoy nos encontramos es completamente nuevo; la población trabajadora es libre; pero no se le presta ninguna garantía para su subsistencia; debe vivir de su trabajo, pero sin conocer, sin saber quién consumirá los productos de dicho trabajo; no tiene ningún medio de medir sus esfuerzos con la recompensa que puede esperar de ellos. Cuando la suerte de tantos millones de hombres reposa sobre una teoría no justificada aún por ninguna experiencia, es justo que se la considere con alguna desconfianza.

[*Nouveaux Principes d'Économie Politique*, 1827.]

EL PROLETARIO

El cambio fundamental que ha sobrevenido en la sociedad, en el seno de la lucha universal creada por la concurrencia y como resultado inmediato de esta lucha, es la introducción, entre las condiciones humanas, del *proletario,* cuyo nombre, tomado de los romanos, es antiguo, pero cuya existencia es completamente nueva. Los proletarios eran, en la República romana, los hombres sin bienes que no pagaban el censo y que no estaban vinculados a la patria más que por la progenitura (*proles*) que le daban; al igual que nosotros, los romanos habían observado que son quienes no poseen nada los que tienen familias más numerosas ya que no les produce ninguna inquietud criarlas. Además, el proletario romano no trabajaba, puesto que, en una sociedad que admite la esclavitud, el trabajo es deshonroso para los hombres libres; vivían casi por completo a costa de la sociedad, de la distribución de víveres que hacía la República. Casi podría decirse que la sociedad moderna vive a costa del proletario, de la parte que le quita de la recompensa de su trabajo. En efecto, según el orden que tiende a implantar la crematística[1], debe cargarse al proletario con todo el trabajo de la sociedad, permaneciendo ajeno a toda propiedad, viviendo sólo de su salario.

[*Études sur l'Économie Politique*, 1836.]

---

[1] Emplea Sismondi este término para oponer el arte del enriquecimiento individual, al que, según él, ha quedado reducida la escuela económica ortodoxa, a lo que sería una auténtica economía política, es decir, el arte de administrar la ciudad en el interés general.

CONCENTRACIÓN CAPITALISTA

Las clases intermedias han desaparecido; los pequeños propietarios, los pequeños granjeros en el campo, los pequeños jefes de taller, los pequeños manufactureros, los pequeños comerciantes en la ciudad, no han podido aguantar la competencia de quienes dirigen grandes empresas. Ya sólo queda lugar en la sociedad para el gran capitalista y para el asalariado y puede verse cómo ha crecido de un modo aterrador la clase, casi desconocida antaño, de los hombres que no tienen absolutamente ninguna propiedad.

[*Revue mensuelle d'Économie Politique,* 1834.]

LA NUEVA ARISTOCRACIA

Considerada en sí misma, la distinción de la riqueza es un poder extraconstitucional, un poder que cada día se hace mayor en la sociedad. La organización económica que hoy prevalece ha quitado al pobre casi todo medio de trabajo como no sea poniéndose bajo la dependencia absoluta del rico; le ha desprendido de la tierra y ha roto todos los derechos perpetuos que antes tenía sobre ella; ha permitido al propietario del suelo despedir al cultivador con su familia cuando menos al fin de su arrendamiento, a los siete años, pero a veces también todos los años, todas las semanas, todos los días incluso, como lo indica su nombre de jornalero. El labrador a quien el propietario rehusa trabajo ofrece vanamente el servicio de sus brazos y de su actividad, pero ningún trabajo le es posible, es necesario que muera de miseria. Los industriales, que

en las ciudades se amontonan en los grandes talleres, se encuentran, si ello es posible, en una mayor dependencia todavía con respecto a los dueños de las manufacturas. También aquí son contratados por años, por semanas, a destajo; pero, si los directores de las manufacturas rehúsan recibirlos, todo trabajo les es imposible. Por otra parte, éstos no suelen estar en peligro, como los agricultores, de ser despedidos solamente por falta de respeto o mala conducta, sino que corren el riesgo cada día de ser víctimas, no ya sólo de los reveses, sino también de los éxitos que se consiguen en el arte en que trabajan. Si la manufactura está en decadencia, si la moda no solicita ya sus productos, son despedidos porque su dueño no vende; si, por el contrario, la aplicación de las ciencias a su arte ha enseñado a hacer toda su labor con muchas menos manos, será despedido porque su dueño se reserva para sí todo el beneficio de sus ventas. Nunca se ha entregado al hombre poder más absoluto sobre el hombre y nunca ha sido éste ejercido más duramente. Se trata de la vida o de la muerte de millares de individuos, hombres, mujeres y niños, de lo que el jefe industrial decide en su despacho al sumar las cifras; lo decide sin cólera y sin compasión, sin conocer sus víctimas, sin verlas, sin saber siquiera sus nombres. Su empleado principal le lleva un proyecto. «Vuestra manufactura de espejos, le dice, o vuestra manufactura de porcelana, ya no cuenta con mercados; pero podéis dedicar nuestros hornos a la preparación de productos químicos, invirtiendo un millón, produciréis el consumo de toda Francia. ¿A cuánto asciende, pues, el consumo de Francia? A tanto. ¿Quién la aprovisiona hoy? Tales y tales fábricas, en tales y tales provincias. ¿No van a continuar su industria? No, podéis vender un diez por ciento más barato que su precio de costo. ¿Qué harán pues? Sucumbirán. ¿Qué harán sus

obreros? Sucumbirán también. Comenzad la labor, tendréis el millón.»

Durante la época de la mayor opresión feudal, durante la época de la esclavitud, se han visto, sin duda, por parte de los dueños, actos de ferocidad que hacen estremecer a la humanidad; pero, al menos, había algún motivo que excitaba su cólera o su crueldad; quedaba alguna esperanza al oprimido de no provocar a su opresor. Por otra parte, los ejecutores de algún acto feroz podían dulcificar su realización. La mujer, los niños, el cura podían implorar gracia y a veces la obtenían. Pero en la opresión fría y abstracta de la riqueza no hay injuria, ni cólera, ni ejecutor conocido, ni relación de hombre a hombre. Frecuentemente, el tirano y la víctima no se conocen ni de nombre, no viven en el mismo país, ni hablan la misma lengua. El oprimido no sabe dónde elevar sus súplicas ni su resentimiento; puede ocurrir que el opresor, lejos de ser un hombre duro, sea generoso y sensible; no se da cuenta del mal que ocasiona, cede a una especie de fatalidad que parece gobernar hoy al mundo industrial. Es esta fatalidad la que, pese a las promesas de libertad y de igualdad, agobia con una opresión espantosa a millones de criaturas humanas.

Tales son las aristocracias, tales son las distinciones que se encuentran en toda sociedad. La envidia de quienes se ven excluidos de las clases distinguidas, contra las privilegiadas, puede ser violenta, apasionada; la multitud puede dedicarse a los excesos más horrorosos contra el pequeño número; el nombre de aristocracia y de aristócrata puede ser un grito de muerte contra quienes lo llevan; el mismo orgullo que nos rebela contra la posición de otro nos empujará a hacer valer el nuestro desde que creamos tenerlo.

[*De l'élément aristocratique dans les pays libres*, 1835.]

LA PLUSVALÍA CAPITALISTA

Podrían reunirse, por oposición a la tierra, las otras dos fuentes de riqueza, la vida, que faculta para el trabajo, y el capital que lo sustenta mediante el salario. Cuando se reúnen estos dos poderes, poseen en común una fuerza expansiva, de tal modo que el trabajo que realice el obrero en este año valdrá más que el trabajo del año anterior, con el cual dicho obrero se mantiene. Debido a esta plusvalía, la industria procura un acrecentamiento constante de riquezas que puede o bien formar la renta de las clases industriosas, o bien añadirse a sus capitales. En general, el capital que paga el trabajo y lo hace posible no queda en manos del que trabaja. De ahí que se produzca un reparto, más o menos desigual, entre el capitalista y el obrero, y por el cual el capitalista se esfuerza en no dejar al obrero sino justo lo que necesita para mantener su vida, reservándose para él todo lo que el obrero produce por encima del valor de esta vida. Por su parte, el obrero lucha para conservar algo más del trabajo que ha realizado.

[*Nouveaux Principes d'Économie Politique*, 1827.]

LA LEYENDA DE GANDALÍN

Recuerdo haber oído contar, durante mi infancia, que, en tiempos de los encantamientos, Gandalín, que albergaba un hechicero en su casa, notó que éste tomaba cada mañana una escoba y que, diciendo sobre ella unas cuantas palabras mágicas, la convertía en aguador que iba inmediatamente a buscar para él tantos cubos de agua al río como deseaba. Gandalín se escondió al día

siguiente tras una puerta y, poniendo toda su atención, sorprendió las palabras mágicas que el hechicero pronunciaba para realizar su encantamiento; no pudo entender, sin embargo, las que dijo a continuación para deshacerlo. En cuanto el brujo hubo salido, Gandalín repitió el experimento; tomó la escoba, pronunció las palabras misteriosas y la escoba aguadora salió para el río y volvió con su carga, volvió y regresó todavía una segunda y una tercera vez; el depósito de Gandalín estaba ya lleno y el agua inundaba la habitación. Ya basta, gritaba éste, detente; pero el hombre máquina no veía ni entendía nada; insensible e infatigable, parecía dispuesto a llevar a la casa toda el agua del río. Desesperado, Gandalín se armó con un hacha y dirigió repetidamente sus golpes contra el aguador insensible para ver entonces caer sobre el suelo los trozos de la escoba que, de inmediato, se levantaban, tomando de nuevo su forma mágica, y corrían al río. En vez de un aguador había ahora cuatro, ocho, dieciséis. Cuanto más combatía, más hombres máquina derribaba y más hombres máquina se levantaban para hacer, contra su deseo, el trabajo. Todo el río hubiera entrado en su casa a no ser por la feliz circunstancia del regreso del hechicero quien destruyó el encanto.

Sin embargo, el agua es una buena cosa; el agua, en no menor medida que el trabajo y que el capital, es necesaria para la vida. Pero puede haber demasiado, incluso de las mejores cosas. Palabras mágicas que pronunciaron los filósofos hará pronto sesenta años han puesto al trabajo en el sitio de honor que le corresponde. Causas políticas, más poderosas todavía que esas palabras mágicas, han transformado a todos los hombres en industriales; amontonan sus productos en los mercados mucho más rápidamente que las escobas transportaban el agua sin tener en cuenta la capacidad del depósito. Cada nueva aplicación de la ciencia o

las artes útiles, al igual que el hacha de Gandalín, abate al hombre máquina que había sido movido por las palabras mágicas, pero para hacer que se levanten en seguida dos, cuatro, ocho, dieciséis en su lugar; la producción continúa acrecentándose con una rapidez sin límites. ¿No ha llegado el momento, o no está a punto de llegar, en que sea necesario decir basta?

[*Études sur les Sciences Sociales*, 1836.]

LA FUNCIÓN DEL GOBIERNO

El gobierno se ha instituido para proteger, con la fuerza de todos, a cada uno contra las injurias de cualquiera. Opone el interés público a todos los intereses privados. Lo hace así no porque los hombres de que se compone deriven de la superioridad de su rango ninguna superioridad de conocimientos, sino porque está llamado a servirse de las luces y de las fuerzas de todos. La justicia es la expresión de dichas luces. Tal justicia, a la vez de ser el mayor bien de todos, se opone al interés privado de cada uno, ya que dicho interés inclinaría siempre a usurpar el bien del prójimo. La economía política es otra expresión de las luces sociales. Enseña también a distinguir el interés de todos, o sea, que nadie sea abrumado de trabajo, que a nadie se prive de recompensa, del interés de cada uno, es decir, que se atraigan hacia sí todas las recompensas del trabajo, realizando la mayor cantidad posible de éste al precio más bajo posible.

Por tanto, la tarea del gobierno, como protector de la población, consiste en poner por doquier límites al sacrificio que puede ser impuesto a cada uno, impedir que el hombre, tras haber trabajado diez horas al día,

consienta en trabajar, doce, catorce, dieciséis, dieciocho horas, impedir, igualmente, que después de haber exigido una alimentación sustancial, animal y no sólo vegetal, se contente de pan duro, patatas o caldo, impedir, en fin, que, enriqueciéndose siempre a costa del prójimo, sea reducido a la miseria más espantosa.

Esta tarea es difícil, complicada; debe combinarse con el mayor respeto por la libertad individual. Pero no hay que olvidar que, entre los derechos que integran esta libertad, hay varios que son concesiones sociales, que no podrían existir para el hombre salvaje y que deben ser modificados por esta misma autoridad pública que los garantiza.

[*Nouveaux Principes d'Économie Politique*, 1827.]

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y EL MAQUINISMO

La acumulación de capitales y la reducción de los tipos de interés impulsan casi siempre al fabricante a emplear dos expedientes que de ordinario marchan juntos, la división del trabajo y las máquinas. Los dos tienden a reducir su precio de costo y, por consiguiente, a extender su beneficio. La división del trabajo supone la organización de la empresa a una escala mucho mayor, puesto que cada obrero, circunscrito a una sola operación, tiene medios para ocuparse constantemente de ella; exige, pues, más capital circulante; por otra parte, la multiplicación de máquinas que reemplazan o abrevian el trabajo humano exige siempre una primera inversión costosa, un primer adelanto que no vuelve

sino por partes: supone, pues, también la posesión de capitales ociosos que se pueden sustraer a las necesidades del momento para fundar una especie de renta perpetua.

La división creciente del trabajo es, como ya hemos visto, la mayor causa de crecimiento de sus fuerzas productivas. Cada cual realiza mejor aquello a lo que se dedica de modo exclusivo; y cuando, finalmente, todo su trabajo se reduce a la operación más simple, la llega a realizar con tanta comodidad y rapidez que no se puede seguir con los ojos y apenas se comprende cómo la mano del hombre puede alcanzar tal grado de destreza y prontitud.

Con frecuencia, esta división llega a hacer pensar que no siendo el obrero más que una máquina, puede ser reemplazado de hecho por ella. Diversos grandes descubrimientos en las mecánicas aplicables a las artes han sido resultado de una observación de tal tipo por parte del obrero o de quien lo emplea. Pero, debido a esta división, el hombre ha perdido en inteligencia, en vigor corporal, en salud, en alegría todo lo que ha ganado en poder para producir riqueza.

Gracias a la variedad de sus operaciones, el alma se desarrolla; una nación quiere tener hombres para hacer de ellos ciudadanos, no para hacer máquinas en casi todo semejantes a las que son movidas por el fuego o por el agua. La división del trabajo ha valorizado operaciones tan simples que incluso niños de muy corta edad son capaces de realizar; y estos niños antes de haber desarrollado ninguna de sus facultades, sin haber conocido ninguno de los goces de la vida, se ven condenados a mover una rueda, a girar una llave, a devanar una bobina. El fruto de esta gran división de trabajo supone más galones, más alfileres, más hilos, más telas de seda y algodón; pero se paga un precio odioso por

su adquisición, puesto que exige el sacrificio moral de tantos millares de hombres.

Como resultado de la división del trabajo, se fija para siempre una parte del capital nacional no en la máquina sino en el obrero mismo que la maneja. Le ha sido necesario un cierto aprendizaje, un cierto empleo de su tiempo, un cierto consumo de subsistencias sin renta, a fin de adquirir esta habilidad por la que es superior al común de los hombres. El alfiletero, el tejedor, el obrero de una hilatura, saben hacer algo más que el peón corriente; han adquirido el conocimiento de su oficio gracias a un mayor trabajo y a más largas privaciones. No se tienen en cuenta el empleo y la pérdida de capital con que se han formado, porque dicho capital se toma de sus pequeños adelantos o de las pequeñas economías de sus padres. Sin embargo, en la realidad, han costado una cierta suma y su trabajo debería producir, además del salario, la renta del capital perdido. Ocurre frecuentemente, en todas las crisis comerciales, todo lo contrario; se ve trabajar al manufacturero a precio más bajo que lo haría el obrero de la tierra y el peón albañil; la habilidad que ha adquirido sólo ha servido para completar el valor insuficiente de su trabajo, de modo a igualarlo con el precio de su subsistencia.

Aunque la uniformidad de las operaciones a las que queda reducida toda la actividad de los obreros en una fábrica parece que debe perjudicar su inteligencia, es justo, sin embargo, decir que, de acuerdo con las observaciones de los mejores expertos, en Inglaterra, los obreros de las manufacturas son superiores, en instrucción y moralidad, a los obreros del campo. Deben estas ventajas a los numerosos medios de instrucción que, en dicho país, han sido puestos al alcance de todas las clases populares. Viviendo continuamente juntos,

menos agotados por la fatiga, y pudiendo dedicarse además a la conversación, las ideas han circulado más rápidamente entre ellos; desde el momento en que éstas comenzaron a ser estimuladas, la emulación les ha colocado pronto muy por encima de los obreros de cualquier otro país. Esta preeminencia moral es mucho más importante que el crecimiento de la riqueza, del mismo modo que la degradación moral que ha seguido al establecimiento de diversas manufacturas es un mal que ningún aumento de producción podría compensar. Es una desgracia haber traído a la vida un hombre al que se priva de todos los goces que dan valor a la vida, dar a la patria un ciudadano que no cuenta con ninguna afección por ella ni se siente vinculado al orden establecido; se trata a la vez de una especulación económica desgraciada si este hombre no hace nacer de su trabajo una renta igual a sus gastos, si no reemplaza el capital que había sido acumulado para formarlo.

El empleo de máquinas para reemplazar el trabajo humano es una operación análoga a la demanda y a la formación de nuevos obreros. Del mismo modo, la baja de los tipos de interés obliga a buscar qué empleo productivo podrá darse a un capital superabundante. Igualmente, el aumento de producción que resulta de ello significa una ventaja si ha sido estimulado por la demanda y si corresponde a un aumento de consumo; pero produce un sufrimiento general si sólo está determinado por el crecimiento de capitales y no por el de las rentas, si aporta solamente al inventor un medio de hacer la guerra a sus colegas y de apoderarse de sus prácticas.

Con la renovación de las artes y de la civilización se presentaron tantos trabajos que realizar y tan pocos brazos, la opresión había reducido de tal modo a la clase pobre, quedaban tantas tierras incultas en los

campos, tantos oficios abandonados en las ciudades y los soberanos reclamaban tantos soldados para la guerra, que parecía que nunca podría ahorrarse bastante mano de obra y que cualquier artesano despedido de un oficio siempre encontraría otros diez donde elegir. Las circunstancias no son las mismas hoy y no hay bastante trabajo para los trabajadores. Hemos indicado ya algunas causas y todavía veremos otras; en espera de ello, nadie discutirá sin duda que es ventajoso sustituir un hombre por una máquina en tanto que este hombre encuentre trabajo en otra parte y que es mejor que la población se componga de ciudadanos que de máquinas de vapor, incluso aunque las telas fabricadas por los primeros sean más caras que las que fabriquen las segundas.

[*Nouveaux Principes d'Économie Politique*, 1827.]

CHARLES FOURIER
[1772-1837]

El estado civilizado produce realmente progresos, pero es en el arte de legalizar y acumular toda clase de desórdenes.

FOURIER

La vida de François Marie Charles Fourier es el contrapunto de sus sueños de visionario. Fustigador implacable del comercio, en sus mallas cayó, sin embargo, desde la adolescencia, en empleos sucesivos que no le aseguraron sino un mediano pasar; impenitente gourmand, *jamás pudo saciar su glotonería; nuevo Newton que había encontrado la clave del universo, esperó en vano, durante años, a que apareciera el filántropo dispuesto a avanzar los fondos necesarios para poner en marcha su sistema*[1]*...*

Había nacido en Besançon (Francia), hijo de comerciantes acomodados, quienes ansiaban verle continuar

[1] Entre los posibles candidatos, Fourier cita a Bolívar.

la tradición familiar. Rebelado contra estos proyectos paternos, no logró nunca alcanzar la independencia soñada y su vida se gastó en una existencia mediocre de comisionista (tras un fracasado intento de especulación en el sitio de Lyon por el ejército de la Convención), de empleado militar durante los Cien Días de Napoleón, y de corresponsal de francés en una firma americana de París, el resto de su vida.

Toda ella la dedicó, sin embargo, a la búsqueda de la verdad, sin compromisos, ni complacencias para nada, ni para nadie, como no sea para sus pequeñas manías y gustos a los que dio amplia satisfacción en el nuevo mundo que con tanto detalle nos describe. De forma metódica, llenó, durante años, cuartilla tras cuartilla, en una obra donde se mezclan las extravagancias y los atisbos geniales, a través de un estilo a veces difícil, a causa de los neologismos que emplea, pero atrayente.

Con una actitud negativa frente a la Revolución francesa, en la que ve el antecedente inmediato de la concurrencia que arruina la sociedad, cree hallar la solución en la asociación libre y voluntaria, cuya ley fundamental trata de descubrir en la contemplación del universo.

La raíz del movimiento humano la pone en las pasiones e instintos, como instrumentos que Dios nos ha dado para el perfeccionamiento. Llega a enumerar doce instintos, resultado de tres clases diferentes de pasiones (sensuales, intelectualmente apasionadas y pasiones refinadas), y que debidamente combinados suman ochocientos caracteres humanos. Con este simple esquema psicológico, que no va más allá de una visión mecanicista ingenua, se propone Fourier reinterpretar toda la humanidad, aun a costa de forzar los datos de la experiencia. Si espíritus más avisados,

como Saint-Simon, habían mostrado que el signo del siglo era el industrialismo, Fourier nos pinta —con todo el detallismo maniático de que era capaz— un futuro doméstico agrícola.

Desde este punto de partida psicológico metafísico, Fourier va a demostrar la necesidad de la asociación, viéndola como la consecuencia última y necesaria de los designios de Dios. Del mismo modo que el universo físico está regido por la atracción, el mundo social sólo corresponderá a las previsiones divinas cuando del libre ejercicio de las pasiones —encadenadas hasta ahora por los moralistas— surja la sociedad armónica, coronación de un desarrollo histórico evolucionista.

Con este bagaje, Fourier dirige su crítica acerba, no desprovista de gracia y originalidad, al medio social en que vive, y en esta crítica radica lo mejor de la aportación fourierista al socialismo. Los peores males de la sociedad «civilizada» (no se olvide el empleo peyorativo que constantemente hace Fourier del término) son resultado funesto de la atomización de la producción y de la forma en que está organizada la propiedad. El trabajo como castigo, el envilecimiento de la mujer por la sociedad —uno de los temas favoritos de Fourier—, la miseria, son consecuencia de la brutal concurrencia a la que se libran los mercaderes y los ociosos. Sólo hay un medio para huir de estas contradicciones a las que ha conducido el liberalismo, ese «nuevo feudalismo»: la asociación. Una asociación voluntaria que no concibe de ningún modo igualitaria, sino en la que se retribuye de manera diferente al capital, al talento y al trabajo. La minuciosidad con que describe la nueva célula social, la falange, se compagina mal con la ausencia total de un proceso que nos muestre el modo real del paso al nuevo orden. Y, sin embargo, las transformaciones felices anunciadas

en el espíritu humano sólo se producirían como consecuencia del cambio; tal es su fe en la fuerza ejemplar del primer falansterio, constituido por «acuerdo afectuoso».

El nuevo orden (el «garantismo», etapa intermedia entre la «civilización» y el «sociantismo», o edad de la armonía, con que se coronará el proceso histórico) es entrevisto como un vasto sistema de lazos asociativos en el que no queda lugar para la política, entendida ésta como actividad estatal. Sólo la asociación voluntaria puede resolver el problema de combinar espontáneamente el individualismo y el colectivismo, pero «en vano se buscará la realización concreta de sus principios en las exposiciones que hace Fourier de su sistema o en los bocetos de sus proyectos» (Buber). Sin embargo, fueron numerosas las experiencias de tipo falansteriano ensayadas en Europa y América durante el siglo pasado.

LAS PASIONES, FUNDAMENTO DE LA SOCIEDAD

Las pasiones a las que se ha creído enemigas de la concordia y contra las cuales se han escrito tantos miles de volúmenes que caerán en el olvido, las pasiones, digo, sólo tienden a la concordia, a la unidad social de la que las hemos supuesto tan alejadas; pero sólo pueden armonizarse en la medida en que se desarrollan regularmente en las *series pasionales*[1] o *series de grupos*; fuera de este mecanismo, las pasiones son tigres desencadenados, enigmas incomprensibles, causa por la cual los filósofos dijeron que era necesario reprimirlas, opinión doblemente absurda, ya que no se pueden reprimir las pasiones y si cada uno las reprimiera el estado civilizado decaería rápidamente y retornaría

[1] El propio Fourier define la Serie pasional como «una línea de varios grupos escalonados en orden ascendente y descendente y reunidos pasionalmente gracias a la identidad de gusto por alguna función».

«La cabalística o espíritu de partido es un ardor especulativo, es la pasión de la intriga.»

«La alternante o mariposeo es la necesidad periódica de situaciones contrastadas.»

al estado nómada, en el cual las pasiones continuarían siendo todavía tan perjudiciales como entre nosotros, puesto que yo no creo más en las virtudes de los pastores que en las de sus apólogos.

El orden societario que sucederá a la incoherencia civilizada no admite ni moderación, ni igualdad, ni ninguno de los puntos de vista filosóficos; exige pasiones ardientes y refinadas; una vez que la asociación se forma, las pasiones se armonizan con tanta mayor facilidad si son numerosas y activas.

Por tanto, no se trata de que el nuevo orden cambie nada respecto a las pasiones, lo cual no sería posible ni a Dios ni a los hombres, pero sí se puede cambiar la marcha de las pasiones, sin que cambie en nada su naturaleza; por ejemplo, si un hombre sin fortuna odia el matrimonio y se le ofrece una mujer dotada con cien mil libras de renta, consentirá con alegría en formar ese vínculo que hasta entonces le repugnaba. ¿Habrán cambiado por eso las pasiones? No, pero su pasión dominante, el amor por la riqueza, habrá cambiado de dirección, tomará, para alcanzar su fin, una vía que ayer le disgustaba, pero no habrá cambiado por ello de naturaleza, sino solamente de ruta.

Por consiguiente, cuando digo que en el orden societario los hombres adquirirán gustos diferentes de los que tienen ahora, y preferirán la vida en el campo a la de las ciudades, no debe pensarse que por cambiar de gustos cambie de pasiones; siempre se guiará por el amor de las riquezas y de los placeres.

Insisto en esta observación para apartar una objeción ridícula que oponen ciertos espíritus obtusos al oír hablar de los cambios de gustos y de costumbres que resultarán del orden societario; inmediatamente afirman: ¡*cambiaréis, pues, las pasiones*! Ciertamente que no, se les abrirán simplemente nuevas oportunidades que

les asegurará un desarrollo triple o cuádruple del que encuentran en el orden incoherente en el que vivimos. Debido a ello, podrá verse cómo los civilizados toman aversión por hábitos que hoy les agradan, tal como la vida familiar; al observar que en el hogar los niños no hacen otra cosa que berrear, romper, disputar y huir de todo trabajo y que estos mismos niños cuando vivan en las *sectas progresivas* o *series de grupos*, sólo se ocuparán de ser activos, rivalizando entre sí sin necesidad de estímulo, instruyéndose por su propio gusto sobre los cultivos, las fábricas, las ciencias y las artes, produciendo y beneficiándose al tiempo que se divierten, cuando los padres vean este nuevo orden, encontrarán adorables a los niños dentro de las sectas y detestables en los hogares incoherentes.

Es más que verdad que tras veinticinco siglos de existencia de las ciencias políticas y morales, éstas no han hecho nada por la felicidad de la humanidad; sólo han servido para aumentar la malicia humana en proporción al perfeccionamiento de las ciencias reformadoras; sólo han logrado perpetuar la indigencia y la perfidia y reproducir las mismas calamidades en formas distintas. Después de tantos ensayos infructuosos para mejorar el orden social, no queda a los filósofos sino la confusión y la desesperanza. El problema de la felicidad pública es un obstáculo insuperable para ellos, y el solo aspecto de los indigentes que llenan las ciudades, ¿no nos está mostrando que el torrente de luces filosóficas no es sino torrente de tinieblas?

Es en vano, pues, filósofos, que os hayáis encerrado en las bibliotecas para buscar la felicidad sin extirpar antes la fuente de todas las desgracias sociales, es decir, la *incoherencia industrial*, que es el antípoda de los designios de Dios. Os quejáis de que la naturaleza os rehusó el conocimiento de sus leyes, pero, si no habéis

podido hasta hoy descubrirlas, ¿por qué no reconocéis la insuficiencia de vuestros métodos y buscáis otros nuevos?

[*Théorie des quatre mouvements*, 1808.]

LAS PASIONES MECANIZANTES

Dado que la teoría societaria se basa sobre el arte de hacer mover combinadamente las tres pasiones mecanizantes que deben dirigir el conjunto, nunca se estudiarán en exceso estas tres pasiones (la cabalística, el mariposeo, la compuesta) sobre las cuales voy a agregar algunos detalles.

Nuestros moralistas reprueban el espíritu cabalístico, pese a que los economistas y los literatos no persiguen más que su excitación en todas las ramas de la industria o del goce, por la controversia en los negocios, por las variaciones en las modas, en los gustos, en la pintura, en la poesía, etc., sobre refinamientos del arte inadvertidos por el vulgo. Gracias a una escala de estos delicados matices, la serie pasional puede electrizar a una veintena de grupos y comunicar este refinamiento cabalístico, desde los consumidores a los productores; disemina, a la salida de las sesiones cortas, a cada uno de sus sectarios, yendo desde el consumo a tomar parte en el trabajo de producción, donde aportan el espíritu de partido del que están animados.

Nuestras compañías administrativas, en sus misas de fundación, piden al Espíritu Santo que les preserve del espíritu de cábala, que les haga a todos hermanos, unidos todos en una misma opinión; significa esto invitar al Espíritu Santo a rebelarse contra Dios, porque, si el

Espíritu Santo destruyera el espíritu cabalístico, destruiría la pasión que Dios ha creado para operar sobre las discordias que debe haber en toda serie bien graduada.

El Paráclito, lejos de acceder a su petición incongruente, deja las pasiones en el estado en que Dios las ha creado; se ve también cómo, al salir de la misa, los diputados, lejos de querer unirse en una sola opinión, corren a organizar comités cabalísticos, en maquinaciones de intrigas y de espíritu de partido. Tal es el efecto constante de esta plegaria irrazonable por la que invitan al Espíritu Santo a imitar a los filósofos y quieren cambiar las leyes de Dios sobre el empleo de las pasiones.

La compuesta es tan inherente a la naturaleza humana que se desprecia a todo ser que tiene el gusto por los placeres simples, que se limita a un único goce. Si un hombre dispone de una mesa exquisita para él solo, sin que invite jamás a nadie, será acribillado con pullas bien merecidas; pero si se rodea en su casa de una compañía bien surtida, dispuesto a gozar a la vez del placer de los sentidos por la buena comida y del placer del alma por la amistad, será encomiado porque sus banquetes constituirán un placer compuesto y no simple.

No es digna de alabanza una ambición si no pone en juego los dos resortes orgánicos de esta pasión, interés y gloria; es vil si no tiene otro móvil que el solo interés y es ilusión pérfida si no tiende más que a la gloria; es necesario, pues, elevarla de lo simple a lo compuesto, buscando a la vez la gloria y el interés. Un amor sólo es bello en la medida en que es amor compuesto, reuniendo el doble encanto de los sentidos y del alma y se convierte en trivialidad o en engaño si se limita a uno de estos dos placeres.

El mariposeo es vía de equilibrio entre las facultades corporales y espirituales, prenda de la salud corporal

y del progreso del espíritu. Sólo ella puede crear esta benevolencia general con que sueñan los filósofos porque, si se disemina a los colaboradores de un trabajo en cien grupos distintos, resulta de este engranaje que cada grupo cuenta con amigos en todos los demás; lo contrario que ocurre con el mecanismo civilizado, donde cada profesión es indiferente a los intereses de las demás, muchas veces incluso hostil.

El mariposeo es, pues, la sabiduría presentada bajo los colores de la locura y lo mismo ocurre con las otras dos.

[*Le nouveau monde industriel et sociétaire,* 1829.]

ANARQUÍA Y ASOCIACIÓN

Se ha constituido vagamente en un principio la idea de que los hombres están hechos para la SOCIEDAD. No se ha observado que la sociedad puede ser de dos órdenes, el *fraccionado* y el *combinado*, el estado insocietario y el estado societario. La diferencia entre uno y otro es la que existe entre la verdad y la falsedad, entre la riqueza y la pobreza, entre la luz y la oscuridad, entre el cometa y el planeta, entre la mariposa y la oruga.

El siglo, en sus presentimientos sobre la Asociación, jamás ha soñado en especular sobre la alternativa siguiente:

No puede haber más que dos métodos en el ejercicio de la industria, a saber: El estado fraccionado en cultivos por familias aisladas, tal como lo vemos, o bien el estado societario, cultivo en numerosas reuniones que reconocen una regla fija para repartir equitativamente a cada uno según las tres facultades industriales: CAPITAL, TRABAJO y TALENTO.

¿Cuál de estos dos procedimientos es el orden que Dios ha querido? ¿El fraccionado o el societario? No hay que vacilar en esta cuestión: Dios, a título de ecónomo supremo, ha debido preferir la Asociación, garantía de toda economía, y procurarnos, para organizarla, algún procedimiento cuya invención es obra del genio.

Si la Asociación es VÍA DE DIOS, es lógico que el método opuesto, el trabajo fraccionado o incoherente, se nos convierta en VÍA DIABÓLICA y haga reinar todas las plagas opuestas al espíritu de Dios: indigencia, trapacería, opresión, matanza, etc.

Y puesto que el estado del trabajo fraccionado, o estado bárbaro y civilizado, perpetúa estas calamidades a pesar de todas las ciencias, es evidente, por el mismo hecho, que este estado es la VÍA DIABÓLICA, *portae inferi*, antípoda de las VÍAS DE DIOS, en las que el hombre sólo puede entrar por la intervención y la organización de la industria societaria.

[*Traité de l'Association domestique-agricole*, 1822.]

EL NUEVO FEUDALISMO

El comercio tiene un fin que los economistas no han percibido: tiende a metamorfosear la civilización en feudalismo industrial; tiende a establecer un sistema de compañías federativas como la de las Indias inglesas, que reducían a servidumbre al pueblo y a los pequeños propietarios.

La libre competencia tiene, pues, por último resultado el *feudalismo mercantil*. Establecen este orden las privilegiadas compañías concesionarias que, una vez formadas, reinan junto con el soberano, le dan parte de

los beneficios del monopolio y reducen a esclavitud industrial a todo lo que queda fuera de su seno. Gracias a sus enormes capitales dictan sin dificultad la ley en el mercado general. Desde ese momento, todo propietario mediano se ve forzado a soportar las tarifas al precio que ellas establecen. Se convierte en aparcero por cuenta de las compañías, aunque tenga la apariencia de propietario. Tal es el desenlace a que tiende el espíritu mercantil de la noble ciencia de la economía política. Este orden establecido es la última fase de la civilización, que, de acuerdo con la ley de que los extremos se tocan, debe acabar como ha comenzado, por un feudalismo reproducido en sentido inverso al primero.

Sin esperar que la opresión llegue a este punto, la experiencia nos demostró ya que la libre competencia tiene por fin, por resultado visible, la invasión de las fortunas medianas por los matadores coaligados.

*La esclavitud de los gobiernos va creciendo y el ascen*diente de los agiotistas ha llegado a tal punto que el garito de la Bolsa se ha convertido en la brújula de la opinión. La baja de los fondos públicos es para el vulgo un termómetro sin réplica, y cualquier don nadie deduce de ello que el gobierno funciona mal, gobierna mal. La baja es a menudo efecto de las intrigas de especuladores más poderosos que el ministro. ¿Qué gobierno puede luchar contra coaliciones de agiotistas en las que se ve a un solo individuo ganar ocho millones en un año?

Una vez que una cábala hace funcionar este resorte de conmociones políticas, esta baja artificial de los fondos públicos, la opinión pública desaprueba a coro las actividades del Gabinete. No se necesita más para provocar sin razón la desgracia de un gobierno y, a menudo, comprometer la suerte de un Imperio por las intrigas de los especuladores. ¿Ha habido nunca servidumbre mejor comprobada?

Este estado de cosas debería llamar la atención de la ciencia: es claro que la civilización ha cambiado de aspecto, que el monopolio y el agiotaje, que son dos características comerciales, han trastrocado el antiguo orden. ¿Es éste un motivo de triunfo o de alarma? *¿Qué desenlace presagia esta irrupción monstruosa del poder mercantil, cuyas usurpaciones van en aumento?*

[*Théorie de l'Unité Universelle*, 1821.]

EL COMERCIO

Desenmascarar las intrigas de la Bolsa y de los corredores significa emprender uno de los trabajos de Hércules. Dudo que el semidiós, al limpiar los establos de Augías, haya sentido tanta repugnancia como la que sufro cuando escarbo en esta cloaca de inmundicias morales que se llama el garito de la Bolsa y del corretaje, tema que la ciencia ni siquiera ha rozado. Se necesita para tratarlo un entendido que haya encanecido en el oficio y que haya sido educado como yo, desde los seis años, en los apriscos mercantiles. Me di cuenta, desde esta edad, del contraste que reina entre el comercio y la verdad. Se me enseñó en el catecismo y en la escuela que jamás se debía mentir; después se me puso en un almacén para formarme desde muy temprano en el noble oficio de la mentira o arte de la venta. Escandalizado con las trampas e imposturas que veía, llamaba aparte a los clientes para revelárselas. Uno de ellos, al quejarse, cometió la torpeza de denunciarme, lo que me valió una buena azotaina. Al ver mis padres que yo tenía el gusto de la verdad, exclamaron en tono de reproche: «Este niño no servirá nunca para el comercio.» En efecto,

le cobré una aversión secreta y a los siete años hice el juramento que prestó Aníbal a los nueve contra Roma: juré un odio eterno al comercio. En él me metieron a la fuerza. Arrastrado a Lyon mediante el cebo de un viaje, y ante la puerta del banquero Schérer, a donde se me conducía, deserté en plena calle, declarando que no sería jamás comerciante. Era rehusar al matrimonio en las gradas del altar. Se me volvió a llevar a Ruán, donde deserté por segunda vez. Al fin me doblegué al yugo y así he gastado mi juventud en los talleres de la mentira, oyendo por doquier resonar en mis oídos este siniestro augurio: «Buen muchacho, pero no sirve para el comercio.» En efecto, me han engañado y desvalijado en todo lo que he emprendido. Pero si no valgo para practicar el comercio, de algo serviré para desenmascararlo.

[*Phalange*, 1848.]

VENTAJAS DE LA ECONOMÍA SOCIETARIA

Mientras tanto, nuestros sabios nos ensalzan la unidad de acción, pero ¿qué unidad pueden ver en esta división industrial, en esta cacofonía antisocial? ¿Cómo tardan tres mil años en proponer el principio de que es la Asociación y no la división la que está destinada al hombre y que, en tanto en que se ignore la teoría de la Asociación doméstica, el hombre no habrá alcanzado su destino?

Para apreciar la justeza de este principio, reflexionemos sobre la inmensidad de conocimientos que exige la agricultura y sobre la imposibilidad en que se encuentra el aldeano de reunir ni siquiera la veinteava parte de los medios que constituirían el agrónomo perfecto;

sería preciso que a grandes capitales pudiese agregar los conocimientos diseminados entre cien personas sabias y doscientos expertos consumados; sería preciso, además, hacer inmortal al agrónomo dotado de los numerosos conocimientos que se ven hoy esparcidos entre trescientos teóricos y prácticos. Si el propietario de que se trata muriera sin tener un sucesor de igual talento, muy pronto se verían periclitar las disposiciones que hubiera adoptado y al cantón declinar rápidamente.

Es sólo en la Asociación donde podrán reunirse a perpetuidad los talentos y los capitales cuyo concurso acabo de suponer. La Asociación es, pues, el único modo sobre el que haya podido especular el Creador, porque suponiéndola aplicada a cantones de unos mil quinientos habitantes, acumulará en cada cantón esta masa de conocimientos que se perpetuarán por transmisión corporativa. Un hijo no hereda los conocimientos de su padre, pero en un cantón de mil quinientos habitantes habrá sujetos aptos para heredar el talento de los societarios hábiles en la escuela en que sean formados. Estas transmisiones de talentos son una propiedad inherente a la «serie pasional», disposición que describiré más adelante y que reina en todas las partes industriales del estado societario.

Cuanto más se diserta sobre esta hipótesis de Asociación más se convence uno que la agricultura civilizada, la división doméstica es un contrasentido del destino humano y que es necesario buscar el secreto de asociar a masas numerosas, ya que las pequeñas no pueden elevarse hasta las disposiciones de la economía superior, ni reunir la variedad de conocimientos que exigiría la perfección de cada rama de cultura y de manutención.

He hecho entrever la irreflexión de treinta siglos de sabiduría que descuidaron la búsqueda del procedimiento societario al fin descubierto.

Vamos a razonar sobre su propiedad principal que es la atracción industrial, propiedad por medio de la cual se superarán todos los obstáculos que durante todo tiempo han estancado a la ciencia.

Hasta ahora la política y la moral han fracasado en su proyecto de hacer amar el trabajo y se ve cómo los asalariados y toda la clase popular se inclina cada vez más a la ociosidad; se les ve en las ciudades añadir al paro del domingo el del lunes, trabajar sin ardor, lentamente y con disgusto.

Para encadenarles a la industria no se conocen, tras la esclavitud, otros medios que el temor del hambre y de los castigos; siendo, sin embargo, la industria el destino que nos ha sido asignado por el Creador, no puede pensarse que quiera llevarnos a ella por la violencia y que no haya sabido poner en juego algún resorte más noble, algún incentivo capaz de transformar los trabajos en placer.

Sólo Dios está investido del poder de distribuir la atracción; quiere conducir el Universo y las criaturas sólo por la atracción, y, para fijarnos al trabajo agrícola y manufacturero, ha compuesto un sistema de atracción industrial que, una vez organizado, difundirá una gran cantidad de atractivos sobre las funciones del cultivo y la manufactura; pondrá en ellos incentivos más seductores quizá que los que hoy representan los festines, bailes y espectáculos; es decir, que en el estado societario, el pueblo encontrará tanto atractivo y estímulo en sus trabajos que no consentirá en abandonarlos por una oferta de festines, bailes y espectáculos a celebrar durante las horas de las sesiones industriales.

El trabajo societario, para ejercer una atracción tan fuerte sobre el pueblo, deberá diferir por completo de las formas repugnantes que nos lo hacen tan odioso

en el estado actual. Será preciso que la industria societaria, para que llegue a ser atrayente, cumpla las siete condiciones siguientes:

1. Que cada trabajador sea asociado, retribuido por dividendo y no por salario;
2. Que cada uno, hombre, mujer o niño, sea retribuido en proporción a las tres facultades, capital, trabajo y talento;
3. Que las sesiones industriales sean variadas unas ocho veces por día, ya que el entusiasmo no se puede sostener más de hora y media o dos horas en el ejercicio de una función agrícola o manufacturera;
4. Que sean ejercidas en compañía de amigos reunidos espontáneamente, excitados y estimulados por rivalidades muy activas;
5. Que los talleres y cultivos presenten al obrero los cebos de la elegancia y de la limpieza;
6. Que la división del trabajo sea llevada a un grado supremo con fin de afectar cada sexo y cada edad a las funciones que les son convenientes;
7. Que en esta distribución cada uno, hombre, mujer o niño, goce plenamente del derecho al trabajo o derecho a intervenir en todo tiempo en tal o cual rama de trabajo que convenga en elegir, siempre que justifique su probidad y aptitud.

En fin, que el pueblo goce en este nuevo orden de una garantía de bienestar, de un mínimum suficiente para el tiempo presente y futuro y que esta garantía le libere de toda inquietud para él y los suyos.

Todas estas propiedades se encuentran reunidas en el mecanismo societario cuyo descubrimiento hago público y, puesto que me comprometo a demostrarlas con todo detalle en el curso de esta obra, podemos

previamente disertar sobre la hipótesis de atracción industrial que implica ese mecanismo.

He dicho antes que bastará sola a levantar todos los obstáculos que han paralizado, desde hace tres mil años, el genio social; juzguemos de ello por tres problemas de los cuales podrán deducirse todos los demás:

1.° *Extirpar la indigencia*. Ésta nace en gran parte de la holgazanería; pero cuando el pueblo encuentre en la industria un aliciente tan poderoso como el que hoy representan los festines, la holgazanería no podrá existir más; se transformará en arrebato industrial cuyo producto bastará ampliamente para extirpar la indigencia.

2.° *Prevenir las discordias*. Éstas nacen en su mayor parte de la pobreza; ahora bien, si se ha probado que la Asociación y la atracción industrial tienen la facultad de elevar el producto al triple, cegarán la principal fuente de las discordias, que es la pobreza.

3.° *Garantizar el mínimum al pueblo*. El medio para ello radica en el enorme producto que proporcionará el régimen societario; haciendo atractivo el trabajo hace desaparecer el peligro que representaría en el estado actual el garantizar al pobre una subsistencia que sería para él un estímulo para la holgazanería, pero no habrá ningún riesgo en adelantarle un mínimum de 400 francos cuando se sepa que debe producir 600 por lo menos, dedicándose a un trabajo que se ha convertido en placer y se ha metamorfoseado en fiestas permanentes.

De este modo, todas las bondades se derivan a la vez de esta propiedad de atracción industrial de la que goza el orden societario; dicha propiedad reposa sobre una disposición completamente desconocida entre nosotros y que describiré con el nombre de serie pasional

unitaria o serie contrastada, rivalizada, eslabonada. Esta operación, de donde nacen tantas maravillas sociales, hubiera podido ser descubierta desde los primeros tiempos de la civilización si se hubiese meditado algo sobre el mecanismo societario, pero una negligencia inexcusable ha retrasado su invención.

[*L'harmonie universelle et le Phalanstère.*]

EL FALANSTERIO

Para una Asociación de 1.500 a 1.600 personas se necesita un terreno de una buena legua cuadrada, o sea, una superficie de seis millones de toesas cuadradas (no olvidemos que bastará la tercera parte para la forma simple).

El lugar debe de estar provisto de una buena corriente de agua, cortado por colinas y ser adecuado para cultivos variados, situado junto a un bosque y no muy alejado de una gran ciudad, pero lo suficiente para evitar a los inoportunos.

Siendo única la Falange de ensayo y no teniendo el apoyo de Falanges vecinas, padecerá, a causa de este aislamiento, tantas lagunas de atracción, tantas calmas pasionales que temer en sus maniobras, que será necesario proporcionarle la ayuda de un buen local apropiado para la variedad de funciones. Un lugar llano como Anvers, Leipzig u Orleans sería absolutamente inapropiado, aunque tuviera la misma extensión de terreno, y haría abortar muchas Series. Habrá, pues, que buscar un lugar accidentado, semejante a los alrededores de Lausana o, cuando menos, un hermoso valle provisto de una corriente de agua y de un bosque, como es el

caso del valle de Bruxelles en Halle. Un bello sitio cerca de París sería el situado entre Poissy y Conflans y Poissy y Meulan.

Se reunirán de 1.500 a 1.600 personas, gradualmente desiguales en fortuna, edad y carácter, así como en conocimientos teóricos y prácticos; se procurará que haya en esta reunión la mayor variedad posible, porque, cuanto más variedad exista en las pasiones y facultades de cualquier género de los societarios, más fácil será armonizarlos en poco tiempo.

Se deberán reunir, pues, en este cantón de ensayo todos los trabajos de cultivo posible, incluso los de invernaderos calientes o frescos; se agregará, para el ejercicio del invierno y de los días de lluvia, tres manufacturas accesorias al menos, aparte diversas ramas prácticas en las ciencias y en las artes, independientemente de las escuelas. Se adaptará una Serie al ejercicio *de cada rama, la cual establecerá entre sus sectarios* divisiones por géneros, por grupos de especies, de acuerdo con las instrucciones dadas anteriormente.

Se deberá, ante todo, decidir sobre la valoración de los capitales aportados mediante acciones: tierras, materiales, rebaños, instrumentos, etc. Puede que sea este asunto uno de los primeros de que habría de ocuparse; pero me parece mejor tratarlo posteriormente. Limitémonos a afirmar que todas estas inversiones estarán representadas por acciones transmisibles y cupones de acciones. Dejemos de lado estas cuentas minuciosas y disertemos preferentemente sobre los problemas de política atraccional.

Una gran dificultad a superar en la Falange de ensayo será la de llegar a formar los nudos de mecánica superior o vínculos colectivos de las Series, antes que termine la buena estación. Será necesario, antes de la llegada del invierno, conseguir que se vincule pasionalmente

la masa de los societarios, integrarlos en la Falange y, sobre todo, conseguir el acuerdo perfecto en los repartos del beneficio en razón de las tres facultades: *capital, trabajo, talento.*

Esta dificultad será mayor en los países del norte que en los del mediodía, dada la diferencia de ocho a cinco meses en el tiempo de ejercicio agrícola.

Al no poderse iniciar una Falange de ensayo más que por los trabajos agrícolas, no llegará a su pleno ejercicio sino en el mes de mayo (en un clima de 50°), como es el caso de los alrededores de Londres o París, y, puesto que será necesario, antes de que cesen los trabajos campestres, con anterioridad al mes de octubre, llegar a formar los vínculos generales, los nudos armónicos de las Series, sólo se contará con cinco meses de pleno ejercicio en las regiones de 50° y, de este modo, la operación deberá ser realizada en este corto plazo.

Se haría mucho más cómodamente la prueba en lugares templados, como Florencia, Nápoles, Valencia o Lisboa, donde contaría con ocho o nueve meses de pleno cultivo y donde se encontraría mayor facilidad para consolidar los nudos debido a que sólo quedarían por superar tres o cuatro meses de calma pasional para llegar a la segunda primavera, época en la cual la Falange, una vez reiniciados los trabajos agrícolas, reforzaría sus vínculos y cábalas con mucha mayor actividad, dándole un grado de intensidad muy superior al del primer año; se encontraría, desde entonces, en estado de plena consolidación y sería lo suficientemente fuerte para evitar las calmas pasionales en el curso del segundo invierno.

Deberá contar, como cultivadores y manufactureros, al menos con las siete octavas partes de sus miembros; el excedente estará compuesto por capitalistas, sabios

y artistas, que no serán necesarios en el pequeño ensayo de armonía castrado o simple, limitado a ochenta o cien familias de aldeanos y artesanos. Se entiende que estamos especulando sobre la forma compuesta de 1.500 a 1.600 societarios, forma que es necesario explicar primero, antes de descender a la simple, puesto que ésta es una reducción de la compuesta.

Continuemos, pues, especulando sobre una gran Falange de 1.300 habitantes que explotan un terreno de seis millones de toesas cuadradas (para la forma simple serían dos millones).

La Falange estaría mal graduada y defectuosamente equilibrada si, entre sus capitales, hubiese varios ricos de 100.000 francos y varios de 50.000 francos, sin fortunas intermedias. En ese caso, sería necesario procurarse fortunas medias de 60, 70 y 90.000 francos. La Falange mejor graduada en todos los sentidos promueve la armonía social y los beneficios hasta el mayor grado posible.

Al preparar las plantaciones y talleres de la Falange de ensayo será necesario prever y estimar aproximadamente la dosis de atracción que debe excitar cada rama industrial. Por ejemplo, se sabe que el ciruelo atrae mucho menos que el peral; se plantarán, pues, menos ciruelos que perales. La dosis de atracción será la única regla a seguir en cada rama de industria agrícola y manufacturera.

Los economistas razonarán de diferente modo y afirmarán en principio que se deberá cultivar lo que produzca un mayor rendimiento, forzando la dosis de los objetos más productivos. La Falange de ensayo debe guardarse de este error, debe tener una política diferente de aquellas que la sigan; cuando todas las regiones pasen a la Armonía y se organicen combinadamente, no hay duda de que será necesario proporcionar los

cultivos a las conveniencias del interés y de la atracción; pero en el cantón de ensayo hay un fin totalmente distinto que alcanzar, se trata de conseguir que trabaje una masa de 15.000 a 16.000 personas por pura atracción y, si se sospechara que los cardos y zarzas atraerían más activamente al trabajo que los huertos y las flores, sería preciso abandonar huertos y flores y preferir cardos y zarzas en el cantón de prueba.

Efectivamente, una vez que haya alcanzado sus dos objetivos, atracción industrial y equilibrio pasional, contará con bastantes medios para extender su industria a los objetos útiles que fueron descuidados en el ensayo. Sus fuerzas serán, por otra parte, dobladas una vez que los cantones de la vecindad sean organizados en Armonía y una vez que toda la región pueda intervenir en el mecanismo de atracción. Será preciso, pues, en el campo de ensayo, dedicarse únicamente a crear la atracción industrial sin tener en cuenta los productos sobre los cuales se ejerza.

[*Traité de l'Association domestique-agricole*, 1822.]

ENVILECIMIENTO DE LA MUJER

¡Ni sombra de justicia puede apreciarse en la suerte que le ha tocado! ¿No es la mujer una mercancía expuesta en venta a quien quiera negociar su adquisición y propiedad exclusiva? ¿No es ridículo el consentimiento que presta al lazo conyugal, al que va forzada por la tiranía de los prejuicios que la obsesionan desde su infancia? Se la quiere persuadir de que lleva cadenas entrelazadas de flores, pero no puede hacerse ilusión sobre su envilecimiento, incluso en los países inflados

de filosofía, tales como Inglaterra, donde los hombres gozan el derecho de conducir su mujer al mercado, con una soga al cuello, para entregarla como una bestia de carga a quien quiere pagar su precio. No ha avanzado nuestro espíritu público, respecto a este punto, desde aquellos siglos groseros en los que un cierto concilio de Macon, verdadero concilio de vándalos, se puso a deliberar sobre la existencia de un alma en la mujer, para decidirse por la afirmativa con sólo tres votos de mayoría. La legislación inglesa tan elogiada por los moralistas, concede a los hombres algunos derechos no menos deshonrosos para el sexo; tal es el derecho que tiene el esposo a hacerse pagar una indemnización pecuniaria por el amante declarado de su esposa. Las formas son menos groseras en Francia, pero la esclavitud es en el fondo la misma. También se puede ver aquí cómo las jóvenes languidecen, enferman y mueren a falta de una unión que la naturaleza recomienda imperiosamente, pero que prohíbe el prejuicio, bajo pena de infamia, hasta que ellas no sean legalmente vendidas.

Entre los indicios que prometen resultados felices a la extensión de los privilegios femeninos, es necesario citar la experiencia de todos los países. Se ha comprobado que las naciones mejores fueron siempre aquellas que concedieron mayor libertad a las mujeres. Esto se ha comprobado tanto en los países bárbaros y salvajes como en los civilizados. Los japoneses que son los más industriosos, los más valientes y los más honorables de los bárbaros, son también los menos celosos y los más indulgentes para las mujeres, hasta tal punto que los magos de la China viajan al Japón para librarse a un amor prohibido por sus costumbres hipócritas.

Se puede también observar que las naciones más viciosas han sido siempre las que esclavizaban más a las mujeres, por ejemplo los chinos que son la hez de

la tierra, el más flojo, el más hambriento de todos los pueblos industriosos, también son los más celosos y los más intolerantes en el amor. Entre los modernos civilizados los menos indulgentes para el sexo han sido los españoles por lo cual están más atrasados que los demás europeos y no han tenido ningún brillo en las ciencias y las artes. En términos generales, los progresos sociales y cambios de época se operan en proporción al progreso de las mujeres hacia la libertad, y la decadencia en el orden social se opera en proporción a la decadencia de la libertad de las mujeres.

[*Théorie des quatre mouvements*, 1808.]

ROBERT OWEN
[1771-1858]

> Lo cierto es que la conciencia es un producto manufacturado, ni más ni menos que el algodón o que cualquier otro artículo.
>
> OWEN

El proceso de industrialización en Inglaterra había alcanzado en el primer tercio del siglo XIX *un grado de desarrollo muy superior al del continente europeo. Las implicaciones sociales del maquinismo y del sistema fabril, acentuadas por una política legislativa (revocación de la ley que prohibía las coaliciones obreras, en 1824, y ley de pobres de 1834) que iba dirigida a propiciar la expansión del capitalismo industrial, dieron por resultado la propagación de condiciones de vida sumamente duras para la clase cada vez más numerosa de los obreros industriales.*

Quizá nadie mejor que Robert Owen conocía los problemas económicos y sociales planteados por la Revolución industrial. Nacido en 1771 en Newton, País de Gales, toda su vida fue una continuada expe-

riencia en el seno mismo del proceso capitalista. Iniciado desde muy joven en la industria, con un modesto negocio, a los veinte años dirigía ya, como gerente en Manchester, una fábrica de más de quinientos obreros. A partir de entonces se suceden sus éxitos como capitán de empresa que le conducen hasta la dirección de la gran factoría escocesa de Nueva Lanark, cuya propiedad adquirió, junto con otros socios, en 1797.

En Nueva Lanark, donde permaneció más de veinticinco años, inició su gran tarea reformadora, introduciendo innovaciones en la organización del trabajo que eran revolucionarias para su tiempo: supresión del trabajo infantil, limitación de la jornada de trabajo a diez horas, salarios más altos, cooperativas, instalación de escuelas... Todas estas reformas eran resultado de unas pocas pero firmes ideas que Owen comenzó a expresar por escrito desde esta época. Se trataba, en suma, de denunciar los excesos en que incurría el sistema de una competencia sin límites, cuyo origen y consecuencias habían de analizarse si se quería fundar sobre bases sólidas una reestructuración de la sociedad. El espíritu competitivo de los «industriales», traducido en la realidad en una explotación inhumana del obrero, además de ser expresión de su egoísmo, probaba la cortedad de miras de aquéllos; Owen, durante esta primera época, se empeñó en demostrar cómo el buen trato a los obreros se reflejaba en un aumento de productividad y, a la larga, una vez enjugadas las cargas sociales, en mayores beneficios. Pero era el otro aspecto del problema el que inquietaba, sobre todo, a Owen. Abandonadas «las clases pobres y trabajadoras», es decir, las tres cuartas partes de la población, a las condiciones de existencia derivadas del sistema industrial, el resultado era la propagación de un tipo de hombre envilecido, de cuyos vicios y

turas sólo cabía señalar un responsable: el medio social. Toda la filosofía oweniana se funda sobre la creencia de que el ser humano posee una naturaleza plástica, siendo el medio ambiente el que modela totalmente su carácter. De ello se deduce que para llevar a cabo una reforma de la sociedad es preciso un vasto proceso de educación racional dirigido a transformar radicalmente el medio social.

Esta fe en la transformación del mundo por medios pacíficos movió a Owen a una incansable labor de proselitismo realizada a través de centenares de escritos y discursos en los que solicitaba la colaboración de patronos y gobernantes para extirpar las causas de los males que azotan la sociedad, sustituyendo la ética de la competencia por una moral de cooperación En esto radica el socialismo de Owen: en la creencia de que la liberación del hombre —espiritual y económica— sólo puede producirse dentro del grupo.

Las modalidades para realizar esta gran empresa las expuso repetidamente a partir de 1816 en un «Plan» cuya elaboración final encontramos en su Informe al Condado de Nueva Lanark. *En él propone al gobierno la creación, a imagen de los experimentos llevados a cabo por el propio Owen, de «aldeas de cooperación», nuevas células de la sociedad, «apoyadas sobre el principio de la asociación de trabajo, de consumo y de propiedad, así como de iguales privilegios» y desde donde llevar a cabo la educación racional y la actividad productora. Autosuficientes en lo fundamental, estas comunidades desarrollarían actividades agrícolas e industriales y, conforme fueran aumentando en número —lo que no tardaría en ocurrir dado el valor ejemplar de la experiencia—, irían entrando en relaciones cooperativas entre sí, hasta formar una gran federación. De este modo, aunque desde supuestos distintos, afirma*

Owen la viabilidad de una utopía social semejante a la fourierista a la que confía la inauguración de una nueva época para la humanidad

Desengañado por el escaso eco que despertaron sus denuncias y sus planes, Owen abandonó Inglaterra para fundar en Norteamérica (1824) la comunidad cooperativa de Nueva Harmonía. Tras nuevas decepciones, regresa en 1829 a Inglaterra. Aún le quedaban energías y entusiasmo para dedicar una buena parte de su vida al movimiento obrero tradeunionista, en cuyo esplendoroso futuro florecería la semilla cooperativista plantada por Owen.

PRIMER ENSAYO
SOBRE LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

De acuerdo con las últimas estadísticas practicadas con motivo de la Ley de Población, las clases pobres y trabajadoras de Gran Bretaña e Irlanda exceden de quince millones de personas, o, lo que es lo mismo, representan cerca de las tres cuartas partes de la población de las Islas Británicas.

El carácter de estas personas se forma generalmente, en la actualidad, sin una guía o dirección adecuada y, en muchos casos, en circunstancias que las impulsan directamente al vicio y la miseria extremos; se convierten así en los súbditos peores y más peligrosos del Imperio; mientras tanto, se educa a la mayor parte del resto de la comunidad en los principios más erróneos de la naturaleza humana, de forma tal como para no esperar otra cosa que la propagación a través de la sociedad de un tipo de conducta totalmente indigno del carácter de seres racionales.

El primer sector de población a que nos referimos está constituido por los pobres e ignorantes libertinos pertenecientes a la clase trabajadora, a quienes se entre-

na para cometer crímenes por cuya comisión son después castigados.

El segundo es la masa restante de población a la que se educa actualmente en la creencia, o al menos en la aceptación, de que ciertos principios son infaliblemente verdaderos, al tiempo que se la enseña a comportarse como si fueran groseramente falsos; se extiende, de este modo, por el mundo la locura y la inconsistencia y se hace de la sociedad, en todas sus ramas, un escenario de insinceridad y contradicción.

El mundo ha vivido en este estado de cosas hasta la hora presente; sus males han ido aumentando de modo continuo y están pidiendo a voces la aplicación de medidas correctivas eficaces que si dilatamos demasiado no evitarán un desorden general.

Quienes no han investigado a fondo el tema afirman que «frecuentemente se ha intentado aplicar remedios, pero todos han fracasado. El mal es ya de una magnitud incontrolable; la corriente es ya demasiado fuerte como para ser encauzada, sólo nos queda contemplar resignadamente cómo propaga la destrucción en su camino, borrando toda distinción entre lo justo y lo injusto.»

Tal es el lenguaje que ahora se emplea y tales los sentimientos generalizados acerca de asunto tan importante.

Pararemos, sin embargo, en las consecuencias más lamentables, si tal actitud perdura. Si en vez de proseguir tal camino, los legisladores, olvidando las pequeñas y humillantes exigencias de sectas y partidos, investigan seriamente el asunto y se esfuerzan en detener y superar estos poderosos males, realzarán su cometido.

El objetivo principal de estos Ensayos es promover y colaborar en investigaciones de tan vital importancia para el bienestar de este país y de la sociedad en general.

El punto de vista del que se trata ha surgido de una extensa experiencia a lo largo de más de veinte años, durante los cuales múltiples experimentos han venido a probar su verdad e importancia. Que no se acuse a su autor de precipitación o presunción; ha hecho examinar y analizar dicho principio y sus consecuencias por algunas de las personalidades más sabias, inteligentes y competentes de hoy día, quienes de haber descubierto el error en cualquiera de los principios, movidos por el deber y el interés, lo hubieran manifestado; en vez de eso, han reconocido honestamente su certeza incontrovertible y su importancia práctica.

Asegurado de la verdad de sus principios, el autor procede confiadamente y solicita la más amplia y libre discusión sobre el asunto; la solicita por razón de humanidad, en nombre de sus semejantes, de esos millones de personas que experimentan sufrimientos tales que de ser revelados harían exclamar a los gobernantes del mundo: «¿Pueden existir tales cosas sin que nosotros las conozcamos?» Pues bien, tales cosas existen e incluso las conmovedoras descripciones que se publicaron al discutir la esclavitud negra no exceden en escenas aflictivas a las que, diariamente, en diversas partes del mundo, tienen su origen en la injusticia con que la sociedad se trata a sí misma, en el descuido de la humanidad por las circunstancias en que se desarrolla su existencia, en la falta de un conocimiento adecuado sobre la naturaleza humana en aquellos que gobiernan y dirigen los asuntos humanos.

Si tales circunstancias no se dieran hasta un grado casi increíble, sería innecesario que ahora combatiéramos por un principio que es propio del hombre, cuya evidencia apenas requiere otra cosa que su simple formulación.

Dicho principio es el siguiente: *Cualquier carácter, desde el mejor al peor, desde el más ignorante al más ilustrado, puede comunicarse a cualquier comunidad, e incluso al mundo en su generalidad, si se aplican medios adecuados, medios que, en gran medida, están a la disposición y bajo el control de quienes tienen influencia en los asuntos humanos.*

El principio que se formula es general y, si es cierto, debe permitir que se comunique un nuevo carácter al procedimiento legislativo que será más favorable al bienestar de la sociedad.

La estricta veracidad de este principio es evidente por la experiencia del pasado y por la realidad presente.

¿Debe, entonces, experimentarse la miseria más grande y difundida, desde el príncipe al campesino, en todas las naciones del mundo, conocerse sus causas y sus medios de prevención y, sin embargo, no aplicarse esos medios? La empresa está llena de dificultades que sólo pueden ser superadas por quienes tienen influencia en la sociedad, aquellos que, al prever sus importantes beneficios prácticos, pueden ser inducidos a combatir dichas dificultades, aquellos que, al considerar y sentir claramente sus ventajas, no tolerarán que consideraciones privadas impidan su realización. Es cierto que su comodidad y bienestar pueden ser sacrificados durante algún tiempo a aquellos prejuicios, pero, si perseveran, los principios sobre los que se funda su conocimiento prevalecerán al fin universalmente.

No es menester ahora, al preparar el camino para la introducción de estos principios, entrar en detalles para probar que los niños pueden ser adiestrados a adquirir *cualquier idioma, sentimiento, creencia o cualquier hábito o manera corporales no contrarios a la naturaleza humana.*

La historia de todas las naciones de que poseemos testimonio confirma ampliamente que esto ha sido realizado; datos actuales, tanto de nuestro país como del resto del mundo, nos demuestran que dicho proceso sigue y se seguirá realizando en la misma forma.

Teniendo, pues, el conocimiento de un poder tan importante, capaz, cuando es comprendido, de ser manejado con la certeza de una ley natural y de remover gradualmente los males que actualmente aquejan a la humanidad, ¿debemos permitir que permanezca secreto y estéril y permitir que las plagas de la sociedad crezcan y se perpetúen?

No. Es hora ya que la opinión pública de este país y el estado general del mundo requieran imperativamente la vigencia de este omnipresente principio, no sólo en la teoría sino en la práctica.

Tampoco puede ningún poder humano impedir su rápido progreso. El silencio no retardará su carrera y la oposición prestará celeridad a sus movimientos. El simple inicio de su realización asegurará su cumplimiento y, en adelante, todas las irritantes pasiones que proceden de la ignorancia de las causas verdaderas del carácter corporal y mental decaerán gradualmente y serán reemplazadas por la confianza y buena voluntad más francas y conciliadoras.

Tampoco será posible en el futuro que unos pocos individuos sean involuntariamente responsables de que el resto de la humanidad se rodee de circunstancias que inevitablemente dan lugar a caracteres que, más tarde, consideran como un deber y un derecho castigar, incluso hasta con la muerte, y eso cuando ellos mismos han sido instrumento en la formación de esos caracteres. Tal modo de proceder no sólo crea males sinnúmero a la minoría de los que dirigen, sino que impide, tanto a ellos como a la gran masa de la sociedad, lograr el

goce de un alto grado de felicidad positiva. En vez de castigar crímenes, tras haber permitido que se formaran caracteres aptos para cometerlos, adoptarán las únicas medidas que pueden ser tomadas para prevenir la existencia de esos crímenes, medidas mediante las cuales pueden ser fácilmente prevenidos.

Felizmente para la pobre, vituperada y degradada naturaleza humana, el principio por el cual luchamos actualmente la despojará rápidamente de todo el misterio ridículo y absurdo con el que hasta ahora ha sido revestida debido a la ignorancia de los tiempos pasados. Todos los motivos, complicados y contradictorios, para la buena conducta, multiplicados casi hasta el infinito, serán reducidos a un único principio de acción, el cual por su suficiente y evidente operación, hará innecesario ese intrincado sistema que será suprimido, finalmente, en todos los lugares del mundo. El principio es: *La felicidad de uno mismo claramente entendida y practicada uniformemente sólo puede alcanzarse mediante una conducta que promueva la felicidad de la comunidad.*

Porque el Poder que gobierna y llena el mundo ha formado de tal modo al hombre, que éste debe pasar progresivamente de un estado de ignorancia a un estado de inteligencia, cuyos límites no corresponden decidir al hombre; y que en ese progreso debe descubrir que su felicidad individual sólo puede ser acrecida y extendida en proporción a los esfuerzos que activamente realice para acrecer y extender la felicidad de todos los que le rodean. El principio no admite ni exclusión ni limitación y se muestra tan evidente a la opinión que ésta tomará y protegerá dicho principio como el bien más preciado que jamás le fuera dado alcanzar. Llegará a ser tan manifiesto el error de todos los motivos opuestos y la ignorancia en que se funda, que incluso los más ignorantes los rechazarán de inmediato...

Es ahora evidente que tal sistema destruirá la felicidad de los excluidos al ver éstos cómo los demás gozan de lo que a ellos no les está permitido poseer y tiende, igualmente —al crear la oposición de los sentimientos justamente ofendidos de los excluidos, proporcionalmente al grado de la exclusión—, a disminuir la felicidad incluso de los privilegiados: éstos, por consiguiente, no tienen motivos racionales para su mantenimiento.

Si, no obstante, debido a los principios irracionales por los que se ha gobernado el mundo hasta ahora, individuos, sectas o partidos intentaran retardar, mediante sus planes de exclusión, la mejora de la sociedad e impedir la puesta en práctica de este espíritu verdaderamente justo que no conoce la exclusión, tales hechos les llevarían tan lejos que serían vanos sus esfuerzos.

Constituirá, por tanto, una muestra de verdadera sabiduría, por parte de las clases privilegiadas, cooperar sincera y cordialmente con quienes no desean tocar un ápice de las supuestas ventajas que poseen actualmente y con quienes desean, primordial y fundamentalmente, acrecer la felicidad particular de dichas clases en igual medida que la felicidad general de la sociedad. Con sólo que reflexionen un poco los privilegiados se asegurará esta línea de conducta; resultaría así, sin necesidad de revolución civil —sin guerra ni sangre—, más aún, sin atentar contra nada de lo que ahora existe, que el mundo estaría preparado para recibir principios calculados para construir un sistema de felicidad y para destruir aquellos irritantes sentimientos que durante tan largo tiempo han afligido a la sociedad, por la única razón de que ésta ha ignorado, hasta ahora, los medios verdaderos mediante los cuales puede formarse el carácter más útil y valioso.

Al remover esta ignorancia, la experiencia pronto nos enseñará a formar el carácter, individual y colectivo, así como a aportar la mayor suma de felicidad al individuo y a la humanidad.

Por el solo hecho de ser conocidos, estos principios se establecen por sí mismos; de ese modo, el programa de nuestra conducta futura se esclarece y concreta, al tiempo que impedirán que nos apartemos del camino verdadero. Ordenan que las fuerzas gobernantes de todos los países establezcan planes racionales para la educación y formación general de los caracteres de sus súbditos. *Dichos planes deben ser imaginados para entrenar a los niños, desde su más tierna infancia, en los buenos hábitos de todo tipo (los cuales impedirán, por supuesto, que incurran en la falsedad y el engaño). En adelante, deben ser educados racionalmente y su trabajo útilmente dirigido. Tales hábitos y educación les inculcarán un deseo activo y ardiente de promover la felicidad de todos los individuos, sin rastro de excepción que provenga de secta, partido, país o clima. Asegurarán, igualmente, con las menos excepciones posibles, la salud, fortaleza y vigor del cuerpo, todo ello sobre la base de que la felicidad humana sólo puede fundarse sobre la salud del cuerpo y la paz del espíritu.*

Que la salud del cuerpo y la paz del espíritu deben preservarse incólumes e intactas, a lo largo de la juventud y la edad madura, hasta la vejez, es algo que llega a ser tan necesario como que las propensiones irresistibles que forman parte de la naturaleza, las mismas que ahora producen los infinitos y crecientes males que aquejan a la humanidad, sean dirigidas a aumentar, y no a contrarrestar, su felicidad.

Sin embargo, el conocimiento así adquirido mostrará con toda evidencia que la mayor parte de la miseria que rodea al hombre puede ser fácilmente disipada y

removida y que puede, con precisión matemática, rodearse de aquellas circunstancias que gradualmente aumentan su riqueza.

De ahora en adelante, cuando el público libremente compruebe que estos principios *pueden* resistir y *resistirán* la prueba por la que inevitablemente deben pasar, cuando se prueben por sí mismos verdaderos de modo claro y convincente ante los espíritus ilustrados, e incluso ante los ignorantes, y cuando, por la fuerza irresistible de la verdad, sin mezcla de falsedad, se afinquen en el espíritu para no ser removidos, si no es por la destrucción total del intelecto humano, entonces, las prácticas consiguientes establecidas por ellos, serán fácilmente explicadas y adoptadas.

Mientras tanto, no preveamos el mal, ni siquiera en su menor grado, en estos principios; no sólo son inocuos, sino que, además, portan consecuencias deseadas, por encima de cualquier otra, por todos los individuos de la sociedad.

Algunos de los espíritus mejor intencionados de la sociedad pueden todavía oponer: «Todo esto es *muy encantador y hermoso en la teoría,* pero sólo los *visionarios* esperan verlo *realizado.*» Sólo cabe una réplica a esta observación: que *estos principios han sido llevados con todo éxito a la práctica.*

(Los efectos beneficiosos de esta práctica han sido experimentados durante varios años entre una población de dos a tres mil personas en Nueva Lanark, Escocia, y en Múnich, Baviera.)

Los presentes Ensayos se han escrito, no como mera materia de especulación, para divertir a los visionarios desocupados que *piensan* en su almario y nunca *actúan* en el mundo, sino para crear una actividad universal, inundar la sociedad con el conocimiento de sus verdaderos intereses y dirigir la opinión pública hacia el

objeto más importante al que puede ser dirigida: un sistema nacional para la formación racional del carácter de la gran masa de la población a la cual se permite actualmente formarse de tal modo como para que se llene el mundo de crímenes.

¿Deben ocupar, a diario, la atención de políticos y ministros problemas de interés puramente local o pasajero, cuyo resultado final consiste sólo en retirar beneficios económicos de un grupo de individuos para dárselos a otro? ¿Vale la pena dar lugar a peticiones y nombrar delegados para los diversificados intereses agrícolas y comerciales del Imperio? ¿Y no debe el bienestar de millones de pobres, desnudos, hambrientos, ignorantes e ineducados, promover *ninguna* petición, *ningún* delegado, *ninguna* medida legislativa que sea racional y efectiva?

No. Nuestra educación ha sido tal que no dudamos en dedicar años y gastar millones en la *investigación* y *castigo* de crímenes y en el logro de objetivos, cuyo resultado final es, en comparación con éste, insignificante; y, por el contrario, no avanzamos un paso por el verdadero camino de la *prevención* de los crímenes y de la *disminución* de los innumerables males que aquejan a la humanidad actualmente.

[*New View of Society*, 1813.]

MEDIDAS PARA REMEDIAR LA SUERTE DE LOS POBRES

Las súplicas urgentes que me llegan a cada momento de aquellos que sufren, de todas las maneras imaginables, los efectos del calamitoso sistema actual, me imponen

el deber de formular las medidas prácticas cuya aplicación promoverá el alivio tan ansiosamente buscado.

Los males experimentados son a la vez espirituales y corporales, pero los últimos requieren remedio más urgente; todo individuo que esté en condiciones de sentir la aflicción de los demás debe prestar su más seria atención a los métodos proyectados con ese propósito. Independientemente de lo que puedan escribir o decir sobre el asunto hombres inexpertos o teoréticos, se verá que ninguna otra medida distinta de las propuestas por mí, tiene, en verdad, ningún valor práctico. De nuevo, pues, me dirijo al público para que reconozca que su deber consiste en luchar por superar sus prejuicios, su debilidad y sus errores. Bien sé que esto no puede lograrse en un día ni en una semana y que se les debe dar tiempo para que desaparezcan gradual y casi imperceptiblemente. Pero es necesario que las medidas proyectadas y recomendadas no se interfieran con aquellas enfermedades del espíritu donde se origina el abismo que separa a los hombres.

Los métodos prácticos para aliviar a la población sufriente y degradada están ante vuestros ojos. Pueden adoptarse fácilmente y ser incorporados a todos vuestros diversos credos y, puestos de relieve sin grandes inconvenientes ante vuestro espíritu, os llevarán la verdadera salud y os capacitarán para descubrir y asegurar las buenas cosas que con tanta abundancia os rodean y para adquirir el poder de discernir las diversas ventajas de la verdad demostrable sobre los males que constantemente se derivan de seguir sistemas basados sobre las inconsistencias más palpables.

Muchos hombres de clases, sectas y partidos diversos emprenden con toda sinceridad estos métodos prácticos, con la decisión de cumplir su deber hacia sus prójimos y conservan todavía íntegramente las nociones religiosas

en las que fueron educados y, sea dicho de paso, que tampoco deseo yo que ellos actúen de otro modo. No forma parte de mi plan constituir una secta o inducir a los individuos que sustituyan un credo por otro. He actuado siempre de otro modo, consistente en propugnar la máxima libertad de conciencia, la única verdadera libertad del espíritu y fuente de la verdad y la sabiduría.

Sé que, antes de mucho, toda la humanidad pensará como yo ahora respecto a la formación del carácter humano y a la inutilidad y males atroces de la fe. Dado que este asunto ha sido muy estudiado científicamente, podría yo, si ese fuera mi gusto, imponérselo al mundo; a su debido tiempo así ocurrirá, esto es, cuando el espíritu de los hombres se halle preparado para recibirlo sin daño para sí ni para el prójimo. Pero que se me entienda bien. Mi deseo no es que el mundo sustituya nombres antiguos por uno nuevo o se someta a cualquier falsa influencia. Vengo no a establecer un nombre sino a liberaros de los errores y males de todos los nombres. Medítese detenidamente lo que afirmo a continuación y tómense en consideración todas sus importantes consecuencias para vosotros mismos y para la posteridad.

No tengo el menor deseo de dejar un nombre que sea recordado por los hombres una hora después de mi muerte, aunque supiera que se conservaría vivo a través de toda la eternidad. No daría ni un centavo por el homenaje e incluso la adoración de toda la humanidad. Deseos tan vanos me parecen, y pronto parecerán a los demás, una nadería de un valor tan escaso que no se puede expresar con palabras.

MIS ESFUERZOS VAN DIRIGIDOS AL SOLO OBJETO DE HACEROS EL BIEN, LIBERAROS DE LA MÁS INFAME ESCLAVITUD Y MISERIA CORPORAL Y MENTAL. *Se aproxima el momento en que nadie podrá dudar de esto que digo.*

Para procurar vuestro bien del mejor modo y en el más corto plazo posible, se abrirá inmediatamente en Temple Chambers, Fleet Street, bajo la dirección de un caballero bien cualificado en todos los aspectos y dispuesto a dar todas las explicaciones necesarias sobre la parte práctica del sistema a todos aquellos, sea cualquiera la clase a que pertenezcan —desde la superior a la inferior—, que estén sinceramente interesados en obtener tal información. Dicho conocimiento evidenciará necesariamente los medios por los cuales las clases pobres y trabajadoras podrán, de modo ventajoso para todos, verse libradas de su actual miseria y ahorrar al país todos los males ocasionados por la alta proporción de pobres y del pauperismo, gracias a los cuales la salud, la temperancia, la asociación efectiva, el trabajo alegre y el aumento de inteligencia y felicidad sustituirán a la enfermedad, la intemperancia, el trabajo riguroso, la coacción, la ignorancia y la miseria, mediante los cuales, en una palabra, la humanidad se beneficiará del modo más simple y hasta el grado más alto que permite el conocimiento y la experiencia del mundo actual.

Debemos, sin embargo, precavernos celosamente contra la precipitación de quienes se ven impedidos actualmente de emplear su inteligencia en beneficio de ellos mismos o de los demás. Conozco bien lo angustioso de su situación y se debe precisamente a ellos mis esfuerzos para lograr su rápido alivio.

La primera aldea de unidad y cooperación mutua que se erija servirá en parte como modelo para las demás en este país y en todo el mundo. Por tanto, debe poseer todas las ventajas permitidas por la ciencia moderna para mostrar en la práctica la diferencia extraordinaria de resultados entre las facultades humanas cuando son movidas ciegamente a la acción por la igno-

rancia individualizada, y cuando son gobernadas en todas sus operaciones y gestiones por la inteligencia y experiencia combinadas de los tiempos pasados. Pronto mostrará la práctica que es la misma diferencia que hay entre lo infinito y la unidad. Cuando tales resultados se patenticen a los espíritus comunes, el mundo, como ya se ha dicho, «se maravillará de sí mismo. Sí, cobrará de una vez conciencia del grado de oscuridad en el que ha vivido hasta hoy.»

Pero para llevar a término una ordenación científica como ésta, que implica el alivio, el bienestar y la felicidad de las generaciones presentes y futuras, se requiere la consideración serena y la cooperación de muchos espíritus, los mejor versados en cada asunto, con objeto de que los más débiles y desvalidos alcancen justicia y para demostrar que sólo somos movidos por motivos de verdadero amor hacia nuestros hermanos, incontaminado de cualquier otro motivo que concediese a uno mismo lo que no da a los demás.

Tales arreglos no pueden ser completados antes de que comience el próximo año; pero espero que se encuentren lo suficientemente adelantados para comenzar la fundación de las aldeas y de sus dependencias en la primavera siguiente.

Y para que la opinión pública pueda estar al día de tan importante trabajo, se publicará quincenalmente un periódico titulado *Mirror of Truth* en el que se responderá sinceramente a cualquier objeción que se haga al nuevo Estado de la Sociedad y se disipará cualquier duda que se tenga sobre la verdad y felicidad de sus resultados. Se hará tanta luz como sea necesaria para que nadie permanezca en la oscuridad.

Se admitirán *igualmente* en el *Mirror of Truth* a los defensores del viejo y del nuevo sistema, se actuará con imparcialidad estricta hacia los representantes sin-

ceros de cualquier clase, secta o partido y, dado que el objetivo que se persigue es la *sola verdad*, solicitamos formalmente toda oposición inteligente. El prospecto para este periódico será pronto anunciado y publicado.

[*Adress*, 1817.]

INFORME AL CONDADO DE LANARK

Los males sobre los cuales se requirió a vuestro informante a fin de buscarles remedio consisten en la necesidad general de empleos, retribuidos con salarios suficientes para mantener la familia de un trabajador de modo beneficioso para la comunidad.

Tras una atenta consideración del tema, se ha visto obligado a concluir que tales empleos no pueden ser procurados mediante el comercio, la industria o la manufactura, y ni siquiera mediante la agricultura, hasta que el gobierno y la legislatura, apoyados de lleno por el país, adopten previamente medidas para remover los obstáculos que, sin su intervención, mantendrán a las clases trabajadoras en la pobreza y el descontento y deteriorarán gradualmente todas las riquezas del Imperio.

Vuestro informante se ha visto impresionado por la realidad de esta conclusión a través de las siguientes consideraciones:

Primera.—Que el trabajo manual, dirigido adecuadamente, es la fuente de toda riqueza y de la prosperidad nacional.

Segunda.—Que este trabajo, cuando es dirigido adecuadamente, es de mucho más valor para la comunidad

que los gastos necesarios para proporcionar bienestar al trabajador.

Tercera.—Que el trabajo manual, dirigido adecuadamente, puede hacer que se perpetúe dicho valor en todas las partes del mundo, aun en la suposición de un incremento de su población, durante muchos siglos.

Cuarta.—Que, bajo una adecuada dirección del trabajo manual, la Gran Bretaña y sus dependencias pueden tolerar un incalculable incremento de población que sería muy ventajoso para todos sus habitantes.

Quinta.—Que cuando el trabajo manual sea dirigido de este modo se verá que la población no puede, durante muchos años, ser estimulada a avanzar de modo tan rápido como la sociedad puede ser beneficiada por su incremento.

Estas consideraciones, deducidas del primero y más evidente de los principios de la ciencia de la economía política, aportan a vuestro informante la convicción de que algún formidable obstáculo de carácter artificial está obstruyendo el mejoramiento y el progreso naturales de la sociedad.

Es del dominio público que, durante la última mitad del siglo en particular, la Gran Bretaña, en mayor medida que cualquier otra nación, ha acrecido de forma progresiva sus fuerzas de producción mediante un avance rápido en las mejoras y adelantos científicos, introducidos, en mayor o menor medida, en todos los sectores de la industria de producción a lo ancho de todo el Imperio.

El monto de esta nueva fuerza productiva no puede, por falta de datos adecuados, ser estimado de modo correcto; pero vuestro informante ha deducido, a partir de datos que nadie disputará, que dicho crecimiento ha sido enorme; que, comparado con el trabajo manual

de la población total de Gran Bretaña e Irlanda, es, cuando menos, del orden de *cuarenta a uno* y quizá hasta de *cien a uno*; que este incremento puede ser extendido a otros países; que existe ya suficiente como para saturar al mundo de riqueza, y que la fuerza creadora de riqueza puede seguir avanzando perpetuamente a un ritmo acelerado.

Cree vuestro informante que, por efecto natural del concurso así obtenido del conocimiento y de la ciencia, aumentará la riqueza y felicidad de la sociedad en la medida en que la nueva fuerza sea incrementada y dirigida juiciosamente; y que, en consecuencia, todas las partes pueden obtener de ello un beneficio substancial. Todos sabemos, sin embargo, que estos efectos beneficiosos no existen. Por el contrario, hay que reconocer que las clases trabajadoras, que constituyen una proporción tan grande de la población, no pueden obtener ni siquiera el bienestar que antiguamente les proporcionaba su trabajo y que ninguna parte de la población obtiene ventaja de esa miseria, sino que, al contrario, sufre de sus consecuencias.

Teniendo en cuenta este punto de vista, vuestro informante se ha visto obligado a concluir que la necesidad de empleos beneficiosos para las clases trabajadoras, y la miseria pública consiguiente, son efecto del rápido incremento de la nueva fuerza productiva, debido a que la sociedad ha dejado de realizar los arreglos oportunos para una aplicación ventajosa de aquélla. Tiene plena confianza en que, si se adoptan esas medidas, se encontrará de nuevo empleo para todos los que lo requieran y en que la miseria nacional, que ahora tan ruidosamente lamentamos todos, se convertirá, poco a poco, en un grado de prosperidad mayor que el que pudiera alcanzar antes que se produjera el aumento extraordinario recientemente operado en las fuerzas productivas de la sociedad.

Animado por tal esperanza, dirigió vuestro informante su atención a considerar las posibilidades de proyectar medidas mediante las cuales toda la población pueda participar de los beneficios que se deriven del incremento de la fuerza productiva científica, y declara con satisfacción que cuenta con sólidos argumentos para creer que tales medidas son practicables.

Funda su opinión sobre parte tan importante del asunto en las siguientes consideraciones:

Primera.—Hay que admitir que la ayuda artificial o científica al hombre incrementa sus fuerzas productivas, permaneciendo idénticas sus necesidades naturales, y que, en la medida en que estas fuerzas productivas aumentan, el hombre se independiza de su resistencia física y de las diversas contingencias con ella conectadas.

Segunda.—Que el efecto directo de todo aumento en el poder científico, mecánico o químico, se traduce en un incremento de la riqueza; se ha descubierto que la causa inmediata de la actual necesidad de empleos para las clases trabajadoras reside en un exceso de producción de todas las clases de riqueza, debido al cual, y en las condiciones presentes del comercio, todos los mercados del mundo están saturados.

Tercera.—Que, en el supuesto de que se encuentren mercados, puede todavía realizarse un incremento incalculable en la riqueza de la sociedad, como resulta, con toda evidencia, del número de personas que buscan empleo y del mayor número de quienes, por ignorancia, son empleados de modo ineficiente, pero, sobre todo, de los medios que poseemos para incrementar, hasta un punto ilimitado, nuestros poderes científicos de producción.

Cuarta.—Que la carencia de empleo para las clases trabajadoras no puede proceder de una falta de riqueza o capital, o de la de los medios de incrementar los

bienes existentes, sino de algún defecto en el modo de distribuir este incremento extraordinario de capital nuevo a través de la sociedad, o, para hablar comercialmente, de la carencia de un mercado, o de medios de cambio proporcionales a los medios de producción.

[*Report to the County of Lanark*, 1820.]

PRINCIPIOS GENERALES

El principio de un buen gobierno sólo puede ser deducido de verdades universales como las siguientes:

1.ª El hombre nace débil, ignorante y sin experiencia, pero capaz de convertirse, según sean las circunstancias favorables o desfavorables, en racional o irracional.

2.ª Su existencia está sujeta a la aplicación de circunstancias exteriores que actúan sin cesar sobre su organización primitiva y la modifican tanto en lo físico como en lo moral.

3.ª Adquiere sus conocimientos por la influencia de circunstancias exteriores que actúan sobre las facultades e instintos con los que fue dotado al nacer.

4.ª Estas facultades e instintos son generalmente los mismos en todos los hombres, pero combinados en proporciones diferentes.

5.ª Estas cualidades e instintos son capaces de recibir, en el niño, una cierta dirección, así como de ser combinados hasta el infinito por una sociedad creada con el fin de llegar a un resultado práctico cualquiera.

6.ª Las circunstancias favorables o desfavorables que actúan desde la infancia desarrollan una influencia

poderosa en la formación de un carácter favorable o desfavorable.

7.ª Interesa al género humano no tolerar la existencia de circunstancias desfavorables y la sociedad creada posee un poder ilimitado de desecharlas y reemplazarlas por otras de naturaleza contraria.

8.ª La generación adulta forma casi por entero el carácter de las generaciones siguientes e interesa a todos formar únicamente caracteres superiores.

9.ª Sin igualdad en la educación y la condición de todos, no puede existir ni virtud, ni paz, ni felicidad permanente; las ciencias mecánicas y químicas hacen posible el establecimiento y conservación de dicha igualdad.

10.ª Todos los que nacen dotados de una organización sana pueden ser educados y empleados de tal modo que se formen miembros de la sociedad útiles y valiosos; los que nacen enfermizos tienen derecho a la simpatía y a los cuidados cariñosos de la sociedad para remediar sus defectos.

11.ª Siendo todos educados y empleados de este modo, será fácil crear placenteramente una superabundancia de riqueza para todos, sin luchas y sin sentimientos y acciones desagradables.

12.ª La miseria, el crimen y el sufrimiento provienen únicamente del hecho de que el hombre ignora su propia naturaleza y los poderes actualmente existentes en la sociedad para destruir las causas de dichos males.

13.ª La ignorancia, la miseria, la desunión, las pasiones perjudiciales, el vicio, el crimen y el sufrimiento pueden ser empleados útilmente en todos los pueblos mediante una reorganización social basada en principios fundamentales verdaderos.

14.ª La guerra es un mal absoluto y lo que en ella se pierde en hombres, riqueza y trabajo es más que

suficiente, si se emplea racionalmente, para asegurar el bienestar del género humano.

15.ª Ciencia, moralidad, justicia y felicidad no pueden coexistir jamás con la guerra, la violencia y la destrucción de las riquezas.

16.ª La desunión es la causa de los mayores males y la manera más absurda de conducir los negocios.

17.ª Por la unión sincera de los hombres y de los pueblos, se obtendrán las mayores ventajas para la humanidad y una mayor economía en los negocios de la vida.

18.ª Se ensayará inútilmente de formar dicha unión entre los hombres mientras que éstos se vean obligados a aceptar las siguientes falsas nociones: 1.ª) que el hombre se forma a sí mismo; 2.ª) que forma sus convicciones; 3.ª) que forma sus sentimientos. Mientras que le sean enseñados estos absurdos, el hombre sólo podrá ser irracional y violento, opuesto a sus semejantes y con una conducta siempre contraria a su felicidad y a la de todos los que le rodean.

19.ª Educando al hombre en el conocimiento de su propia naturaleza humana y social y creando circunstancias tales que pueda actuar conforme a dicha naturaleza, se podrá establecer y mantener la unión entre los hombres.

20.ª Mediante un sistema social científico podrá producir, con placer, una superabundancia de riquezas.

21.ª Sólo podrá ser adecuada y pacíficamente gobernado el mundo y mantenida la unión, cuando los gobiernos sean nombrados por elección.

22.ª Las luchas, en una sociedad irracional, se refieren a la producción, conservación, distribución y consumo de las riquezas, las opiniones políticas y religiosas, los objetos de ambición y las mujeres.

23.ª Existe un conocimiento suficiente de la naturaleza humana y social para destruir las causas de estas luchas, una vez que dicho conocimiento se extienda y practique generalmente.

24.ª Las discusiones respecto a las riquezas cesarán en el momento en que se tomen disposiciones para producir una superabundancia de un modo fácil y atrayente.

25.ª Toda discusión religiosa cesará cuando se reconozca que todo lo que sabemos es que existe un poder en el universo, causa de todo lo que ocurre, pero que la naturaleza de dicho poder y la razón de su actuación son desconocidas al hombre.

26.ª Todas las discusiones políticas cesarán cuando se asegure a cada uno todas las ventajas de que pueden gozar y cuando se reconozca que las opiniones dependen de las convicciones, no de la voluntad.

27.ª Las luchas de ambición cesarán cuando se asegure a todos la obtención de los objetos más ambicionados, de tal modo que se sientan superiores en ciencia, sabiduría y poder al soberano más poderoso.

28.ª La causa de las disputas entre los hombres por lo que se refiere al otro sexo, así como su recíproco, cesarán cuando todos sean educados de modo que se conviertan en seres racionales conociendo su propia naturaleza y sabiendo que el amor, la indiferencia y la aversión no son actos de la voluntad, sino instintos naturales.

29.ª La organización y el gobierno de la sociedad se fundarán, pues, en la certidumbre de que el hombre no forma ni su persona, ni sus opiniones, ni su voluntad.

[*The Book of the New Moral World*, 1836.]

PIERRE LEROUX
[1797-1871]

Esas dos grandes cosas: El Evangelio y la Revolución.

LEROUX

«Yo soy el primero que se ha servido de la palabra socialismo. *Se trataba de un neologismo, un neologismo necesario para oponerlo al individualismo.» La cita es de Leroux y el texto a que se refiere en ella es el que aparece a continuación. Se había publicado en 1833 en la* Revue Encyclopédique, *una de las varias revistas fundadas por Pierre Leroux. (Otra fue* Le Globe *que, durante algún tiempo, sirvió como órgano de propaganda a los saintsimonianos.) Para aquella fecha acababa de separarse de la secta saintsimoniana, rota ya por las ridículas extravagancias religiosas de Enfantin quien se proclamó a sí mismo «Padre» de la nueva «iglesia». Sin embargo, la huella saintsimoniana está presente en toda la obra de Leroux, impregnada de un espíritu místico religioso que le conduce a exaltar*

el papel a desarrollar por el cristianismo en la reorganización de la sociedad.

Crítico severo de la sociedad capitalista, Leroux estima que el hombre debe organizar su vida de acuerdo con los principios del progreso y de la solidaridad, manifestados a través de la Razón. Libertad, igualdad y fraternidad son, para este hijo de la Revolución francesa, las grandes metas de la Humanidad que, al realizarlas en una síntesis auténtica, no hará sino cumplir los designios divinos. En 1848 propone un proyecto de Constitución social en el que está presente su pretensión más cara: organizar una sociedad total en la que el individuo pueda ser libre, siendo a la vez ciudadano, asociado y funcionario. La «función» es la realización de trabajo útil, de un trabajo común del que todos los asociados se benefician.

He aquí los títulos de algunas de sus obras: De l'humanité, D'une religion nationale, De l'égalité, Du christianisme et de son origine démocratique. *Pierre Leroux nació y murió en París.*

INDIVIDUALISMO Y SOCIALISMO

Libertad y Sociedad son los dos polos iguales de la ciencia social. No digamos que la sociedad es simplemente el resultado, el conjunto, la agregación de los individuos, porque llegaríamos a la espantosa confusión con la miseria del mayor número propia de hoy. Teóricamente sería aún peor, puesto que, reduciendo a la nada la sociedad, la individualidad de cada cual no tiene límite; en lo moral, llegaríamos al escepticismo, a la duda general, absoluta, y, en política, a la explotación de los buenos por los malos y a la explotación del pueblo por unos cuantos bribones y algunos tiranos.

Pero no digamos tampoco que la sociedad lo es todo y que el individuo no es nada, o que la sociedad es antes que los individuos, o que los ciudadanos no son más que súbditos devotos de la sociedad, funcionarios de la sociedad que deben encontrar, por grado o por fuerza, su satisfacción en todo lo que concurre al fin social; no hagamos de la sociedad una especie de gran animal, cuyas moléculas, partes y miembros seríamos nosotros, unos la cabeza, otros el estómago, los de más allá los pies, las manos, las uñas o los cabellos. En vez de que la sociedad sea el resultado de la vida

libre y espontánea de todos los que la componen, no nos empeñemos en que la vida de cada hombre sea una función de la vida social que hayamos imaginado, porque por esta vía no llegaríamos más que al embrutecimiento y al despotismo; detendríamos, inmovilizaríamos al espíritu humano, creyendo conducirlo.

No tratemos de darnos el gobierno de la Iglesia; no en vano ha luchado el espíritu humano durante seis siglos contra ese gobierno para abolirlo.

No tratemos de aplicar a nuestra época lo que pudo convenir a épocas anteriores, el principio de autoridad y de abnegación, porque precisamente la autoridad y la abnegación de la vida anterior de la humanidad tenían por fin alcanzar la individualidad, la personalidad, la libertad. En aquel tiempo eso estaba bien, pero estaba bien precisamente en el supuesto de que llevara a un fin y que una vez que la humanidad llegara a ese fin aquello dejara de existir y que ese gobierno del mundo dejara su lugar a otro.

Hoy, sin embargo, somos la presa de esos dos sistemas exclusivistas del individualismo y del socialismo, apartados de la libertad por quien pretende hacerla reinar y de la asociación por quien la predica.

Los unos parten del principio que todo gobierno debe desaparecer algún día, de donde deducen que todo gobierno debe desde ahora reducirse a las más estrechas dimensiones; han hecho del gobierno un simple gendarme cuya función es obedecer las reclamaciones de los ciudadanos. Por lo demás, han declarado la ley atea en todo caso y limitan sus funciones a regular las diferencias de los individuos en cuanto a las cosas materiales y a la distribución de los bienes de acuerdo con la constitución actual de la propiedad y la herencia. La propiedad así constituida se ha convertido en la base de lo que queda de sociedad entre los hombres. Cada uno,

aislado en su terruño, venía a ser soberano absoluto e independiente y toda la actividad social se reducía a que cada uno continuase siendo dueño del terruño que la herencia, el trabajo, la suerte o el crimen le habían procurado. *Cada uno en sí, cada uno para sí.* Desgraciadamente, el resultado a que ha llevado tal abandono de toda providencia social es que cada uno no tiene ya su terruño y que la parte de algunos tiende siempre a aumentar y la de los demás a disminuir; el resultado evidente ha sido la esclavitud absurda y vergonzosa de veinticinco de los treinta millones de hombres.

Los otros, al contrario, viendo el mal, han querido curarlo mediante un procedimiento completamente diferente. El gobierno, ese enano apenas perceptible del primer sistema, se convierte en éste en una hidra gigante que arropa entre sus pliegues a toda la sociedad. El individuo, por el contrario, ese soberano absoluto y sin freno de los primeros, es ahora un súbdito humilde y sumiso. Quien hasta hace poco era independiente y podía pensar y vivir según las inspiraciones de su naturaleza es ahora funcionario, se ve alistado, con una doctrina oficial en la que creer y la inquisición a sus puertas. El hombre ya no es un ser libre y espontáneo, es un instrumento que obedece a su pesar o que, fascinado, responde mecánicamente a la acción social, como la sombra sigue al cuerpo.

Mientras que los partidarios del individualismo se complacen o se consuelan en las ruinas de la sociedad, refugiados en su egoísmo, los partidarios del socialismo marchan desafiantemente hacia lo que ellos llaman una época orgánica, se esmeran en averiguar cómo enterrar toda libertad, toda espontaneidad bajo lo que llaman organización.

Los unos, situados por completo en el presente, sin porvenir, han llegado también a no tener ninguna tra-

dición, ningún pasado. Para ellos, la vida anterior de la humanidad sólo es un sueño sin consecuencias.

Los otros, llevando al estudio del pasado sus ideas del porvenir, han adoptado con orgullo la línea de la ortodoxia católica de la edad media y anatematizan toda la edad moderna, el protestantismo y la filosofía.

Preguntad a los partidarios del individualismo lo que piensan de la igualdad de los hombres; por supuesto que se guardarán de negarla, pero para ellos sólo es una quimera sin importancia, no tienen ningún medio de realizarla. Por el contrario, su sistema sólo tiene por consecuencia la más infame desigualdad. Por tanto, su libertad es una mentira, porque sólo un número muy reducido goza de ella y como consecuencia de esa desigualdad la sociedad se convierte en una guarida de bribones y de víctimas, un semillero de vicios, sufrimientos, inmoralidad y crímenes.

Preguntad a los partidarios del socialismo de qué modo concilian la libertad de los hombres con la autoridad y lo que hacen, por ejemplo, con la libertad de pensar y de escribir; os responderán que la sociedad es un gran ser cuyas funciones no deben ser perturbadas por nadie.

Estamos así entre Escila y Caribdis, entre la hipótesis de un gobierno que atrae hacia sí todas las luces y toda la moralidad humana y la de un gobierno desprovisto por su propio mandato de toda luz y de toda moralidad; entre un papa infalible, de un lado, y un vil gendarme, del otro.

Los unos denominan libertad a su individualismo, lo denominarían gustosos una fraternidad; los otros denominan a su despotismo una familia. Guardémonos de una fraternidad tan poco caritativa y evitemos una familia tan opresiva.

Debe reconocerse que nunca fueron más controvertidas las bases mismas de la sociedad. Háblese de

igualdad hoy en día, muéstrese la miseria y el absurdo del mercantilismo actual, flagélese una sociedad en la que los hombres desasociados son no sólo extraños entre sí, sino, por necesidad, rivales y enemigos, y todos los que en el fondo de su corazón guardan amor por los hombres, amor por el pueblo, los que son hijos del cristianismo, de la filosofía y la revolución, se inflaman y asienten. Pero que los partidarios del socialismo vengan a exponer sus tiránicas teorías, a hablar de organizarnos en regimientos de sabios y en regimientos de industriales, que lleguen hasta declarar perjudicial la libertad de pensamiento, y en el mismo instante nos sentiremos rechazados, nuestro entusiasmo se congela, nuestros sentimientos de individualidad y libertad se rebelan, y nos arrojamos tristemente en el presente por medio de este papado nuevo aplastante, absorbente que transformaría a la humanidad en una máquina en la que las auténticas naturalezas vivientes, los individuos, sólo serían una materia útil en vez de ser ellos mismos los árbitros de su destino.

De este modo, se vive en la perplejidad y en la incertidumbre, atraídos y rechazados por dos imanes contrarios. Sí, las simpatías de nuestra época son tan vivas, tan enérgicas, tanto si se trata de libertad o de igualdad, de individualidad o de asociación. La fe en la sociedad es completa, pero la fe en la individualidad lo es tanto. De donde se produce una atracción igual por esos dos fines deseados y un igual alejamiento de la exageración exclusivista del uno o del otro, un igual horror tanto del individualismo como del socialismo.

Por lo demás, esta disposición no es nueva; existía ya en la Revolución; los hombres más avanzados la sentían. Tomemos la Declaración de Derechos de Robespierre; en ella encontraremos formulado del modo más enérgico y absoluto el principio de sociedad, para

alcanzar la igualdad de todos; pero dos líneas más arriba, encontraremos igualmente formulado del modo más enérgico y absoluto el principio de la individualidad de cada uno. Nada que una, que armonice esos dos principios, puestos los dos sobre el altar; nada que concilie esos dos derechos, igualmente infinitos e ilimitados, esos dos adversarios que se amenazan, esas dos potencias absolutas y soberanas que se elevan ambas hasta el cielo y que invaden toda la tierra. Se citan esos dos principios y no podemos evitar de reconocerlos porque sentimos su legitimidad en nuestro corazón; pero sentimos al mismo tiempo que nacidos ambos de la justicia van a hacerse una guerra atroz. Así Robespierre y la Convención tuvieron que proclamar los dos para que la Revolución fuese enseguida el sangriento teatro de su lucha: las dos pistolas, cargadas una contra otra, dispararon.

Nos encontramos todavía en el mismo punto, con dos pistolas cargadas en direcciones opuestas. Nuestra alma es presa de dos potencias iguales y en apariencia contrarias. Nuestra perplejidad no cesará hasta que la ciencia social llegue a armonizar estos dos principios, cuando nuestras dos tendencias sean satisfechas. Entonces un inmenso alivio sucederá a esta angustia.

[*Revue Encyclopédique,* 1833.]

LOUIS BLANC
[1811-1882]

Me pregunto: ¿quién está realmente interesado en la conservación del orden social tal como hoy existe?

BLANC

*Cuando el 24 de febrero de 1848 el pueblo de París inviste por aclamación al Gobierno provisional surgido de la revolución, Louis Blanc, uno de los miembros de dicho comité revolucionario, estima, sin duda, que ha llegado el momento de llevar a la práctica las fórmulas sociales que había expuesto, diez años atrás, en un folleto (*La organización del trabajo*) llamado a tener una gran difusión. Si la obra de Blanc no era original, al menos tenía el mérito de constituir una clara síntesis de las principales ideas socialistas: Sismondi, Saint-Simon, Fourier, Buchez.*

Crítico despiadado del capitalismo, anuncia el fin de éste como resultado de su concurrencia con la clase obrera, una vez que ésta se organice en un vasto sistema de asociaciones. No significa esto la enunciación de la lucha de clases; al contrario, la destrucción del

capitalismo supone la colaboración del proletariado y de la burguesía, cuyos intereses se ven igualmente afectados por la dinámica de la libre competencia. Sólo un supuesto de hecho es preciso para que la profecía se cumpla: la extensión del sufragio a todos los ciudadanos, única vía para contar con un parlamento democrático capaz de organizar pacíficamente la reforma social. Corresponde, pues, al Estado la estructuración de la nueva sociedad, mediante la organización del crédito público y la creación de talleres sociales. Éstos, financiados al principio por suscripción pública, llegarán a ser autosuficientes y constituirán el núcleo del movimiento asociacionista, haciendo una realidad del derecho al trabajo.

Tras la publicación de La organización del trabajo, *Blanc, que gozaba de una gran popularidad, dirigió desde* La Réforme *—el periódico republicano más avanzado de la época— una campaña para la propagación de las ideas democráticas y socialistas que cristalizaron en la Revolución del 48. Pero, inmediatamente después del triunfo, el impulso jacobino-socialista fue contenido por las fuerzas conservadoras usufructuarias de la Revolución.* Fueron estas *fuerzas las que, sirviéndose del programa de Blanc como pantalla, colocaron a éste al margen del gobierno y terminaron por neutralizar el reformismo social del 48. De este modo, los talleres sociales, caricaturizados en la realidad con el nombre de talleres nacionales, no fueron sino expedientes provisorios contra el paro e instrumento de lucha contra el socialismo.*

Unos meses más tarde, Blanc emprendió el camino del exilio para no volver hasta la caída del segundo Imperio. Mientras tanto se había dado a conocer como estimable historiador de la vida política francesa.

Blanc había nacido en Madrid.

PROGRAMA DE REFORMA

Todos los hombres son hermanos.

Donde no existe la igualdad, la libertad es una mentira.

La sociedad sólo puede vivir por la desigualdad de las aptitudes y la diversidad de las funciones. Pero aptitudes superiores no deben conferir derechos mayores. Imponen deberes más altos.

He ahí el principio de la igualdad: La asociación es la forma necesaria de ella.

El objetivo final de la asociación es llegar a la satisfacción de las necesidades intelectuales, morales y materiales de todos, mediante el empleo de sus aptitudes diversas y el concurso de sus fuerzas.

Los trabajadores han sido *esclavos,* han sido *siervos,* hoy son *asalariados*; es preciso tratar de hacerlos pasar al estado de *asociados.*

No puede alcanzarse este resultado más que por la acción de un poder democrático.

Un poder democrático es el que tiene la soberanía del pueblo por principio, el sufragio universal por origen y, por objetivo, la realización de esta fórmula: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Los gobernantes en una democracia bien constituida sólo son los mandatarios del pueblo; deben ser responsables y revocables.

Las funciones públicas no son distinciones, no deben ser privilegios; son deberes.

Por tener todos los ciudadanos un derecho igual de concurrir al nombramiento de los mandatarios del pueblo y a la formación de la ley, es preciso, para que esta seguridad jurídica no sea ilusoria, que toda función pública sea retribuida.

La ley es la voluntad del pueblo formulada por sus mandatarios. Todos deben obediencia a la ley; pero todos tienen el derecho de criticarla públicamente para que se la cambie si es mala.

La libertad de la prensa debe ser mantenida y consagrada como garantía contra los errores posibles de la mayoría y como instrumento de progreso del espíritu humano.

La educación de los ciudadanos debe ser común y gratuita. Corresponde al Estado su realización.

Todo ciudadano debe pasar por la educación militar. Nadie puede descargarse, mediante dinero, del deber de concurrir a la defensa de su país.

Corresponde al Estado tomar las iniciativas de las reformas industriales adecuadas y lograr una organización del trabajo que eleve a los trabajadores desde la condición de asalariados a la de asociados.

Debe sustituirse la organización del crédito individual por la del crédito del Estado. El Estado, hasta que los proletarios sean emancipados, debe ser el banquero de los pobres.

El trabajador tiene el mismo título que el soldado al reconocimiento del Estado. Al ciudadano vigoroso

y saludable, el Estado le debe trabajo; al anciano y al enfermo, le debe ayuda y protección.

[*La Réforme,* 1848.]

LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO DIGNIFICA

En vez de manifestar preocupaciones materialistas, la Organización del Trabajo cuyo propósito es la supresión de la miseria, reposa sobre el espiritualismo más profundo. ¿Quién lo ignora? La miseria retiene la inteligencia del hombre en la noche, encerrando la educación en límites vergonzosos. La miseria aconseja sin cesar el sacrificio de la dignidad personal y en muchas ocasiones lo exige. La miseria crea una dependencia de condición a quien por carácter es independiente, de modo tal que esconde un tormento nuevo en una virtud y convierte en hiel lo que se lleva de generosidad en la sangre. Si la miseria engendra el sufrimiento también engendra el crimen. Si conduce al hospital, también conduce a la cárcel. Produce esclavos; produce la mayor parte de los ladrones, de los asesinos, de las prostitutas.

Queremos que el trabajo sea organizado de modo que se logre la supresión de la miseria, no sólo para que los sufrimientos del pueblo se vean aliviados, sino también, y sobre todo, para que cada uno encuentre su propia estima; para que el exceso de desgracia no ahogue en nadie las nobles aspiraciones del pensamiento y los goces de un orgullo legítimo; para que haya lugar para todos en el campo de la educación y en las fuentes de la inteligencia; para que no existan jamás hombres esclavizados absortos por una rueda

que gira, ni niños transformados por su familia en un salario suplementario, ni madres que levanten el brazo, por la impotencia de vivir, contra el fruto de sus entrañas, ni muchachas obligadas, para conseguir el pan, «a vender el dulce nombre de amor». ¡Queremos que el trabajo se organice para que el alma del pueblo —su alma, ¿lo oís?— no siga oprimida y hundida bajo la tiranía de las cosas!

[*Organisation du Travail,* 1840.]

PROYECTO PARA LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

Se consideraría al gobierno como el regulador supremo de la producción y se le investiría, para realizar su tarea, de un gran poder.

Dicha tarea consistiría en servirse de la propia arma de la concurrencia para hacer desaparecer la concurrencia.

El gobierno impondrá un empréstito, cuyo producto se destinaría a la creación de talleres sociales en los ramos más importantes de la industria nacional.

Dado que tal creación exige una inversión de capital considerable, el número de los primeros talleres sería forzosamente limitado; pero, en virtud de su propia organización, como tendrá ocasión de verse más adelante, gozarán de una fuerza expansiva inmensa.

Supuesto que el gobierno será el único fundador de *talleres sociales,* sería él quien establecería los estatutos. La redacción de los mismos, tras deliberación y votación por la representación nacional, tendría forma y fuerza de ley.

Todos los obreros que ofrezcan garantías de moralidad serían invitados a ofrecer su trabajo en los *talleres sociales* hasta igualar la suma del capital reunido al comienzo para la compra de los instrumentos de trabajo.

Pese a que la educación falsa y antisocial en que crece la generación actual hace difícil que nadie tenga en cuenta otro motivo de emulación y estímulo que el aumento de retribución, los salarios serían iguales, hasta que una educación completamente nueva cambie las ideas y costumbres.

Tras el establecimiento de los talleres sociales, el gobierno regularía, durante el primer año, la jerarquía de las funciones. Después del primer año se procedería de modo completamente distinto. Una vez que los trabajadores hayan podido apreciarse entre sí y se interesen todos por igual, como se verá, en el éxito de la asociación, la jerarquía sería resultado del principio electivo.

Todos los años se realizaría el balance del beneficio neto, del que se harían tres partes: una a repartir en porciones iguales entre los miembros de la asociación; otra que sería destinada: 1) al mantenimiento de los ancianos, los enfermos y los impedidos; 2) al alivio de las crisis que puedan pesar sobre otras industrias, puesto que todas se deben ayuda y socorro; la tercera, finalmente, se destinaría a proporcionar instrumentos de trabajo a quienes quisieran formar parte de la asociación, de manera que ésta pueda extenderse indefinidamente.

En cada una de estas asociaciones, constituidas en las industrias que pueden ejercerse en gran escala, podrían ser admitidos quienes se dedican a profesiones que por su propia naturaleza tienden a desparramarse y localizarse. Cada taller social podría estar compuesto de profesiones diversas, agrupadas en torno a una gran industria, considerándose cada una como parte diferente

de un mismo todo, rigiéndose por las mismas leyes y participando de las mismas ventajas.

Todo miembro del taller social tendría el derecho de disponer de su salario según su conveniencia, pero la evidente economía y la excelencia incontestable de la vida comunitaria no tardarían en hacer de la asociación de los trabajos, la asociación voluntaria de las necesidades y de los placeres.

Se invitaría a los capitalistas a la asociación para la inversión de sus capitales, por los que cobrarían su interés, garantizado en el presupuesto, pero sin participar en los beneficios, como no fuera en calidad de trabajadores.

[*Organization du Travail,* 1840.]

CADA REVOLUCIÓN TIENE SU HORA

Se equivoca completamente quien crea que las revoluciones se improvisan. Las revoluciones que no abortan son aquellas cuyo fin es preciso y ha sido definido de antemano.

Veamos la revolución burguesa del 89. Cuando estalló, cada uno hubiera podido redactar su programa. Salida por entero de la *Enciclopedia,* ese gran laboratorio de ideas del siglo XVIII, sólo le quedaba por tomar, en 1789, posesión material de un dominio ya conquistado moralmente. Tan cierto es esto que el tercer estado de entonces no veía inconveniente en prescindir de los legisladores. Mandatos imperativos, se gritaba por todas partes.

¿Por qué? Porque en el pensamiento de todos el fin de la revolución estaba definido perfectamente. Se sabía lo que se quería; se sabía por qué causa y de qué

manera se quería. Abramos los famosos cuadernos[1] de aquella época: la revolución está allí de cuerpo entero, porque la constitución de 1791 no fue más que un resumen fidedigno de aquello.

¡De qué modo tan sólido se estableció esta revolución del 89 y qué profundamente sus raíces arraigaron en la sociedad! A pesar de que las tormentas de la Convención pasaron sobre ella; a pesar de que el Imperio la eclipsó a fuerza de ciudades rendidas y de batallas ganadas; a pesar de que la Restauración la combatió con todo lo que hay de más poderoso en los hombres, la superstición política y la superstición religiosa, la Revolución ha reaparecido sobre las ruinas amontonadas de la Convención, del Imperio y de la Restauración. 1830 forma parte de una cadena de la cual 1789 fue el primer eslabón. 1789 había comenzado el dominio de la burguesía; 1830 lo ha continuado.

Veamos, por el contrario, la Revolución de 1793. ¿Cuánto duró? ¿Qué queda de ella? Y, sin embargo, ¿qué fuerza, qué audacia, qué genio no tenían aquellos que se habían empeñado en su triunfo? ¡Qué esfuerzos gigantescos! ¡Qué actividad! ¡Cuántos resortes puestos en juego, desde el entusiasmo hasta el terror! ¡Cuántos instrumentos utilizados al servicio de las nuevas doctrinas, desde la espada del general del ejército hasta el cuchillo del ejecutor! Pero el fin de esta revolución, cuyo catecismo habían de dar los convencionales, no había sido definido de antemano. Ninguna de las teorías aventuradas por Robespierre y Saint-Just había sido suficientemente elaborada en el seno de la nación.

---

[1] Se refiere a los *cahiers de doléances,* es decir, los cuadernos presentados por los delegados a los estados generales de 1789, en donde se consignaban sus peticiones.

Juan-Jacobo había publicado ciertamente el *Contrato Social*; pero la voz de este gran hombre se había casi perdido entre el clamor inmenso con el que los publicistas de la burguesía llenaron el siglo XVIII. Se trataba de crear, pues, todo un nuevo mundo, de crearlo en algunos días, de crearlo en medio del desencadenamiento inaudito de resistencias y de cóleras. Fue necesario improvisar, pedir a las pasiones el apoyo que no podían todavía proveer las ideas; fue necesario asombrar, inflamar, embriagar, domar hombres no predispuestos, por un trabajo anterior, a dejarse convencer. De ahí los obstáculos sinnúmero, las equivocaciones terribles y sangrientas; las fraternales alianzas deshechas súbitamente por el verdugo; de ahí esas luchas sin paralelo que hicieron sucesivamente caer en un mismo cesto la cabeza de Danton sobre la de Verguiaud y la cabeza de Robespierre sobre la de Danton.

[*Organisation du Travail,* 1840.]

LOUIS-AUGUSTE BLANQUI
[1805-1881]

> El deber de un revolucionario es siempre la lucha,
> la lucha por sí misma, la lucha hasta la extinción.
>
> BLANQUI

Monarquía de Julio (1830), revueltas lionesas de 1831 y 1834, huelgas de 1840, revolución de 1848, Comuna de 1871... A lo largo de estos cuarenta años de convulsionada historia que separan la caída de Carlos X del desastre de Sedán, el movimiento obrero francés va afirmándose en su lucha contra la nobleza y la burguesía en un despliegue continuado de impulso revolucionario. Nadie mejor que Louis-Auguste Blanqui simboliza esta continuidad en el esfuerzo y esta constancia en el sacrificio. Iniciado en la lucha cuando era casi un adolescente, todavía en 1880 funda un diario cuyo título muestra el espíritu combativo del anciano: Ni Dieu ni Maître. *Para entonces pesaba sobre él más de medio siglo de vida «activa», dedicada por entero a la revolución. Treinta y siete años de prisión, pagados día a día, fue el precio de su entereza.*

Blanqui se había ganado bien el título que le otorgaron sus compañeros: l'Enfermé.

Pero la figura de Blanqui interesa por otras razones Representa el punto de confluencia de la tradición republicana del 89 con la nueva corriente de ideas surgida de las condiciones económicas contemporáneas Es cierto que en su obra (una obra que se expresa más en sus actos que en sus escritos, asistemáticos y ocasionales) prevalece el espíritu jacobino de la Revolución, heredado de Babeuf, y es también cierto que su socialismo apenas rebasa las fórmulas de un comunismo utópico, pero no es menos cierto que Blanqui expresó mejor que cualquier otro las reivindicaciones y las posibilidades «reales» de la clase obrera de su tiempo. El resultado de esta unión entre teoría y acción revolucionaria es un modo de ser del socialismo francés que se llamó blanquismo. *Su idea central, o mejor su dogma, es la fuerza creadora de la actividad revolucionaria; su método —y nótese que importa más éste que aquélla— es la destrucción de la burguesía mediante la expropiación por la violencia. Una perspectiva que explica suficientemente el que Marx se refiriera a los blanquistas como «los verdaderos caudillos del partido proletario francés».*

Las sociedades secretas que, por razones obvias, tanto se propagaron en Francia durante la década de 1830, ofrecieron a Blanqui el marco en que encuadrar su rebeldía. Iniciado en la secta de los carbonarios (de origen italiano), formó parte de casi todas las más importantes de la época, algunas de las cuales fundó: Amigos del Pueblo, Sociedad de las Familias, Sociedad de las Estaciones. Fue desde esta última desde la que preparó —en unión de Barbés, con quien rompería ruidosamente más tarde— una intentona para derrocar al gobierno por un golpe de audacia (1839). Conmu-

tada la pena de muerte a la que fue condenado, es liberado al producirse la revolución de 1848. Enseguida se manifestó en contra del Gobierno provisional surgido de ella, en el que veía cristalizar la tendencia «constitucional-burguesa» de la Revolución; en nombre de la otra tendencia, la de la «república igualitaria», se opuso tenazmente a la celebración inmediata de elecciones nacionales, pues advirtió en ellas —y la realidad vendría a confirmar su perspicacia— el peligro que suponía para la Revolución el voto de masas no educadas políticamente.

En este certero análisis de una situación política concreta, está presente la desconfianza que siempre mostró Blanqui frente a las acciones y organizaciones de masa. Como señaló Lenin, el blanquismo esperaba la liberación de «la esclavitud asalariada [...] mediante la cooperación de una pequeña minoría de intelectuales». Sólo desde el Estado, ocupado por un golpe de mano, puede operarse la revolución. Por lo demás, Blanqui siempre se mostró desdeñoso por todo programa que describiera detalladamente el modo en que habría de llevarse a cabo aquélla. A este respecto, es significativo el siguiente epigrama: «Comunistas y proudhonianos discuten a la orilla de un río para decidir si en la otra orilla hay un campo de maíz o de trigo. Se empeñan en resolver la cuestión antes de franquear el obstáculo. ¡Atravesémoslo primero! ¡Después veremos!»

EL PROCESO DE LOS QUINCE[1]

Señores del Jurado:

He sido acusado de haber dicho a treinta millones de franceses, proletarios como yo, que tenían el derecho de vivir. Si esto es un crimen, me parece cuando menos que yo no debería responder de él más que ante hombres que no fuesen jueces y partes en el asunto. Notad, señores, que el ministerio público no se ha dirigido a vuestra equidad y a vuestra razón, sino a vuestras pasiones y a vuestros intereses. No apela a vuestro rigor sobre un acto contrario a la moral y a las leyes; sólo busca desencadenar vuestra venganza contra lo que os describe como una amenaza a vuestra existencia y a vuestras propiedades. No estoy, pues, ante jueces, sino en presencia de enemigos; en ese caso resulta completamente inútil defenderme. Me resigno, por tanto, a toda condena

[1] En 1832, el ministro del Interior, Perier, intentó un proceso contra quince de los dirigentes de la Sociedad de los Amigos del Pueblo, acusándolos de atentar contra la seguridad del Estado. De dicha acusación fueron absueltos, pero Blanqui fue condenado a un año de prisión a consecuencia de su discurso de defensa, parte del cual publicamos a continuación.

que pueda caer sobre mí, pero protesto, sin embargo, con energía contra esta sustitución de la justicia por la violencia, y confío al porvenir el cuidado de restituir su fuerza al derecho. Sin embargo, si bien mi deber, como proletario, privado de todos los derechos de la ciudad, consiste en rehusar la competencia de un tribunal donde sólo se sientan privilegiados que no son mis pares, estoy convencido de que tenéis un corazón bastante noble para apreciar dignamente el papel que el honor os impone en una circunstancia en que se libran adversarios desarmados a vuestra inmolación. En cuanto al nuestro, está trazado de antemano; el papel de acusador es el único que conviene a los oprimidos.

El ministerio público ha mostrado, por así decirlo, en perspectiva a vuestra imaginación, una revuelta de esclavos, con el fin de excitar vuestro odio mediante el temor. «Ved, ha dicho, es la guerra de los pobres contra los ricos; todos los que poseen están interesados en rechazar la invasión. Ante vosotros traemos a vuestros enemigos; castigadles antes que sean más temibles.»

Sí, señores, es la guerra entre los ricos y los pobres: los ricos lo han querido así, porque son ellos los agresores. Lo único que les parece mal es que los pobres hagan resistencia; con gusto dirían al hablar del pueblo: «Este animal es tan feroz que cuando se le ataca se defiende.» Toda la filípica del fiscal puede resumirse en esta frase.

Se denuncia sin cesar a los proletarios como ladrones dispuestos a abalanzarse sobre la propiedad. ¿Por qué? Porque se quejan de estar abrumados de impuestos en beneficio de los privilegiados. *En cuanto a los privilegiados, quienes viven holgadamente del sudor del proletario,* son considerados como legítimos poseedores amenazados de pillaje por el voraz populacho. No es la primera vez que los verdugos se dan aires de víctimas. ¿Quiénes son, pues, esos ladrones dignos de tantos

anatemas y suplicios? Treinta millones de franceses que pagan al fisco mil millones y medio y una suma casi igual a los privilegiados. En cuanto a los poseedores que la sociedad entera debe proteger con su poderío, son dos o trescientos mil ociosos que devoran plácidamente los millones pagados por los ladrones. Creo que aquí tenemos, bajo una forma nueva y con otros adversarios, la guerra de los barones feudales contra los mercaderes a los que aniquilaban en los caminos.

En efecto, el gobierno actual no tiene otra base que este reparto inicuo de las cargas y de los beneficios. La restauración lo ha instituido en 1814, con la aprobación del extranjero, con el propósito de enriquecer a una imperceptible minoría con los despojos de la nación. Cien mil burgueses forman lo que se llama, con una amarga ironía, el elemento democrático. ¿Qué pasa, Dios mío, con los restantes elementos? Paul Courier ha inmortalizado ya la marmita representativa; esta bomba aspirante impelente que comprime la materia denominada pueblo para aspirar miles de millones de ella incesantemente vertidos en los cofres de unos pocos ociosos, máquina sin piedad que tritura uno por uno a veinticinco millones de labradores y a cinco millones de obreros para extraer lo más puro de su sangre y transfundirla en las venas de los privilegiados. Los engranajes de esta máquina, combinados con una habilidad maravillosa, atenazan al pobre durante todas las horas del día, le persiguen en las más mínimas necesidades de su humilde vida, se atraviesan en su ganancia más pequeña y en el más miserable de sus goces. No basta con que tanto dinero viaje de los bolsillos del proletario a los del rico, pasando por los abismos del fisco; cantidades aún más enormes son recaudadas directamente de las masas por los privilegiados, mediante las leyes que rigen las transacciones industriales y

comerciales, leyes cuya fabricación exclusiva poseen estos privilegiados.

Los órganos ministeriales repiten con fruición que existen vías abiertas a las quejas de los proletarios, que las leyes les ofrecen medios normales de satisfacer sus intereses. Esto es un escarnio. El fisco está ahí, persiguiéndoles con sus fauces abiertas; es preciso trabajar, trabajar noche y día para arrojar incesantemente comida al hambre siempre insatisfecha de esta sima sin fondo; feliz será si le queda algún mendrugo para engañar la de sus hijos. El pueblo no escribe en los periódicos; no envía peticiones a las Cámaras: sería perder el tiempo. Mucho más cierto es que todas las voces de los salones, los comercios, los cafés, en una palabra, las de todos los lugares donde se forma lo que se llama la opinión pública, esas voces, son las de los privilegiados; ninguna pertenece al pueblo; el pueblo está mudo; vegeta alejado de esas altas regiones donde se decide su destino.

Pero cuando, a pesar de las precauciones, el grito del hambre, proferido por millares de desgraciados, llega hasta los oídos de los privilegiados, éstos enrojecen y exclaman: «Es necesario que la ley se obedezca. Una nación no debe apasionarse más que por la ley.» Señores, según vosotros ¿son buenas todas las leyes? ¿No hubo nunca alguna que os horrorizara? ¿No conocéis alguna ley ridícula, odiosa o inmoral? ¿Es posible parapetarse de este modo tras una palabra abstracta que se aplica a un caos de cuarenta mil leyes y que significa tanto lo que hay de mejor como lo que hay de peor? A esto se responde: «Si existen leyes malas, pedid su reforma legal; mientras tanto, obedeced...» Esto es un escarnio aún más amargo. Las leyes están hechas por cien mil electores, aplicadas por cien mil jurados, ejecutadas por cien mil guardias nacionales urbanos, puesto que se ha tenido buen cuidado de desorganizar la guardia

nacional rural que se parecía demasiado al pueblo. Ahora bien, estos electores, estos jurados, estos guardias nacionales, son los mismos individuos, quienes acumulan las funciones más opuestas y son a la vez legisladores, jueces y soldados, de tal manera que el mismo hombre crea por la mañana un diputado, es decir la ley, aplica dicha ley al mediodía en calidad de jurado, y la ejecuta por la noche en la calle vestido con el uniforme de guardia nacional. ¿Qué hacen los treinta millones de proletarios en medio de este proceso? Ellos pagan.

Los apologistas del gobierno representativo han basado principalmente sus elogios sobre el hecho de que este sistema consagraba la separación de los tres poderes, legislativo, judicial y ejecutivo. Les faltaban los elogios para este maravilloso equilibrio que había resuelto el problema, durante tanto tiempo perseguido, de armonizar el orden con la libertad, el movimiento con la estabilidad. Pues bien, ocurre que es precisamente el sistema representativo, tal como sus apologistas lo aplican, el que concentra los tres poderes en las manos de un pequeño número de privilegiados unidos por los mismos intereses. ¿No reside ahí una confusión que constituye la más monstruosa de las tiranías, según el propio testimonio de los apologistas?

Pedimos que los treinta y tres millones de franceses elijan la forma de su gobierno y nombren, mediante el sufragio universal, a los representantes que tendrán como misión hacer las leyes. Realizada esta reforma, los impuestos que despojan al pobre en beneficio del rico se suprimirán rápidamente y serán reemplazados por otros establecidos sobre las bases opuestas. En lugar de tomar de los proletarios trabajadores para dárselo a los ricos, el impuesto deberá apoderarse de lo superfluo en poder de los ociosos para repartirlo entre esta masa de hombres indigentes a quienes la

falta de dinero condena a la inactividad; cargar a los consumidores improductivos para fecundar las fuentes de la producción; facilitar cada vez más la supresión del crédito público, esta plaga purulenta del país; finalmente, sustituir el funesto mercado de la Bolsa por un sistema de bancos nacionales en que los hombres activos encuentren elementos de fortuna. Entonces y sólo entonces los impuestos supondrán un beneficio.

[*Défense du citoyen Louis-Auguste Blanqui devant la Cour d'Assises*, 1832.]

LA BANDERA ROJA

Ya no estamos en el año 93. ¡Estamos en 1848!

La bandera tricolor ya no es la bandera de la República; es la de Luis Felipe y la monarquía.

Es la misma bandera tricolor que presidía las matanzas de la calle Transnonain, del barrio de Vaise, de Saint-Étienne. Veinte veces se ha bañado en la sangre de los obreros.

El pueblo ha enarbolado los colores rojos sobre las barricadas del 48, como los había enarbolado sobre las de junio de 1832, abril de 1834 o mayo de 1839. Han recibido la doble consagración de la derrota y de la victoria. En adelante son sus colores.

Todavía ayer flotaban gloriosamente al frente de nuestros edificios.

Hoy la reacción los arroja ignominiosamente en el barro y se atreve a injuriarlos con sus calumnias.

Se dice que es una bandera de sangre. Sólo es roja por la sangre de los mártires que la han convertido en el estandarte de la República.

Su caída es un ultraje para el pueblo, una profanación de sus muertos. La bandera de la guardia municipal dará sombra a sus tumbas.

La reacción se desencadena. Se nota por sus violencias. Los hombres de la facción realista recorren las calles, con el insulto y la amenaza en la boca, y arrancan los colores rojos de la solapa de los ciudadanos.

Obreros, ¡es vuestra bandera la que cae! ¡Escuchad bien! La República no tardará en seguirla.

[Febrero, 1848.]

QUI FAIT LA SOUPE DOIT LA MANGER

Algunos individuos se apoderaron por la astucia o por la violencia de la tierra común y, declarándose poseedores de ella, establecieron mediante leyes que por siempre sería su propiedad y que este derecho de propiedad se convertiría en la base de la constitución social, es decir, que aventajaría y, en caso necesario, podría absorber a todos los derechos humanos, incluso el de vivir, si tuviera éste la desgracia de hallarse en conflicto con el privilegio del pequeño número.

Este derecho de propiedad se ha extendido, por deducción lógica, desde el suelo a los demás instrumentos, productos acumulados del trabajo, designados con el nombre genérico de capitales. Ahora bien, como los capitales, estériles por sí mismos, solo fructifican por la mano de obra, y como, por otro lado, constituyen necesariamente la materia prima labrada por las fuerzas sociales, la mayoría, excluida de su posesión, se encuentra condenada a los trabajos forzados, en beneficio de la minoría poseedora. Ni los instrumentos ni los frutos

del trabajo pertenecen a los trabajadores, sino a los ociosos. Las ramas glotonas absorben la savia del árbol en detrimento de los ramos fértiles. Los abejorros devoran la miel creada por las abejas.

Tal es nuestro orden social, fundado por la conquista, que ha dividido a los pueblos en vencedores y vencidos. La consecuencia lógica de una organización tal es la esclavitud. Ésta no se ha hecho esperar. En efecto, no teniendo el suelo más valor que el que le da el cultivo, los privilegiados han deducido del derecho de poseer el suelo el de poseer también el rebaño humano que lo fecunda. Lo han considerado, primero, como el complemento de su señorío, después, en último análisis, como una propiedad personal, independiente del suelo.

Sin embargo, el principio de igualdad, grabado en el fondo de los corazones, y que conspira, a través de los siglos, para destruir, en todas sus formas, la explotación del hombre por el hombre, asentó el primer golpe al derecho sacrílego de propiedad al destrozar la esclavitud doméstica. Tuvo que reducirse el privilegio a poseer los hombres, no ya a título de mueble, sino de inmueble anexo e inseparable del inmueble territorial.

En el siglo XVI un recrudecimiento cruel de la opresión establece la esclavitud de los negros y todavía hoy los habitantes de una tierra considerada como francesa poseen hombres con el mismo título que poseen trajes y caballos. Existe, por lo demás, menos diferencia de la que parece a primera vista entre el estado social de las colonias y el nuestro. Sólo ocurre que, después de dieciocho siglos de guerra entre el privilegio y la igualdad, el país teatro y principal campeón de esta lucha no podría soportar la esclavitud con toda su brutalidad al desnudo. Pero el hecho existe aunque no el nombre, y el derecho de propiedad por ser más hipócrita en París que en la Martinica no es ni menos terrible ni menos opresor.

La servidumbre, en efecto, no consiste solamente en ser la cosa del hombre o el siervo de la gleba. No es libre quien, privado de los instrumentos de trabajo, queda a la merced de los privilegiados que son sus detentadores. Es este acaparamiento, y no tal o cual constitución política, el que rinde siervas a las masas. La transmisión hereditaria del suelo y de los capitales pone a los ciudadanos bajo el yugo de los propietarios. No gozan de otra libertad que la de elegir a su dueño.

Sí, el derecho de propiedad declina. Los espíritus generosos profetizan y reclaman su caída. El principio esenio de la igualdad le mina lentamente desde hace dieciocho siglos por la abolición sucesiva de las servidumbres que formaban las bases de su poderío. Desaparecerá algún día con los últimos privilegiados que le sirven de refugio y de reducto. El presente y el pasado nos garantizan tal desarrollo.

Porque la humanidad jamás es estacionaria. Avanza o recula. Su marcha progresiva la conduce a la igualdad. Su marcha retrógrada retrocede, por todos los grados del privilegio, hasta la esclavitud personal, última palabra del derecho de propiedad. Antes de volver ahí, la civilización europea perecería. Pero ¿mediante qué cataclismo? ¿Una invasión rusa? Por el contrario, el Norte mismo será invadido por el principio de igualdad que los franceses ponen en la conquista de las naciones. El porvenir no es dudoso.

Digamos enseguida que la igualdad no es el reparto agrario. La división infinita del suelo no cambiaría nada fundamental en el derecho de propiedad. La riqueza que proviene de la posesión de los instrumentos de trabajo, antes que el trabajo mismo, subsistiendo el genio de la explotación, sabría muy pronto, mediante la reconstrucción de las grandes fortunas, restaurar la desigualdad social.

La asociación que sustituirá a la propiedad individual fundará el reino de la justicia por la igualdad. Por eso, este ardor creciente de los hombres con sentido del porvenir para analizar y aclarar los elementos de la asociación. Es posible que también nosotros pongamos nuestro grano de arena en la obra común.

[1834.]

CARTA A UN AMIGO

No me he apresurado a responderle, querido ciudadano, por el temor de herir sus opiniones que no coinciden siempre con las mías, al menos en apariencia, pero usted insiste e, incluso, parece atribuir mi silencio a motivos de disgusto personal. No quiero que su imaginación se desboque y, puesto que usted insiste, le diré mi opinión. Nos encontramos de acuerdo sobre el punto capital, quiero decir, los medios prácticos, los cuales, en definitiva, constituyen toda la Revolución. Pero los medios prácticos se deducen de principios y dependen también de la apreciación de los hombres y de las cosas. En esto, diferimos. Usted acusa del fracaso de febrero a los jefes de escuela, los miedosos, los filósofos, los abogados, las divisiones de partido.

De todas estas causas, sólo admito una, los abogados, no en cuanto abogados, sino como fracción bastante importante de esa turba de intrigantes que han devorado a la República y, no pudiendo digerirla, no han tardado en revolverla por arriba y por abajo. Convénzase de que los renegados no pretendían cambiar ni destruir nada; al contrario, sólo tenían un objetivo, un deseo,

conservar, conservar ~~los puestos~~. Usted los cree más tontos de lo que en realidad son. Es un error general. Se acusa antes a su inteligencia que a sus intenciones, y, de ese modo, se les allana el camino para un nuevo pase de prestidigitación. ¿Puede creerse que gentes habituadas a todas las astucias de la política se equivoquen tan burdamente sobre el abecé de su oficio? Si no han hecho la revolución es que no querían hacerla. Se ha considerado su traición como ineptitud, he ahí todo. Tenían al fin la sartén por el mango; han querido freír, era su turno. Su tontería ha consistido en imaginar que freirían mucho tiempo. Pero se trata de la incurable enfermedad de los poderosos. Todos se creen inmortales.

Tache de la lista de culpables a los miedosos, nadie ha tenido miedo en febrero, como no sea de perder su parte en el botín. En cuanto a los filósofos, son completamente inocentes de nuestros desastres, y, por otra parte, hoy más que nunca, hace falta ser filósofo. Las acusaciones dirigidas contra los jefes de escuela son una de las perfidias de la facción de los intrigantes. ¿Quiénes son los jefes de escuela? Los autores, o, al menos, los defensores principales de las diversas teorías sociales que se proponen reconstruir el mundo sobre la base de la justicia y de la igualdad. El socialismo es la creencia en el orden nuevo que debe salir del crisol de estas doctrinas. Sin duda que sobre muchos puntos difieren, pero persiguen el mismo objetivo, tienen las mismas aspiraciones; están de acuerdo sobre las cuestiones esenciales y de sus esfuerzos ha surgido ya una resultante que, sin estar todavía bien definida, se ha apoderado, sin embargo, del espíritu de las masas que han hecho de ella su fe, su esperanza, su estandarte. El socialismo es la chispa eléctrica que recorre y sacude las poblaciones. Sólo se agitan e inflaman al soplo candente de estas doctrinas, espanto hoy día de los intrigantes y espero

que pronto tumba del egoísmo. Los jefes de escuela tan malditos son en definitiva los primeros revolucionarios, como propagadores que son de estas poderosas ideas que tienen el privilegio de apasionar al pueblo y lanzarlo en medio de la tempestad. No lo dude, el socialismo es la revolución. La revolución sólo está en él. Suprima el socialismo, y la llama popular se apagará y el silencio y las tinieblas se cernerán sobre Europa.

Usted deplora la división de la democracia. Si por tal entiende los odios personales, los celos, las rivalidades ambiciosas, me uno a usted para fustigarla, puesto que constituye una de las calamidades de nuestra causa; pero note que no se trata de una plaga especial del partido, nuestros adversarios de todos los colores la sufren tanto como nosotros. Si estalla más ruidosamente en nuestras filas se debe al carácter más expansivo, a las costumbres más abiertas del mundo democrático. Estas luchas individuales son, por lo demás, resultado de la enfermedad humana; es necesario resignarse y tomar a los hombres como son. Rebelarse contra un defecto de la naturaleza es pueril, si no idiota. Los espíritus firmes saben navegar a través de esos obstáculos que a nadie es dado suprimir, pero que todos pueden evitar o salvar. Sepamos, pues, plegarnos a la necesidad y sin dejar de deplorar el mal no permitamos que nuestro paso se acorte. Repito que el hombre verdaderamente político no tiene en cuenta esas trabas y sigue derecho hacia adelante sin inquietarse demasiado por los guijarros que siembran la ruta. Por lo que respecta a las recriminaciones cruzadas entre las diversas escuelas, de las que usted me habla aunque sin concederles demasiada importancia, me parecen tan miserables como burlescas. Proudhonianos y comunistas resultan igualmente ridículos en sus recíprocas diatribas y no comprenden la utilidad inmensa de la diversidad

en las doctrinas. Cada matiz, cada escuela, tiene su misión a cumplir, su parte a jugar en el gran drama revolucionario y si esta multiplicidad de sistemas le pareciera funesta, desconocería la más irrecusable de las verdades: «Sólo de la discusión sale la luz.» Estos debates teóricos, este antagonismo de escuelas representan la mayor fuerza del partido republicano y es lo que constituye su superioridad sobre los demás partidos, heridos de inmovilismo y petrificados en su viejo molde inmutable. Nosotros somos un partido vivo; tenemos el movimiento, la juventud, la vida. Los otros no son sino cadáveres. ¿Se queja usted de ser de carne y hueso en vez de ser una estatua de piedra acostada sobre una tumba antigua?

Hablemos de las profesiones de fe: Usted se dice *republicano revolucionario.* Póngase en guardia contra palabras que pueden burlarle. Es precisamente ese título de *republicano revolucionario* el que simulan adoptar los hombres que no son ni *revolucionarios*, ni puede que *republicanos,* los hombres que han traicionado y perdido a la Revolución y a la República. Lo adoptan en oposición a socialista, al que excomulgan y con el que no dudaron en disfrazarse, sin embargo, cuando el viento popular soplaba de ese lado y parecía que el socialismo estaba en vísperas de triunfar. Después han renegado de él, renegado e insultado, cuando nuestras derrotas han abatido su bandera. Recuerdo la época en que Ledru-Rollin pretendía ser más socialista que Proudhon o Cabet[2], y se presentaba como un Don Quijote del socialismo. Hace tiempo de eso. Mientras tanto, hemos perdido una serie de batallas que han arrojado

---

[2] Étienne Cabet, comunista utópico francés (1788-1856), autor del famoso *Voyage en Icarie,* que gozó de gran popularidad en su tiempo.

de los primeros planos de la escena a las doctrinas avanzadas. Hoy, Ledru-Rollin y sus amigos anatematizan al socialismo y le imputan todas nuestras desgracias. Es una mentira y una cobardía.

Usted dice: no soy ni *burgués* ni *proletario, soy demócrata.* Atención con las palabras imprecisas, son el arma favorita de los intrigantes. Yo sé bien lo que usted es, lo veo claramente por algunos pasajes de su carta. Pero usted pone a sus opiniones una etiqueta falsa, una etiqueta tomada de la fraseología de los escamoteadores, lo cual no impide concluir sin lugar a dudas que usted y yo tenemos las mismas ideas, los mismos puntos de vista, en nada de acuerdo con los de los intrigantes. Ellos son quienes han inventado este bello aforismo: ni *proletario* ni *burgués,* sino *demócrata.* ¿Qué es un demócrata? Es una palabra vaga, banal, sin significación precisa, una palabra de goma. ¿Qué opinión no lograría albergarse bajo esta enseña? Todo el mundo se pretende *demócrata,* sobre todo los aristócratas. ¿No sabe usted que el señor Guizot[3] es demócrata? Los taimados se complacen en esa imprecisión que tan bien les viene; tienen horror de los puntos sobre las íes. He ahí por qué proscriben los términos de *proletarios y burgueses.* Éstos tienen un sentido claro y neto, expresan categóricamente las cosas. Es lo que les disgusta. Se los rechaza como provocadores de la guerra civil. ¿No basta esta razón para abrir los ojos? ¿Qué debemos hacer después de tanto tiempo, sino la guerra civil? ¿Contra quién? ¡Ah!, he aquí precisamente

---

[3] Famoso estadista francés, jefe del gobierno de la Monarquía de Julio desde 1840 hasta 1848. Caracterizado representante de la ideología burguesa, se mostró siempre intolerante frente a todo movimiento de reforma.

la cuestión que se pretende embrollar mediante la oscuridad de las palabras; porque se trata de impedir que las dos banderas enemigas se sitúen claramente, frente a frente, con el fin de robar, tras el combate, los beneficios de la victoria a la bandera victoriosa y permitir que los vencidos se encuentren sin esfuerzo entre los vencedores. No se quiere que los dos bandos adversos se llamen por sus verdaderos nombres: *Proletariado, Burguesía.* Sin embargo, no tienen otros.

¿No es cierto que existe en la nación una cierta clase, no tan bien definida si se quiere como la nobleza o el clero, pero no obstante muy precisa y conocida perfectamente por todo el mundo con este nombre: clase burguesa? Abarca la mayor parte de los individuos que poseen una cierta suma de fortuna y de instrucción: financieros, negociantes, propietarios, abogados, médicos, hombres de toga, funcionarios, rentistas, gentes todas que viven de sus rentas o de la explotación de los trabajadores. Súmese aún un número considerable de labradores que cuentan con fortuna, pero no con educación, y se llegará a una cifra máxima de quizá cuatro millones de individuos. Quedan treinta y dos millones de proletarios, sin propiedad, o al menos sin propiedades de importancia, y que viven sólo del escaso producto de sus brazos. Es entre estas dos clases entre las que se libra la guerra encarnizada cuyos azares le han arrojado a usted a España y a mi a Belle-Île. ¿Bajo qué bandera combatimos, dígame, si no es bajo la bandera del proletariado? Sin embargo, por mi familia, por mi educación, soy un burgués, y usted quizá también. Gracias al cielo, hay muchos burgueses en el campo proletario. Incluso son ellos quienes constituyen su fuerza principal, o cuando menos la más persistente. Le aportan un contingente de ilustración que por desgracia el pueblo no puede todavía suministrar. Burgueses

son quienes primero alzaron la bandera del proletariado, quienes han formulado las doctrinas igualitarias, quienes las propagan, quienes las sostienen, quienes las levantan después de su caída. Burgueses son por todas partes quienes conducen al pueblo en sus batallas contra la burguesía. Es esto lo que ha permitido a los taimados acreditar su astuto axioma: ni *burgués* ni *proletario,* sino *demócrata.* ¿Es que acaso, del hecho que numerosos burgueses combaten en el campo proletario y que muchos más proletarios todavía combaten a sueldo de los burgueses, puede deducirse que la lucha no es entre la masa burguesa, de un lado, y la masa proletaria, de otro, es decir, entre la Renta y el Salario, entre el Capital y el Trabajo? Muchos nobles y clérigos tomaron partido por la primera revolución; ¿puede, por ello, concluirse que la revolución no estaba dirigida contra el clero y la nobleza? ¿Quién osaría sostener tal absurdo? La desgracia de nuestro partido consiste en que la alianza de la mayor parte de los burgueses con los trabajadores no es sincera. La ambición y la avidez los empujan al campo de los proletarios sublevados contra la opresión. Se ponen a su cabeza, los conducen al asalto del gobierno, se apoderan de éste, se instalan en él, en él se atrincheran y, desde ese momento, transformados en conservadores, se vuelven contra este pobre pueblo que pierde su aliento viendo cómo sus generales de la víspera se han transformado en sus fustigadores de hoy.

Esta mistificación, siempre renovada con el mismo éxito, data de 1789. La clase media lanza al pueblo contra la nobleza y el clero, los tira por tierra y se pone en su puesto. Todo le ha parecido legítimo para apoderarse de la herencia de las castas destronadas; todo le pareció legítimo después para conservarla y mantener su nuevo yugo sobre los hombros del proletariado que

se resiste. Apenas había sido abatido el antiguo régimen mediante el esfuerzo común cuando la lucha comenzó entre los dos aliados vencedores, la Burguesía y el Proletariado. Ha vuelto hoy a la misma situación del 89. Leer la historia de la primera revolución es leer la historia de hoy en día. Completa similitud; las mismas palabras, el mismo terreno, los mismos adjetivos, las mismas peripecias, parece un calco exacto. La sola diferencia es que la burguesía ha sabido aprovechar mejor la experiencia que el proletariado. Usted encontrará hoy los hombres de antaño, esos pretendidos amigos del pueblo, a quienes lo único que les importa es ocupar el puesto de los explotadores vencidos. Nuestros supuestos «montañeses»[4], con Ledru-Rollin a la cabeza, son girondinos, copia fiel de sus antepasados. Es cierto que han adoptado la divisa y la bandera de la antigua Montaña y que sólo juran en nombre de Robespierre y los jacobinos. No tienen más remedio, pues ¿cómo engañar si no? Enarbolar la bandera popular es una astucia habitual de los intrigantes. Las masas son confiadas y crédulas, se dejan arrastrar por las palabras retumbantes y los grandes gestos. Se trata hoy de sujetarlas y engañarlas al mismo tiempo mediante banalidades hinchadas tales como: *¡Republicanos!, ¡Revolucionarios!, ¡Demócratas!* Pero se rechazan con premura los términos precisos que zanjan y explican la situación: *¡Burgueses!, ¡Proletarios!* No se deje arrastrar. Permanezca en su trinchera y préndase su escarapela. Usted es proletario, porque quiere la igualdad real entre los ciudadanos, el derrumbamiento de todas

---

[4] Durante la Convención se conoció con el nombre de *montagnards* al grupo más exaltado de la Asamblea que ocupaba los bancos superiores de ésta.

las castas y todas las tiranías. ¿Qué debe ser la Revolución? La destrucción del orden actual, fundado sobre la desigualdad y la explotación, la ruina de los opresores, la liberación del pueblo del yugo de los ricos. Pues bien, los supuestos republicanos revolucionarios o demócratas no quieren nada de esto. Lo han probado en febrero. No crea que entonces no *supieron* derribar, no *quisieron,* como tampoco lo quieren ahora, se burlan de nosotros, son egoístas dispuestos a abalanzarse sobre un nuevo botín y a seguir gritando: ¡quítate de ahí para que me ponga yo! ¡Imbéciles! Perderían por última vez y para siempre la revolución. Porque, vea usted, cada fracaso entraña una reacción más terrible.

[1852.]

MANIFIESTO

¿Qué roca amenaza a la inminente revolución? La misma contra la que se ha estrellado la anterior: la deplorable popularidad de Los burgueses disfrazados de tribunos del pueblo.

Los Ledru-Rollin, los Louis Blanc, los Lamartine, los Crémieux, los Elocon, los Marie, los Garnier-Pages, los Albert Dupont, los Arago, los Marrast.

¡Triste lista![5] ¡Nombres todos que están estampados con letras de sangre sobre el pavimento de las calles de la Europa democrática!

---

[5] Son los nombres de los republicano-demócratas que constituyeron el gobierno revolucionario del 48.

El gobierno provisional ha estrangulado la revolución. Sobre su cabeza cae, íntegra, la responsabilidad de todos los actos funestos, de la sangre de tantos miles de víctimas.

Cuando la reacción ahoga a la democracia no hace más que cumplir con su oficio. Los criminales son los traidores que entregan maniatado al pueblo confiado al caudillaje de la reacción.

¡Miserable gobierno! Pese a todas las advertencias, pese a todas las súplicas, implanta el impuesto de los 45 céntimos, que alza contra él a las masas campesinas presas de desesperación... ¡Traidores!

Mantiene en vigor el alto mando militar de la monarquía, los tribunales monárquicos, las leyes monárquicas... ¡Traidores!

El 6 de abril arrolla a los obreros de París, el 26 lleva a la cárcel a los de Limoges, el 27 ametralla a los de Ruán. Lanza contra ellos a los verdugos, acosa, instiga, calumnia a los verdaderos republicanos. ¡Traidores! ¡Traidores!

Ellos, y sólo ellos, son los responsables de toda esta catástrofe que ha determinado la caída de la República.

Grandes fueron sus crímenes. Pero los más criminales de todos los criminales son aquellos en quienes el pueblo, fascinado a fuerza de frases, cree ver su escudo y su espada y a quienes aclama, entusiasmado, por dueños y señores de sus destinos.

¡Ay de nosotros si el día de nuestro próximo triunfo la magnanimidad olvidadiza de las masas vuelve a encumbrar en el Poder a esas gentes que no han hecho más que abusar del mandato que les otorgara la revolución! Otra vez la revolución volvería a estrellarse.

Que los obreros no pierdan jamás de vista esta lista de nombres malditos. Y si alguno de ellos, uno

solo, vuelve a alzar cabeza con un gobierno nacido de la sublevación, todos deben gritar unánimemente: ¡Traición!

Los discursos, las promesas, los programas, volverían a ser engaño y mentira. Los mismos charlatanes volverían a lucir las mismas trampas habilidosas. Serían otra vez el primer eslabón de una nueva cadena de hechos brutalmente revolucionarios. ¡Que la maldición y la venganza caigan sobre sus cabezas si algún día osan volver a levantarlas! ¡Y caiga también la vergüenza y el desprecio sobre la muchedumbre flaca de memoria que vuelva a prestarles oídos!

No basta arrojar de la Casa de la Villa a los charlatanes de febrero, es menester precaverse contra los nuevos traidores.

Será un traidor todo gobernante, que elevado sobre el pavés por el proletariado, no proceda inmediatamente a implantar las siguientes medidas:

1. Desarme de las guardias cívicas.
2. Armamento y organización de milicias nacionales, formadas por toda clase de obreros.

Claro está que no es ésta la única medida que ha de adoptarse, pero sí la primera, garantía de todas las demás y única salvaguardia para el pueblo.

Ni un solo fusil debe quedar en manos de los burgueses; de otro modo no habrá salvación.

Las doctrinas que hoy se debaten por conquistarse el favor del pueblo sólo podrán realizar la mejora de su bienestar, que se proponen y prometen, si no dejan que se pierda lo conquistado por un fantasma.

Estas doctrinas darán ruidosamente en quiebra y el pueblo, llevado de su exagerada predilección por las teorías, se verá seducido a olvidar el único factor práctico del triunfo: la fuerza.

Armamento y organización: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión.

Quien tiene hierro, tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo.

Ante proletarios apoyados en sus fusiles se evaporan y reducen a la nada todas las dificultades, todas las imposibilidades, todas las resistencias.

Pero si los proletarios no saben más que divertirse en manifestaciones callejeras, plantando «árboles de la libertad», escuchando discursos de abogados, ya se sabe la suerte que les espera: primero, agua bendita; luego, insultos, y, por último, un plato de judías verdes. Y siempre la miseria.

¡Que el pueblo elija!

[1851.]

DIOS Y EL CAPITAL

El infanticidio tiene dos causas: el Capital, que produce pobres e impide que las muchachas encuentren maridos; el cristianismo que deshonra sin piedad la maternidad fuera del matrimonio.

Las muchachas ricas sólo tienen que elegir entre sus pretendientes. Las pobres quedan aparte. Todas tienen un corazón. Pero, para unas, la maternidad es una gloria; para las otras, un oprobio. El orden actual lo quiere así.

Dios y el Capital se asocian para exterminar a la madre soltera. El Capital le quita el pan. Dios, el

honor. El hijo muere a sus manos; la madre se vuelve loca de desesperación. ¡Cuántos millones de víctimas como éstas!

¿Qué les ocurre a los dos asesinos? ¿Dónde se encuentran? El uno sobre el trono, el otro sobre el altar.

[*La Critique sociale*, 1867.]

PIERRE-JOSEPH PROUDHON
[1809-1865]

> Quien dice revolución dice, necesariamente, *progreso* y, por consecuencia, dice *conservación*. De donde concluimos que la revolución está haciéndose permanentemente y que, hablando con propiedad, no ha habido varias revoluciones; no hay más que una sola y única revolución permanente.
>
> PROUDHON

*La obra de Proudhon, copiosa y apasionada, es una constante paradoja, a cuyas contradicciones no puede escapar el juicio que de ella se haga el lector. Así, Marx, que saludó el primer escrito de Proudhon (*Qu'est-ce que la propriété*) como «el primer examen de carácter decisivo, implacable y científico a* que se había *sometido a la propiedad», muestra, años después, el más incisivo desprecio por su autor Este espíritu contradictorio que anima su obra, hace de Proudhon una figura difícilmente clasificable. Idealista en filosofía, no faltan en él los textos que son una anticipación del materialismo histórico; individualista a ultranza,*

cuando se trata de defender la libertad contra la masificación que procede del centralismo, es portavoz de una mística del grupo cuando éste es vivificado por la espontaneidad de las fuerzas naturales; crítico disolvente de la propiedad, su ideal es el de una sociedad de individuos en la que cada uno cuente con un patrimonio intangible; la historia es para él un continuado proceso revolucionario, al tiempo que se opone a la huelga como instrumento de lucha; combate a los socialistas de todas las tendencias, pero su pensamiento ejerce una poderosa influencia sobre el movimiento obrero internacional del siglo pasado; debelador, finalmente, de las categorías absolutas con las que los filósofos pretenden explicar la historia, la interpretación proudhoniana de la sociedad descansa sobre unas cuantas categorías abstractas: hombre, justicia, libertad, igualdad...

La línea de su propia vida es también quebrada, a veces ambigua. Nacido en el Franco Condado (Besançon), de familia artesana, alterna el trabajo físico con una formación intelectual desordenada pero ambiciosa. Desprecia la política, pero se hace elegir para la Asamblea Nacional del 48. Allí pronuncia un célebre discurso en el que denuncia la oposición de clases un mes después de producirse la sangrienta represión de junio, sin que su voz se alzase en defensa de sus hermanos proletarios. Es perseguido por la burguesía (por la que en el fondo sentía él una gran debilidad) a causa de sus publicaciones, pero una de éstas (La revolución social demostrada por el golpe de Estado *) es una invitación a Luis Napoleón...*

Sin embargo, la idea central del sistema proudhoniano es simple: La vida histórica y social se resuelve en una serie de contradicciones sin fin, cuyo orden «natural» puede ser hallado por el hombre. La reforma

social no puede consistir en la destrucción de aquéllas por la fosilización de las estructuras sociales, llevada a cabo por el Estado o por cualquier otra autoridad, ni tampoco, por supuesto, en la superación de las contradicciones en una síntesis superior, en nombre de una pretendida ley dialéctica, sino en la organización de las fuerzas sociales en un equilibrio armónico cuya estabilidad debe estar alimentada por las propias contradicciones.

Se trata, pues, de organizar el orden sobre el principio de un sistema de obligaciones mutuamente consentidas emanado espontáneamente de la vida social. Ello significará, en el plano económico, el «mutualismo», un sistema basado sobre la contratación libre y alimentado por el crédito gratuito (Bancos del Pueblo) que asegure el intercambio equitativo de los productos. En política, la solución, para Proudhon, estará representada por el «federalismo» (descentralización del poder, división de poderes, etc.); es decir, por un conjunto de asociaciones voluntarias, cuyo núcleo primario es la familia, y del que está ausente todo principio de autoridad. Su lema sería: «Todos asociados y todos libres».

LA PROPIEDAD ES EL ROBO

Si tuviese que contestar a la siguiente pregunta: *¿Qué es la esclavitud?* y respondiera con una sola palabra: el asesinato, mi pensamiento sería comprendido de inmediato; no necesitaría de grandes razonamientos para demostrar que el derecho de quitar al hombre el pensamiento, la voluntad, la personalidad, es un derecho de vida y muerte, y que hacer esclavo a un hombre es asesinarlo. ¿Por qué razón, pues, no puedo contestar a la pregunta *qué es la propiedad,* diciendo de modo análogo: *La propiedad es el robo,* sin tener la certeza de ser comprendido, a pesar de que esta segunda afirmación no es más que una simple transformación de la primera?

Me decido a discutir el principio mismo de nuestro gobierno y de nuestras instituciones, la propiedad; estoy en mi derecho. Puedo equivocarme en la conclusión que resulte de mis investigaciones; estoy en mi derecho. Me place expresar desde el principio el último pensamiento de mi libro; estoy también en mi derecho.

Tal autor enseña que la propiedad es un derecho civil, nacido de la ocupación y sancionado por la ley; tal otro sostiene que es un derecho natural, que tiene por fuente el trabajo; y estas doctrinas, por opuestas que parezcan,

son aceptadas y aplaudidas. Yo creo que ni el trabajo, ni la ocupación, ni la ley, pueden crear la propiedad, ya que ésta es un efecto sin causa. ¿Se me puede censurar por ello? ¡Cuántos murmullos se levantan!

¡La propiedad es el robo! ¡He ahí el toque a rebato del 93! El zafarrancho de las revoluciones!...

Tranquilízate, lector; no soy un elemento de discordia, un instigador de sediciones. Me anticipé en algunos días a la historia; expongo una verdad cuya expresión tratamos en vano de detener, escribo el preámbulo de nuestra Constitución futura. Esta definición que te parece blasfema, *la propiedad es el robo,* bastaría para conjurar el rayo si nuestras preocupaciones nos permitiesen oírla. Pero ¡cuántos intereses y prejuicios no se oponen a ello!... La filosofía no cambiará desgraciadamente el curso de los acontecimientos: el destino se cumplirá con independencia de la profecía. Por otra parte, ¿no hemos de procurar que la justicia se realice y que nuestra educación se perfeccione?

[*Qu'est-ce que la propriété,* 1840.]

LA PROPIEDAD ES IMPOSIBLE

¿Es justa la propiedad? Todo el mundo responde sin vacilación: «Sí, la propiedad es justa». Digo todo el mundo, porque hasta ahora creo que nadie ha respondido con pleno conocimiento: «No». Bien es verdad que no era fácil dar una respuesta bien fundada; sólo el tiempo y la experiencia podían traer una solución exacta. En la actualidad esta solución existe: falta que nosotros la comprendamos. Yo voy a intentar demostrarla.

He aquí de qué manera voy a proceder a esta demostración:

I. No disputo, no refuto a nadie, no replico nada; acepto como buenas todas las razones alegadas en favor de la propiedad, y me limito a investigar su principio, a fin de comprobar seguidamente si ese principio está fielmente expresado por la propiedad. Defendiéndose como justa la propiedad, la idea, o por lo menos el propósito, de justicia debe hallarse en el fondo de todos los argumentos alegados en su favor; como por otra parte la propiedad sólo se ejercita sobre cosas materialmente apreciables, la justicia debe aparecer bajo una fórmula algebraica. Por este método de examen llegaremos bien pronto a reconocer que todos los razonamientos imaginados en defensa de la propiedad, *cualesquiera que sean,* concluyen siempre necesariamente en la igualdad, es decir, en la negación de la propiedad. Esta primera parte comprende dos capítulos: el primero referente a la *ocupación,* fundamento de nuestro derecho; el otro relativo al *trabajo y* al *talento* como causas de propiedad y de desigualdad social. La conclusión de los dos capítulos será, de un lado, que el derecho de ocupación *impide* la propiedad y, de otro, que el derecho del trabajo la *destruye.*

II. Concebida, pues, la propiedad necesariamente bajo la razón categórica de igualdad, he de investigar por qué, a pesar de la lógica, la igualdad no existe. Esta nueva labor comprende también dos capítulos: en el primero, considerando el hecho de la propiedad en sí mismo, investigaré si ese hecho es real, si existe, si es posible; porque implicaría contradicción que dos fórmulas sociales contrarias, la igualdad y la desigualdad, fuesen posibles simultáneamente. Entonces comprobaré el fenómeno singular de que la propiedad

puede manifestarse como accidente, pero que como institución y principio es matemáticamente imposible. De suerte que el axioma *ab actu ad posse valet consecutio,* «del hecho a la posibilidad la consecuencia es buena», se encuentra desmentido en lo que a la propiedad se refiere.

Finalmente, en el último capítulo, llamando en nuestra ayuda a la psicología y penetrando a fondo en la naturaleza del hombre, expondré el principio de lo *justo,* su fórmula, su carácter; determinaré la ley orgánica de la sociedad; explicaré el origen de la propiedad, las causas de su establecimiento, de su larga duración y de su próxima desaparición; estableceré definitivamente su identidad con el robo; y, después de haber demostrado que estos tres prejuicios, *soberanía del hombre, desigualdad de condiciones, propiedad,* no son más que uno solo, que se pueden tomar uno por otro y son recíprocamente convertibles, no habrá necesidad de esfuerzo alguno para deducir, por el principio de contradicción, la base de la autoridad y del derecho. Terminará ahí mi trabajo, que proseguiré en sucesivas publicaciones.

[*Qu'est-ce que la propriété,* 1840.]

EL TRABAJO IMPIDE LA PROPIEDAD

El hombre aislado no puede atender más que a una pequeña parte de sus necesidades. Todo su poder reside en la sociedad y en la combinación inteligente del esfuerzo de cada uno. La división y la simultaneidad del trabajo multiplican la cantidad y la variedad de los productos. La especialización de las funciones beneficia la calidad de las cosas consumibles.

No hay un solo hombre que no viva del producto de infinidad de industrias diferentes; no hay trabajador que no reciba de la sociedad entera su consumo, y con él los medios de reproducirse. ¿Quién se atrevería a decir: Produzco yo solo lo que consumo, no tengo necesidad de nadie? El agricultor, a quien los antiguos economistas consideraban como el único productor verdadero, el agricultor, alojado, amueblado, vestido, alimentado, auxiliado por el albañil, el carpintero, el sastre, el molinero, el panadero, el carnicero, el herrero, etc., el agricultor, repito, ¿puede jactarse de producir él solo?

El consumo de cada uno está facilitado por todos los demás; la misma razón determina que la producción de cada uno suponga la producción de todos. Un producto no puede darse sin otro producto; una industria independiente es cosa imposible. ¿Cuál sería la cosecha del labrador si otros no fabricasen para él graneros, carros, arados, trajes, etc.? ¿Qué haría el sabio sin el librero, el impresor sin el fundidor y el mecánico, y todos ellos a su vez sin una infinidad de otros industriales? No prolongamos esta enumeración, de fácil comprensión, para que no se nos acuse de caer en el lugar común. Todas las industrias constituyen por sus mutuas relaciones un solo conjunto, todas las producciones se sirven recíprocamente de fin y de medio; todas las variedades del talento no son sino una serie de metamorfosis del inferior al superior.

Ahora bien, el hecho incontestable e incontestado de la participación general en cada especie de producto, da por resultado convertir en comunes todas las producciones particulares, de tal manera, que cada producto, al salir de las manos de su productor, se encuentra como hipotecado en favor de la sociedad. El productor mismo no tiene derecho a su producto más que en una fracción, cuyo denominador es igual al número de indi-

viduos de que la sociedad se compone. Cierto es que, en compensación, ese mismo productor tiene derecho sobre todos los productos diferentes al suyo, de modo que la acción hipotecaria le corresponde contra todos, de la misma manera que corresponde a todos contra el suyo. Pero ¿no se observa cómo esta reciprocidad de hipotecas lejos de permitir la propiedad destruye hasta la posesión? El trabajador no es ni siquiera poseedor de su producto; apenas lo ha terminado, la sociedad lo reclama. Pero se me dirá: cuando esto ocurra, y aunque el producto no pertenezca al productor, como la sociedad ha de dar a cada trabajador un equivalente, salario, recompensa o utilidad, se convertirá en propiedad particular. ¿Y negaréis entonces que esta propiedad sea legítima? Y si el trabajador, en vez de consumir enteramente su salario, hace economías, ¿quién se atreverá a disputárselas?

El trabajador no es propietario ni aun del precio de su trabajo, sobre el cual no goza de la libre disposición. No nos dejemos ofuscar por la idea de una falsa justicia. Lo que se concede al trabajador a cambio de su producto, no es la recompensa de un trabajo hecho, sino el anticipo de un trabajo futuro. El consumo es anterior a la producción. El trabajador, al fin del día, puede decir: «He pagado mi gasto de ayer; mañana pagaré mi gasto de hoy.» En cada momento de su vida, el individuo se sobregira su cuenta corriente y muere sin haberla podido saldar. ¿Cómo podrá acumular riquezas?

Se habla de economías a estilo propietario. Bajo un régimen de igualdad, todo ahorro que no tenga por objeto una reproducción o un disfrute ulterior, es imposible. ¿Por qué? Porque, no pudiendo ser capitalizado, carece de objeto desde ese momento y no tiene causa final. Esto se comprenderá mejor en el capítulo siguiente.

Concluyamos. El trabajador es, como la sociedad, un deudor que muere necesariamente insolvente. El

propietario es un depositario infiel que niega el depósito confiado a su custodia y quiere cobrar los días, meses y años de su empleo.

[*Qu'est-ce que la propriété*, 1840.]

LA PROPIEDAD ESTÁ VENCIDA

He concluido la obra que me había propuesto; la propiedad está vencida: ya no se levantará jamás. En todas partes donde este libro se lea, existirá un germen de muerte para la propiedad; y allí, más pronto o más tarde, desaparecerán el privilegio y la servidumbre. Al despotismo de la voluntad sucederá el reinado de la razón. ¿Qué sofismas y qué prejuicios resistirán ante la sencillez de estas proposiciones?

I. La *posesión* individual es la condición de la vida social. Cinco mil años de propiedad lo demuestran: la *propiedad* es el suicidio de la sociedad. La posesión está en el derecho; la propiedad está contra el derecho. Suprimir la propiedad conservando la posesión, y, con esta sola modificación, habréis cambiado por completo las leyes, el gobierno, la economía, las instituciones: habréis eliminado el mal de la tierra.

II. Siendo igual para todos el derecho de ocupación, la posesión variará con el número de poseedores: la propiedad no podrá constituirse.

III. Siendo también igual para todos el efecto del trabajo, es imposible la formación de la propiedad por la explotación ajena y por el alquiler.

IV. Todo trabajo humano es resultado necesario de una fuerza colectiva; la propiedad, por esa razón,

tiene que ser colectiva e indivisa. En términos más concretos, el trabajo destruye la propiedad.

V. Siendo toda capacidad de trabajo, así como todo instrumento para el mismo, un capital acumulado, una propiedad colectiva, la desigualdad de remuneración y de fortuna, so pretexto de desigualdad de capacidades, es injusticia y robo.

VI. El comercio tiene por condiciones necesarias la libertad de los contratantes y la equivalencia de los productos cambiados. Ahora bien, teniendo el valor por expresión la suma de tiempo y de gastos que cuesta cada producto y siendo la libertad inviolable, los trabajadores han de ser necesariamente iguales en salarios, como lo son en derechos y en deberes.

VII. Los productos sólo se adquieren mediante productos; por tanto, siendo condición de todo cambio la equivalencia de los productos, el lucro es imposible e injusto. Aplicad este principio elemental de economía y desaparecerán el pauperismo, el lujo, la opresión, el vicio, el crimen y el hambre.

VIII. Los hombres están asociados por la ley física y matemática de la producción antes de estarlo por su consentimiento: Por consiguiente, la igualdad de condiciones es de justicia, es decir, de derecho social, de derecho estricto; el afecto, la amistad, la gratitud, la admiración, corresponden al *derecho equitativo o* proporcional.

IX. La asociación libre, la libertad, que se limita a mantener la igualdad en los medios de producción y la equivalencia en los cambios, es la única forma posible de sociedad, la única justa, la única verdadera.

X. La política es la ciencia de la libertad. El gobierno del hombre por el hombre, cualquiera que sea el nombre con que se disfrace, es tiranía; el más alto grado de perfección de la sociedad está en la unión del orden y de la anarquía.

La antigua civilización ha llegado a su fin; la faz de la tierra va a renovarse bajo un nuevo sol. Dejemos pasar una generación, dejemos morir en el aislamiento a los antiguos prevaricadores: La tierra santa no cubrirá sus huesos. Si la corrupción del siglo te indigna, si el deseo de justicia te enaltece, si amas la patria, si el interés de la humanidad te afecta, abraza, lector, la causa de la libertad. Abandona tu egoísmo, húndete en la ola popular de la igualdad que nace; en ella tu alma purificada hallará energías desconocidas; tu carácter débil se fortalecerá con valor indomable; tu corazón rejuvenecerá. Todo cambiará de aspecto a tus ojos, iluminados por la verdad; nuevos sentimientos despertarán en ti ideas nuevas. Religión, moral, arte, idioma, se te representarán bajo una forma más grande y más bella y, seguro de tu fe, saludarás la aurora de la regeneración universal.

Y vosotros, pobres víctimas de una ley odiosa, vosotros, a quien un mundo estúpido despoja y ultraja, vosotros, cuyo trabajo fue siempre infructuoso y vuestro esperar sin esperanza, consolaos; vuestras lágrimas están contadas. Los padres han sembrado en la aflicción, los hijos cosecharán en la alegría.

¡Oh, Dios de libertad! ¡Dios de igualdad! Tú, que has puesto en mi corazón el sentimiento de la justicia antes que mi razón llegase a comprenderla, oye mi ardiente súplica! Tú eres quien me ha inspirado cuanto acabo de escribir. Tú has formado mi pensamiento, dirigido mi estudio, privado mi corazón de malas pasiones, a fin de que publique tu verdad ante el amo y ante el esclavo. He hablado según la energía y capacidad que tú me has concedido; a ti te corresponde acabar tu obra. Tú sabes, Dios de libertad, si me ha guiado mi interés o tu gloria. ¡Perezca mi nombre y que la humanidad sea libre! ¡Vea yo, desde un oscuro rincón,

instruido al pueblo, aconsejado por leales protectores, conducido por corazones desinteresados! Acelera, si es posible, el tiempo de nuestra prueba; ahoga en la igualdad el orgullo y la avaricia; confunde esta idolatría de la gloria que nos retiene en la abyección; enseña a estos pobres hijos tuyos que en el seno de la libertad no habrá héroes ni grandes hombres.

Inspira al poderoso, al rico, a aquel cuyo nombre jamás pronunciarán mis labios en presencia tuya, sentimientos de horror a sus rapiñas; sean ellos los que pidan que se les admita la restitución y absuélvales su inmediato arrepentimiento de todas sus culpas. Entonces, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, ricos y pobres, se confundirán en inefable fraternidad, y todos juntos, entonando un himno nuevo, te erigirán el altar, ¡oh Dios de libertad y de igualdad!

[*Qu'est-ce que la propriété,* 1840.]

LA BURGUESÍA

¿Qué es la burguesía desde el 89? ¿Cuál es su significado? ¿Qué valor tiene su existencia? ¿Cuál es su misión humanitaria? ¿Qué representa? ¿Qué hay en el fondo de esta conciencia equívoca, semiliberal, semifeudal? Mientras que la plebe obrera, pobre, ignorante, sin influencia, sin crédito, se establece, se afirma, habla de su emancipación, de su porvenir, de una transformación que debe cambiar su condición y emancipar a todos los trabajadores del globo, la burguesía que es rica, que posee, que sabe y que puede, no tiene nada que decir de sí misma; desde que salió de su antiguo medio parece que no tiene destino ni papel histórico;

no tiene ya ni pensamiento ni voluntad. Alternativamente revolucionaria y conservadora, legitimista, doctrinaria del justo medio, enamorada un instante de las formas representativas y parlamentarias para olvidar después hasta su significado, sin saber en esta hora qué sistema es el suyo, qué gobierno prefiere, sin estimar del poder más que los provechos y sin apegarse a él más que por el temor de lo desconocido y por la conservación de sus privilegios, sin buscar en las funciones públicas otra cosa que un nuevo campo donde ensayar nuevos medios de explotación; ávida de distinciones y sueldos; tan llena de desdén por el proletariado como jamás lo estuvo la nobleza por el plebeyo, la burguesía ha perdido todo carácter: No es ya una clase poderosa por el número, el trabajo y el genio, que quiere y que piensa, que produce y que razona, que manda y que gobierna; es una minoría que trafica, que especula, que se lucra, una turbamulta.

Desde hace dieciséis años se diría que vuelve a sí misma y recobra conocimiento; quisiera definirse de nuevo, afirmarse, recuperar influencia. *Telum imbelle sine ictu.* ¡No más energía en la conciencia, no más autoridad en el pensamiento, ninguna llama en el corazón, nada más que el frío de la muerte y la impotencia de la senilidad! Y advertid esto, ¿a quién debe la burguesía contemporánea este esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, este falso renacimiento en que la posición legal haría creer acaso, si no se le conociese vicio de origen? ¿A quién referir este resplandor de razón y de sentido moral que no ilumina ni hará revivir al mundo burgués? ¡Únicamente a las manifestaciones de esta conciencia joven negadora del feudalismo nuevo; a la afirmación de esta plebe obrera que decididamente se ha levantado sobre el patronazgo antiguo; a la reivindicación de estos tra-

bajadores cuya capacidad rechazan ineptos politicastros; en el momento mismo en que reciben de ellos su mandato político!...

Lo sepa o no la burguesía, su papel ha acabado. No puede ir más lejos ni puede renacer. ¡Pero que entregue en paz su alma! El advenimiento de la plebe no tendrá por resultado eliminarla, en el sentido de que la plebe reemplace a la burguesía en su preponderancia política, después en sus privilegios, propiedades y goces, al tiempo que la burguesía reemplace a la plebe en el salariado. La distinción actual, por otra parte perfectamente establecida entre ambas clases, obrera y burguesa, es un mero accidente revolucionario. Ambas deben absorberse recíprocamente en una conciencia superior, y el día en que la plebe, constituida en mayoría, haya tomado el poder y proclamado, según las aspiraciones del derecho nuevo y las fórmulas de la ciencia, la reforma económica y social, será el día de la fusión definitiva.

[*Capacité des classes ouvrières*, 1863.]

EL MAQUINISMO

En la sociedad, la incesante aparición de las máquinas es la antítesis, la fórmula inversa de la división del trabajo; es la protesta del genio de la industria contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas del trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida como un resumen de muchas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación del trabajo, una reducción de gastos. Desde

todos estos puntos de vista, la máquina es la contrapartida de la división del trabajo. Por consiguiente, por medio de la máquina, no podrá menos de haber restauración del trabajador parcelario, movimiento en la relación de los valores, progreso hacia nuevos descubrimientos y aumento del bienestar general.

Así como una nueva fórmula da una nueva fuerza al geómetra, así la invención de una máquina es una reducción de mano de obra que multiplica la fuerza del productor; y se puede ya creer que la antinomia de la división del trabajo, si no está enteramente vencida, estará por lo menos contrabalanceada y neutralizada. Conviene leer en el curso del señor Chevalier las innumerables ventajas que resultan para la sociedad de la intervención de las máquinas; es un cuadro lleno de interés, al cual me complazco en remitir al lector...

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo cada día más ofrecido y menos solicitado. Es verdad que poco a poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; pero como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay una constante tendencia a sustituir el trabajo humano por el de las máquinas, se sigue de aquí que la hay también a suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, a eliminar de la producción a los obreros. Ahora bien, sucede en el orden económico lo que en el espiritual: no hay salvación fuera de la Iglesia, ni subsistencia fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto...

La influencia subversiva de las máquinas sobre la economía social y la condición de los trabajadores se ejerce de mil modos, que se encadenan y atraen recí-

procamente: a ella son debidos en gran parte la falta de trabajo, la reducción de los salarios, la producción excesiva, el hacinamiento, la alteración y la falsificación de los productos, las quiebras, la privación para los obreros de la industria que ejercieron, la degeneración de la especie y, finalmente, las enfermedades y la muerte.

[*Système des contradictions économiques*, 1846.]

EL INDIVIDUO FRENTE AL ESTADO

El pueblo, en el fondo de su pensamiento, se ve a sí mismo como una gigantesca y misteriosa existencia y todo parece estar hecho en su lenguaje para mantenerle en la idea de su unidad indivisible. Se llama el Pueblo, la Nación, es decir, la Multitud, la Masa; es el verdadero Soberano, el Legislador, la Potestad, la Dominación, la Patria, el Estado; tiene sus Convocatorias, sus Escrutinios, sus Sesiones, sus Manifestaciones, sus Pronunciamientos, sus Plebiscitos, su Legislación directa, a veces sus Juicios y sus Ejecuciones, sus Oráculos, su Voz, semejante al trueno, la gran voz de Dios. Cuanto más numeroso e irresistible, inmenso se siente, más horror tiene por las divisiones, las escisiones, las minorías. Su ideal, su sueño más preciado, es unidad, identidad, uniformidad, concentración; maldice, como atentatorio a su Majestad, todo lo que puede dividir su voluntad, escindir su masa, crear en su seno diversidad, pluralidad, divergencia...

Lleno de sus mitos, y considerándose como una colectividad esencialmente indivisa, ¿de qué modo el pueblo comprendería la relación del ciudadano con la sociedad? ¿De qué modo, bajo su inspiración, los hom-

bres de Estado que le representan darían la verdadera fórmula de gobierno? Donde reina, en su ingenuidad, el sufragio universal, puede afirmarse desde el principio que todo se hará en el sentido de la indivisión. Siendo el pueblo la colectividad que encierra toda autoridad y todo derecho, el sufragio universal, para ser sincero en su expresión, deberá ser, en la medida de lo posible, indiviso, es decir, que las elecciones deberán hacerse por escrutinio de lista; incluso se ha visto, en 1848, cómo los unitarios pedían que no hubiese más que una única lista para los ochenta y seis departamentos. De este escrutinio indiviso surge una asamblea indivisa, que delibera y legifera como un solo hombre. En caso de división del voto, la mayoría es la que representa, sin disminución alguna, la unidad nacional. De esta mayoría saldrá a su vez un gobierno indiviso que, tomando sus poderes de la nación indivisible, está llamado a gobernar y a administrar colectiva e individualmente sin espíritu local ni interés de campanario. Es así como el sistema de centralización, de imperialismo, de comunismo, de absolutismo—todas estas palabras son sinónimas— surge del idealismo popular; de este modo, en el pacto social, concebido a la manera de Rousseau y de los jacobinos, el ciudadano renuncia a su soberanía, y el Municipio, y, por encima del Municipio, el Departamento y la Provincia, absorbidos por la autoridad central, no son más que agencias bajo la dirección inmediata del gobierno.

Las consecuencias no tardan en hacerse sentir: El ciudadano y el Municipio desprovistos de toda dignidad, las intromisiones del Estado se multiplican y las cargas del contribuyente crecen en proporción. Ya no es el gobierno el que está hecho para el pueblo, es el pueblo el que está hecho para el gobierno. El Poder lo invade todo, se apodera de todo, se arroga todo a perpetuidad,

para siempre: Guerra y Marina, Administración, Justicia, Policía, Instrucción Pública, Obras públicas; Bancos, Bolsas, Crédito, Seguros, Ahorros, Beneficencia, Bosques, Canales, Ríos, Cultos, Hacienda, Aduana, Comercio, Agricultura, Industria, Transportes. Sobre el conjunto, un impuesto formidable que toma de la nación la cuarta parte de su producto bruto. Al ciudadano sólo le queda que ocuparse de realizar en su rincón su pequeña tarea, recibiendo su pequeño salario, cuidando su pequeña familia y entregándose, para lo demás, en manos de la providencia del gobierno.

[*Du Principe fédérateur et de la necessité de reconstituer le parti de la Révolution*, 1863.]

CARTA A CARLOS MARX[1]

Mi querido señor Marx: Consiento de buena gana en ser uno de los destinatarios de su correspondencia, cuyo propósito y organización me parece que deben ser muy útiles. No le prometo, sin embargo, escribirle mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda especie, unidas a una pereza natural, no me permiten esos esfuerzos epistolares. Me tomaré también la libertad de expresar algunas reservas, que me son sugeridas por diversos pasajes de su carta.

Ante todo, aunque mis ideas en materia de organización y de actuación estén en este momento por completo

[1] Se trata de la respuesta de Proudhon (1846) a una carta de Marx en que éste le proponía formar parte de una red de corresponsales que Marx pretendía organizar con los socialistas y comunistas de diversos países.

definidas, creo que es mi deber, que es el deber de todo socialista, conservar por algún tiempo aún la forma crítica o dubitativa; en una palabra, yo profeso, con el público, un antidogmatismo económico casi absoluto.

Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo como se realizan esas leyes, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero, ¡por Dios!, después de haber demolido todos los dogmatismos *a priori*, no intentemos también adoctrinar al pueblo, no incurramos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derrocado a la teología católica, se puso enseguida, con grandes dosis de excomuniones y de anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha preocupado más que de destruir el remiendo de Martín Lutero; no preparemos al género humano más preocupaciones con nuevos emplastos. Aplaudo de todo corazón su idea de esclarecer todas las opiniones; practiquemos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, puesto que nos encontramos a la cabeza de un movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos convirtamos en apóstoles de una nueva religión, aunque esa religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos, alentemos todas las protestas, anatematicemos todas las exclusiones, todos los misticismos; no consideremos nunca una cuestión como agotada, y cuando hayamos empleado hasta nuestro último argumento, volvamos a comenzar, si es preciso, con la elocuencia y la ironía. Con esta condición, entraré gustoso en su asociación; de lo contrario, no.

Tengo también que hacer alguna observación sobre estas palabras de su carta: «en el momento de la acción». Tal vez mantiene usted todavía la opinión de que ninguna reforma es actualmente posible sin un golpe de

mano, sin lo que se llamaba antes una revolución, y que no es al fin de cuentas más que una sacudida. Esa opinión, que comprendo, excuso y que estaría dispuesto a discutirla por haberla compartido yo mismo largo tiempo, le confieso que mis últimos estudios me la han hecho abandonar por completo.

Creo que no tenemos necesidad de eso para triunfar, y que, en consecuencia, no debemos plantear la acción *revolucionaria* como medio de reforma social, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamamiento a la fuerza, a la arbitrariedad, en una palabra, una contradicción. Yo me planteo así el problema: *Hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica.* En otros términos, convertir en Economía Política la teoría de la propiedad contra la propiedad, de manera que se engendre lo que ustedes, los socialistas alemanes, llaman comunidad, y que yo me limitaré por el momento a llamar *libertad, igualdad.* Ahora bien, yo creo conocer el medio para resolver, en breve plazo, ese problema: prefiero, pues, hacer arder la propiedad a fuego lento antes que darle una nueva fuerza haciendo una San Bartolomé de propietarios.

Mi próxima obra, que en este momento está a la mitad de su impresión, le dirá más sobre ello.

He aquí, mi querido filósofo, donde estoy por el momento; salvo que me engañe, en cuyo caso dispuesto estoy a recibir la férula de su mano, a lo que me someto de buena gana en espera de mi revancha. Debo decirle de paso que tales me parecen ser también las disposiciones de la clase obrera de Francia; nuestros proletarios tienen tanta sed de ciencia que sería uno muy mal acogido por ellos si no se les diese a beber más que sangre. En una palabra, sería en mi opinión una mala política para nosotros el hablar como exterminadores; los rigores

vendrán solos; el pueblo no tiene necesidad para eso de ninguna exhortación.

Lamento sinceramente las pequeñas divisiones que, según parece, existen ya en el socialismo alemán, y de lo cual sus quejas contra el señor G.[2] me ofrecen la prueba. Me temo mucho que usted haya visto a este escritor bajo una luz falsa; yo apelo, querido señor Marx, a su sentido sereno. G. se encuentra desterrado, sin fortuna, con mujer y dos hijos, sin otra cosa para vivir que su pluma. ¿Qué quiere usted que explote para comer sino las ideas modernas ? Comprendo su cólera filosófica y convengo en que la santa palabra de humanidad no debería jamás constituir materia de tráfico; pero no quiero ver aquí más que la desgracia, la extrema necesidad, y disculpo al hombre. ¡Ah!, si todos fuésemos millonarios, las cosas irían mejor; seríamos santos y ángeles. Pero es preciso vivir; y usted sabe que esta palabra no expresa todavía, ni con mucho, la idea que da la teoría pura de la asociación. Es preciso vivir, es decir, comprar pan, leña, carne, pagar a un casero; y, ¡a fe mía!, el que vende ideas sociales no es más indigno que el que vende un sermón. Ignoro completamente si G. se ha presentado él mismo como mi maestro; ¿maestro de qué? Yo no me ocupo más que de economía política, cosa de la que él no sabe casi nada; considero la literatura como un juego de niños; y en cuanto a la filosofía, sé lo bastante para tener el derecho a burlarme de ella cuando llega la ocasión. G. no me ha descubierto nada absolutamente; si lo ha dicho, ha dicho una impertinencia de la que estoy seguro que se arrepiente.

---

[2] Se refiere Proudhon a Grün, filósofo y periodista alemán (1817-1887), representante del socialismo «verdadero», una de las escuelas criticadas por Marx en el *Manifiesto* y en *La ideología alemana*.

Lo que sí sé, y que estimo más que condeno —un pequeño acceso de vanidad—, es que debo al señor G., así como a su amigo Ewerbeck, el conocer las obras de usted, mi querido señor Marx, y las del señor Engels, y del libro tan importante de Feuerbach. Estos señores, a ruego mío, han hecho algunos análisis para mí en francés (ya que tengo la desgracia de no leer el alemán) de las publicaciones sociales más importantes. Y es por solicitud suya por lo que debo insertar (lo que hubiese hecho por mí mismo, además) en mi próxima obra una mención de las obras de los señores Marx, Engels, Feuerbach, etc. En fin, G. y Ewerbeck trabajan en conservar el fuego sagrado en los alemanes residentes en París, y el respeto que tienen para estos señores los obreros que les consultan me parece una garantía segura de la rectitud de sus intenciones.

Tendría placer, mi querido señor Marx, en verle rectificar una opinión provocada por un momento de irritación, porque estaba enfadado al escribirme. G. me ha manifestado el deseo de traducir mi obra actual; he comprendido que esta traducción, pasando antes de otras, le procuraría algún socorro; así pues, le estaría muy agradecido a usted como a sus amigos, no por mí, sino por él, que le prestara su apoyo en esta ocasión, contribuyendo a la venta de un escrito que podría sin duda, con la ayuda de usted, procurarle más provecho que a mí.

Si me quisiera dar la promesa de su colaboración, mi querido señor Marx, yo mandaría inmediatamente mis pruebas al señor G. y pienso, no obstante sus agravios personales, de los cuales no quiero ser juez, que esa conducta nos honraría a todos.

Mil amistades a sus amigos, los señores Engels y Gigot. Su muy adicto.

[*Correspondance générale*.]

WILHELM WEITLING
[1808-1871]

La organización social debe çonformarse a las leyes de la naturaleza y del amor cristiano. El concepto estrecho de nacionalidad debe desaparecer para dejar a la humanidad fundirse en una federación de familias.

WEITLING

El vigor con que el espíritu alemán se va a manifestar, a través del poderoso pensamiento de Marx y Engels, en la elaboración del socialismo científico, se hace presente sólo a partir de 1848. Hasta entonces, la filosofía alemana, aunque centró su interés en torno al mundo histórico y social (desde Fichte a Hegel), había desdeñado la consideración de los factores económicos en la construcción de sus grandes sistemas idealistas. Como se vio en la «Introducción», no es un azar que los primeros esquemas socialistas se formularan en Francia, pues sólo allí las condiciones históricas del desarrollo de la filosofía y de las relaciones económicas habían hecho posible la consideración realista del mundo social. Por ello, en la medida

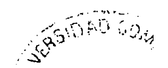
en que puede hablarse de un socialismo premarxista alemán, éste no es sino consecuencia del influjo que los socialistas utópicos franceses ejercieron directamente sobre los obreros alemanes emigrados en París.

*Tal es el caso de Wilhelm Weitling, un sastre alemán, que emigró de Prusia a los veinticinco años para no hacer el servicio militar. En París se une a uno de los grupos activistas de emigrados alemanes —la Liga de los Proscritos— y se familiariza con las obras de los socialistas franceses, cuyas ideas trata de poner al servicio de una revolución proletaria que creía inminente. Su primera obra —*La humanidad tal como es y como debiera ser*— la escribe a petición de la Liga de los Justos, un nuevo grupo revolucionario creado como resultado de la escisión producida en la Liga de los Proscritos, y está impregnada de un acentuado carácter igualitario en el que se adivina la influencia de los escritos de Babeuf, si bien teñida de un misticismo religioso que no abandonará en el resto de su obra. En ella, concibe la sociedad como una gran federación de familias estructuradas de acuerdo con las necesidades de la producción. Cuatro años después, en 1842, publica un segundo libro —*Garantías de la armonía y de la libertad*—, al que Marx se refirió como «un gigantesco y brillante debut de los obreros alemanes» y en el que hace del amor cristiano el fundamento de la comunidad de bienes a la vez que la garantía de la libertad.*

De Suiza, donde se había instalado tras su intervención en la fallida intentona de Blanqui en 1839, fue expulsado en 1843 como consecuencia de la publicación de su Evangelio de un pobre pecador, *obra en la que pretende apoyar con textos bíblicos su teoría respecto a la identificación entre comunismo y religión, según la cual Cristo habría sido el primer comunista.*

Camino de los Estados Unidos, pasó, en 1846, por Bruselas y allí conoció a Marx, pero pronto se distanciaría de él, debido al modo diverso de apreciar los problemas de táctica política. Frente a la tesis del golpe de Estado que permitiría el paso inmediato a la sociedad comunista, Marx sostenía que, dadas las condiciones históricas de Alemania, era preciso apoyar a la burguesía. Como se ve, el comunismo de Weitling era, sobre todo, de raíz sentimental.

Weitling pasó el resto de su vida casi por entero en Estados Unidos —salvo un corto retorno a Alemania en 1848— y allí dedicó su actividad a experimentos cooperativos que fracasaron. Desengañado, se retiró de la política y se dedicó a trabajos pseudocientíficos. Murió en Nueva York el 25 de enero de 1871.



JESÚS PREDICA LA ABOLICIÓN DE LA PROPIEDAD

La abolición de la propiedad, medio indispensable para la realización de la comunidad de trabajo y de bienes, fue precisamente lo que hizo tan difícil por aquel entonces la predicación y difusión pública de esta doctrina, porque los aristócratas romanos y judíos, los sacerdotes, levitas y saduceos tenían un interés común en ahogar en su germen esos principios. Dado que nosotros tenemos en nuestra sociedad, aunque con otros nombres, las mismas clases, esta necesaria abolición de la propiedad se interpreta todavía como una renuncia voluntaria, recomendable pero no obligatoria, aunque en todos los textos bíblicos se formula dicho principio claramente, pese a todos los encubrimientos de que ha sido objeto. ¿Podía expresarse Jesús más claramente que en Lucas, 14?

> Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo. (V. 33)[1].

---

[1] La traducción de los textos bíblicos se toma de la versión española Nacar-Colunga, publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1949.

Una prueba más contundente aún para la abolición de la propiedad es la respuesta que dio Jesús al rico que le preguntó:

> Maestro: ¿qué de bueno haré yo para alcanzar la vida eterna?
>
> Él le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno solo es bueno; si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.
>
> Díjole él: ¿Cuáles? Jesús respondió: No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no levantarás falso testimonio.
>
> Honra a tu padre y a tu madre y ama al prójimo como a ti mismo.
>
> Díjole el joven: Todo esto lo he guardado. ¿Qué me queda aún?
>
> Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo: que difícilmente entra un rico en el reino de los cielos. De nuevo os digo: Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que entre un rico en el reino de los cielos.
>
> Oyendo esto los discípulos se quedaron estupefactos y dijeron: ¿Quién, pues, podrá salvarse? (Mateo, 19, v. 16, 17, 18, 19, 20, 23, 24, 25.)

Que los primeros cristianos consideraron realmente un deber obrar así, lo confirmamos en:

> Y todos los que creían vivían unidos, teniendo sus bienes en común. (Hechos de los Apóstoles, 2, v. 44.)

Comían y bebían, vivían, trabajaban y se administraban conjuntamente, no tenían ninguna caja particular sino una caja, ningún interés particular sino un interés.

> Pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. (v. 45.)

> La muchedumbre de los que habían creído tenía un corazón y un alma sola, y ninguna tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común. (Cap. 4, v. 32.)
>
> No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido. (v. 34.)

Quien quiera una prueba más evidente de que el dinero de la propiedad vendida realmente se debía entregar a la comunidad de bienes y que esa venta no estaba destinada a ser limosna libremente dada, debe leer el capítulo siguiente:

> Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira, su mujer, vendió una posesión.
>
> Y retuvo una parte del precio, siendo sabedora de ello también la mujer, y llevó el resto a depositarlo a los pies de los apóstoles. (Cap. 5, v. 1, 2.)

La retención de una parte del dinero recibido por la venta de sus bienes y no entregado a la comunidad es considerado aquí, pues, como un robo cuando se dice: Y *retuvo una parte del precio.*

Sin aceptar el principio de la comunidad de bienes no podría decirse que, al no entregar el producto total de sus bienes, había retenido algo.

> Díjole Pedro: Ananías, ¿por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, moviéndote a engañar al Espíritu Santo, reteniendo una parte del precio del campo? (v. 3.)

En este pasaje también se califica la retención del dinero como un robo y castigado con la muerte, según vemos en los v. 5 y 10.

No podía ser más severa esa condición de la abolición de la propiedad que lo fue entre los primeros cristianos;

los comunistas de hoy día, incluso los de tendencia más extrema, no podrían ser más radicales en esos casos. ¡Propietario! Estás encerrado entre tus cuatro paredes como el eslovaco en su grasienta camisa que no lava ni cambia. Tan pobre idea tiene éste del placer de la ropa limpia como tú del goce de la comunidad de toda la propiedad. Si se quisiera abolir la propiedad mediante la fuerza, tú te rebelarías como lo hicieron los antiguos contra la vacuna antivariólica. Del mismo modo que se abandonó ese prejuicio, así también, y aún más fácilmente, desaparecerá el tuyo, y no precisamente por amor a la verdad. La gran masa de los pequeños poseedores ven ya las ventajas de la comunidad y los que todavía no han meditado en ello lo entenderán gracias a una clara explicación de la comunidad.

La sociedad actual se parece, con su concepto de la propiedad, a un náufrago que se sintiese satisfecho cuando consigue, en medio de la confusión, agarrarse a un madero, sobre todo si ve cómo sus vecinos luchan desesperadamente contra las olas de la miseria. Pero ¿se negaría a entrar con ellos en un barco que acudiera a salvar a todos?

Y ahora tú, rico propietario, ¿qué piensas? Conoces ahora la voluntad del Señor. ¿Te atreves a preguntarle una vez más: Señor, qué debo hacer para ganar el reino de Dios? Y si Él te dice: reparte tus bienes con los pobres, ¿no le volverás la espalda como hizo en su tiempo el otro?

¡Qué difícil es para el rico entrar en el reino de Dios! Esto lo sabían muy bien nuestros Papas y por ello han hecho del ojo de la aguja una puerta ilusoria; el camello se inclina un poco ante la obra chapucera de los Papas y sale corriendo para emparejarse con el caballo de Dios.

[*Das Evangelium eines armen Sünders*, 1843.]

EL PRINCIPIO DE LA DOCTRINA DE JESÚS ES LA COMUNIDAD DE TRABAJO Y BIENES

> Por esto os digo: No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo sobre qué os vestiréis ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? (Mateo, cap. 6, v. 25.)

Pero el lector debe preguntarse: ¿es posible una vida libre de cuidados sin la comunidad del trabajo y de los bienes? No. Esto es lo que siempre se olvida o se deja de lado en todas las interpretaciones bíblicas y, sin embargo, sólo de ese modo se pueden comprender clara y netamente las palabras más difíciles de Cristo.

> No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán. (v. 34.)

Por lo demás, estos dos textos tenían más relación con el modo de vivir de aquel tiempo de los Apóstoles y de la totalidad de los seguidores de la doctrina de Cristo, ya que los Apóstoles no trabajaron más en sus oficios y eran recibidos como huéspedes en todos los lugares a donde llegaban durante sus viajes. El siguiente pasaje iba dirigido a todo el pueblo, cuando se le preguntó a Juan Bautista qué se debía hacer:

> Él respondía: El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo. (Lucas, cap. 3, v. 11.)

Sobre esto debiera meditar la mayoría de nuestros devotos cristianos. ¿Qué piensas tú, lector?

Así como nosotros buscamos en la Biblia los pasajes que están en armonía con nuestras convicciones, así también lo hizo Jesús en su tiempo. Así, Él leyó en la escuela de Nazaret el pasaje del profeta Isaías donde se dice:

> El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió para predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos. (Lucas, Cap. 4, v. 18.)

Muy claramente da a entender Jesús las ventajas de la comunidad en Cap. 18 del Evangelio de Lucas, donde se dice:

> Él les dijo: En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por amor del reino de Dios. (v. 29.)
>
> Dejará de recibir mucho más en este siglo y la vida eterna en el venidero. (v. 30.)

No hay ninguna posibilidad de equívoco en la interpretación de este pasaje porque Jesús habla tanto de este tiempo como del futuro y dice expresamente que todo cuanto uno deje lo recobrará con creces «en este siglo».

Sólo en la comunidad de trabajo y bienes y en su funcionamiento económico es posible elevar el bienestar general de tal forma que cada uno tenga más libertad, más goces y menos fatiga, después de su establecimiento, de los que antes tenía con sus casas, su dinero y sus bienes.

De qué modo los bienes dejados voluntariamente se recuperarían multiplicados, era difícil de explicar y más difícil de comprender; todavía hay, en la actualidad, millones que no lo imaginan; lo que pueden con-

cebir es que se dé la posibilidad de tomar lo superfluo de uno para darlo a los pobres. Pero esto sólo sería conveniente si se tratara de alimentos, vestidos y muebles; pero herramientas, dinero y tierra no se pueden repartir en la comunidad. Lo primero —lo superfluo— será inútil y abolido, y lo último —haber y bienes— pertenece a toda lo comunidad y a nadie en particular.

Pero nuestros ricos, que dirigen hoy el orden social, no quieren morder esta manzana que tiene para ellos un sabor amargo. Con sus juristas y sus teólogos han creado un derecho que pueda impedirme o quitarme el sabor de aquella. Antaño ocurrió como ahora; también entonces se reservaban la doctrina en su propio interés; hoy como ayer se hace comulgar al pueblo con ruedas de molino. Los actos de nuestros diplomáticos, regentes, abogados y en general de toda la clase ilustrada que gobierna están llenos de ese engaño. A esa clase la llamó Jesús la masa de los doctores de la ley, incluidos los intérpretes de la Ley mosaica; hoy podemos agregar también a las leyes de aquella época todas las que actualmente existen. De los doctores dijo Jesús:

> Pero Él le dijo: ¡Ay también de vosotros, doctores de la Ley, que echáis pesadas cargas sobre los hombres, y vosotros ni con uno de vuestros dedos las tocáis. (Lucas, Cap. 11, v. 46.)
>
> ¡Ay de vosotros doctores de la Ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia; y ni entráis vosotros, ni dejáis entrar! (v. 52.)

Ved vosotros: Así sucede hoy y así continuará sucediendo a pesar de las engañosas palabras de libertad mientras que votéis para la conducción de vuestros asuntos públicos a gentes que no comparten vuestras privaciones, que viven y entienden vivir mejor que vosotros. Ellos gobernarán siempre en provecho de

sus intereses y no de los vuestros. Para fundar una sociedad feliz no necesitáis las artimañas de abogados y diplomáticos que sólo se emplearán en vuestra desventaja. Si queréis una mejora de vuestra situación, entonces debéis votar para el gobierno a gentes que necesiten también una mejora de su propia situación y asuman como obligación fundamentar su propio bienestar en el de todos vosotros. No elijáis a nadie que no tenga el valor de entregar todos sus bienes para el bienestar del Estado; quien no lo haga, no puede ser conveniente para vuestras necesidades. Intentadlo una vez al menos y aceptad este principio. Tratad de persuadir a todos vuestros conciudadanos trabajadores para que sigan esta idea. Vosotros sois la inmensa mayoría; sólo se trata de informaros, de aconsejaros. Si hoy, en un lugar, hubiera uno para hacerlo y cada ocho días convenciera a otro, entonces, al cabo de un año, se habría ganado todo el lugar y vosotros habríais vencido. Ése es vuestro camino. Comenzad, pues.

[*Das Evangelium eines armen Sünders*, 1843.]

Colección Clásicos del Pensamiento

TÍTULOS PUBLICADOS

1. John Locke: *Carta sobre la tolerancia* (3.ª ed.).
2. Abū Nasr al Farābī: *La Ciudad Ideal* (2.ª ed.).
3. Montesquieu: *Del espíritu de las leyes* (4.ª ed.).
4. Pasquale Stanislao Mancini: *Sobre la Nacionalidad.*
5. Jean-Jacques Rousseau: *Discurso sobre la Economía política.*
6. Rudolf Hilferding: *El capital financiero.*
7. Immanuel Kant: *Sobre la paz perpetua* (3.ª ed.).
8. John Stuart Mill: *Del Gobierno representativo* (2.ª ed.).
9. Max Weber: *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales* (2.ª ed.).
10. Baruch Spinoza: *Tratado teológico-político. Tratado político* (3.ª ed.).
11. Jean Bodin: *Los seis libros de la República* (3.ª ed.).
12. Edmund Husserl: *Meditaciones cartesianas* (2.ª ed.).
13. Montesquieu: *Cartas persas* (2.ª ed.).
14. Averroes: *Exposición de la «República» de Platón* (3.ª ed.).
15. Francisco de Quevedo: *Defensa de Epicuro contra la común opinión.*
16. Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert: *Artículos políticos de la «Enciclopedia»* (2.ª ed.).
17. Martín Lutero: *Escritos políticos* (2.ª ed.).
18. Joseph A. Schumpeter: *Imperialismo. Clases sociales* (2.ª ed.).
19. Étienne de la Boëtie: *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno* (2.ª ed.).
20. Marco Tulio Cicerón: *Sobre la República. Sobre las leyes* (2.ª ed.).
21. Johann Gottlieb Fichte: *Reivindicación de la libertad de pensamiento y otros escritos políticos.*
22. Lucio Anneo Séneca: *Diálogos.*
23. *Código de Hammurabi* (3.ª ed.).
24. Immanuel Kant: *Teoría y práctica* (2.ª ed.).
25. Thomas Hobbes: *Del ciudadano. Leviatán* (3.ª ed.).

26. David Hume: *Ensayos políticos* (2.ª ed.).
27. Jean-Jacques Rousseau: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos* (3.ª ed.).
28. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Análisis infinitesimal* (2.ª ed.).
29. Ludwig Wittgenstein: *Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología*. Vol. I (2.ª ed.)
30. Immanuel Kant: *Los progresos de la metafísica desde Leibniz y Wolff.*
31. Isaac Newton: *Principios matemáticos de la Filosofía natural* (2.ª ed.).
32. Henry D. Thoreau: *Desobediencia civil y otros escritos.*
33. Sulpicio Severo: *Obras completas.*
34. Nicolás Copérnico: *Sobre las revoluciones (de los orbes celestes).*
35. Johann Gottlieb Fichte: *Introducciones a la doctrina de la ciencia* (2.ª ed.).
36. Immanuel Kant: *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia* (2.ª ed.).
37. Tomás Moro: *Utopía* (3.ª ed.).
38. Thomas Jefferson: *Autobiografía y otros escritos.*
39. René Descartes: *Discurso del método* (3.ª ed.).
40. Mo Ti: *Política del amor universal.*
41. Père Joseph y Henri de Rohan: *Del interés de los Estados.*
42. Johann Heinrich Pestalozzi: *Cartas sobre educación infantil.*
43. J. B. Erhard, J. B. Geich, J. G. Hamann, J. G. Herder, I. Kant, G. E. Lessing, M. Mendelssohn, A. Riem, F. Schiller, Ch. M. Wieland: *¿Qué es Ilustración?* (3.ª ed.).
44. Louis-Ambroise de Bonald: *Teoría del poder político y religioso.*
45. *Poema de Gilgamesh* (3.ª ed.).
46. Nicolás Maquiavelo: *Del arte de la guerra* (2.ª ed.).
47. David Hume: *Tratado de la naturaleza humana* (2.ª ed.).
48. Lucio Anneo Séneca: *Sobre la clemencia.*
49. Benjamin Constant: *Del espíritu de conquista. De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos.*
50. *Himnos sumerios.*

51. Johann Gottlieb Fichte: *Discursos a la nación alemana.*
52. Nicolás Maquiavelo: *El príncipe* (4.ª ed.)..
53. Wilhelm von Humboldt: *Los límites de la acción del Estado.*
54. Jean-Jacques Rousseau: *El contrato social o Principios de derecho político* (3.ª ed.).
55. *Fragmentos Vaticanos.*
56. Jean-Jacques Rousseau: *Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia y su Proyecto de reforma.*
57. Marsilio de Padua: *El defensor de la paz.*
58. Francis Bacon: *Teoría del cielo.*
59. Immanuel Kant: *La metafísica de las costumbres* (2.ª ed.).
60. *Libro de los Muertos* (2.ª ed.).
61. Martin Heidegger: *La autoafirmación de la Universidad alemana. El Rectorado, 1933-1934. Entrevista del «Spiegel»* (2.ª ed.).
62. Baruch Spinoza: *Tratado de la reforma del entendimiento y otros escritos.*
63. Nicolai Hartmann: *Autoexposición sistemática.*
64. Marco Tulio Cicerón: *Sobre los deberes.*
65. Santo Tomás de Aquino: *La monarquía* (2.ª ed.).
66. *La Revolución francesa en sus textos.*
67. Joseph de Maistre: *Consideraciones sobre Francia.*
68. Hans J. Morgenthau: *Escritos sobre política internacional.*
69. Thomas Paine: *El sentido común y otros escritos.*
70. *Himnos babilónicos.*
71. Georg Wilhelm Friedrich Hegel: *Diferencias entre los sistemas de filosofía de Fichte y Schelling.*
72. Eduard Bernstein: *Socialismo democrático.*
73. Voltaire: *Filosofía de la Historia.*
74. Immanuel Kant: *Antropología práctica.*
75. Karl Mannheim: *El problema de una sociología del saber.*
76. Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher: *Sobre la religión.*
77. Pedro Abelardo: *Conócete a ti mismo.*
78. Carl Schmitt: *Sobre el parlamentarismo.*
79. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Escritos en torno a la libertad, el azar y el destino.*
80. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Los elementos del Derecho natural.*

81. Nicolás Maquiavelo: *Escritos políticos breves.*
82. Johann Gottlieb Fichte: *El Estado comercial cerrado.*
83. Epicuro: *Obras* (2.ª ed.).
84. Johann Christoph Friedrich Schiller: *Escritos sobre estética.*
85. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Escritos de dinámica.*
86. Anne-Robert-Jacques Turgot: *Discursos sobre el progreso humano.*
87. Immanuel Kant: *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza.*
88. Francis Hutcheson: *Una investigación sobre el origen de nuestra idea de belleza.*
89. Thomas Hobbes: *Diálogo entre un filósofo y un jurista, y escritos autobiográficos.*
90. Bartolomé de Las Casas: *Brevísima relación de la destruición de las Indias.*
91. Guillermo de Ockham: *Sobre el gobierno tiránico del papa.*
92. David Hume: *Historia natural de la religión.*
93. Dante Alighieri: *Monarquía.*
94. Thomas Hobbes: *Behemoth.*
95. Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling: *Cartas sobre dogmatismo y criticismo.*
96. Fadrique Furió Ceriol: *El Concejo y Consejeros del Príncipe.*
97. Ludwig Feuerbach: *Escritos en torno a «La esencia del cristianismo».*
98. Ludwig Ernst Borowski: *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant.*
99. Gottfried Wilhelm Leibniz: *Disertación sobre el estilo filosófico de Nizolio.*
100. *Ley de las XII Tablas.*
101. John Stuart Mill: *Bentham.*
102. Arthur Schopenhauer: *Los designios del destino. Dos opúsculos de Parerga y Paralipómena.*
103. Jean-Jacques Rousseau: *Escritos polémicos.*
104. Adán Mickiewicz: *El libro de la nación polaca y de los peregrinos polacos.*
105. Jean-Jacques Rousseau: *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos.*
106. Christian Thomasius: *Fundamentos de derecho natural y de gentes.*

107. Alexandr Ivánovich Herzen: *Pasado y pensamientos.*
108. *Los primeros Códigos de la humanidad.*
109. Francisco de Vitoria: *La Ley.*
110. Johann Gottlieb Fichte: *La exhortación a la vida bienaventurada o la Doctrina de la Religión.*
111. Pletón (Jorge Gemisto): *Tratado sobre las leyes. Memorial a Teodoro.*
112. Hans Kelsen: *¿Quién debe ser el defensor de la Constitución?*
113. Ludwig Wittgenstein: *Últimos escritos sobre Filosofía de la Psicología.* Vol. II.
114. Léon Blum: *La reforma gubernamental.*
115. Henri Bergson: *Las dos fuentes de la moral y de la religión.*
116. Erasmo de Rotterdam: *Educación del príncipe cristiano.*
117. John C. Calhoun: *Disquisición sobre el gobierno.*
118. Carl Schmitt: *Sobre los tres modos de pensar la ciencia jurídica.*
119. Johann Gottlieb Fichte: *Sobre la capacidad lingüística y el origen de la lengua.*
120. Johann Wolfgang von Goethe: *Teoría de la naturaleza.*
121. Wilhelm von Humboldt: *Escritos de filosofía de la historia.*
122. Justo Lipsio: *Políticas.*
123. Hans Kelsen: *El Estado como integración. Una controversia de principio.*
124. N. Karamzín, P. Chaadáev, A. Jomiakov, I. Kircevski, K. Leóntiev, F. Dostoievski, V. Soloviev, N. Berdiáev, G. Fedótov, D. Lijachev: *Rusia y Occidente (Antología de textos).*
125. Juan Luis Vives: *El socorro de los pobres. La comunicación de bienes.*
126. René Descartes: *Las pasiones del alma.*
127. San Anselmo: *Proslogion.*
128. *La razón de Estado en España. Siglos* XVI-XVII *(Antología de textos).*
129. Avicena. *Tres escritos esotéricos.*
130. G. Babeuf y otros. *Socialismo premarxista.*

PEDRO BRAVO GALA es profesor titular de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Madrid. Ha sido igualmente profesor en las Universidades de Puerto Rico y Central de Venezuela, en cuyo Instituto de Estudios Políticos publicó algunas ediciones de textos clásicos, entre los que destacan: *Carta sobre la tolerancia*, de Locke; *Los seis libros de la República*, de Bodin, y *El socialismo premarxista* (*Antología de textos*), cuya reedición, al igual que ocurrió con los otros dos títulos citados, se integra ahora en esta colección de Clásicos del Pensamiento.

«La imaginación de los poetas ha situado la edad de oro en los albores de la especie humana, en medio de la ignorancia y la barbarie de los primeros tiempos, allí donde habría más bien que colocar la edad de hierro. La edad de oro del género humano no está tras nosotros, está delante, en la perfección del orden social; nuestros padres no la han visto, nuestros hijos la alcanzarán algún día; nos corresponde a nosotros abrirles el camino.»

SAINT-SIMON



Colección
Clásicos del Pensamiento



